

Revista

Lotería

Nos. 330-331, Septiembre-Octubre 1983



Revista **Lotería**

Nos. 330-331, Septiembre-Octubre 1983

INDICE

EDITORIAL

Logros y Perspectivas 3

ENSAYOS Y MONOGRAFIAS

Génesis de la Universidad de Panamá

Por Carlos Ho y Tania Sasson 5

Bolívar, el Emilio de Simón Rodríguez

Por Julio C. Moreno Davis 19

*Contribución al Estudio y Conocimiento
de las Fuentes Documentales de la
Provincia de Coclé*

Por Arturo Guzmán Navarro 33

Belisario Porras, Vida Diplomática

Por Franklin Rivera Forero 46

CREACION Y CRITICA LITERARIA

Apoteosis de Salsipuedes

Por Alfredo Figueroa Navarro . . . 68

Una tal Juliana (Cuento)

Por Bertalicia Peralta 71

El Ensayo como Arte

Por Rafael Ruiloba 77

*Aspectos de Creación en la Novelística
Centroamericana*

Por Gloria Guardia 82

*En Torno a la Cuna de Don Juan
Tenorio*

Por Leonidas Escobar 92

DOCUMENTACION NACIONAL

Una Excursión a Panamá en 1886

Por Antonio Serrano de Haro . . . 95

Panamá en 1886

Por Francisco Peris Mencheta . . . 99

*Presentación de los Documentos de los
Cónsules Franceses sobre la Guerra
Civil en Panamá*

Por Patricia Pizzurno—Gelós . . . 146

*Correspondencia de los Cónsules
Franceses Deloffre y Bonhenry . . . 157*

CALENDARIO CULTURAL

*Exposición de la Fototeca
Histórica del Banco Nacional . . . 172*

*La presencia francesa en Panamá
durante el Siglo XIX.*

Por Omar Jaén Suárez 173

NOTA NECROLOGICA

Edwin Fábrega

Por Antonio Grenald 178

*Planes de sorteos de la Lotería
Nacional de Beneficencia 181*

Logros y Perspectivas

Luego de varios meses de intensa labor reformadora, la Revista LOTERIA registra no solamente logros muy satisfactorios y alentadores sino también aún más prometedoras perspectivas. La generosa actitud que la Dirección General y la Junta Directiva de la institución han adoptado en relación con la misión divulgadora y orientadora que corresponde a esta publicación, ha permitido que nuestros planes y proyectos se conviertan en realidades positivas, para beneficio de la personalidad cultural de la nación, de los derechos y aspiraciones superadores de nuestro pueblo y del interés que por un mejor conocimiento de nuestro país existe en muchos importantes centros intelectuales de América y Europa.

Reafirmando los principios básicos que tradicionalmente han sustentado la existencia y la labor de la Revista LOTERIA, esta publicación ha logrado consolidar su carácter y enaltecer la dignidad y el nivel tanto de su contenido como de su presentación. Hemos logrado recoger en nuestras páginas algunas de las expresiones más originales y significativas de la cultura panameña. Tanto en lo que se refiere a los ensayos y monografías, a la documentación histórica y sociológica, a las investigaciones y análisis de nuestras realidades pasadas y presentes, como en las creaciones literarias y artísticas, nuestras páginas han divulgado buena parte de las creaciones más meritorias de la inteligencia panameña.

Oportuno es, por tanto, que dejemos constancia de nuestro reconocimiento a los historiadores y ensayistas, a los críticos y artistas, a los poetas, cuentistas, dramaturgos y novelistas, y a los intelectuales, en general, que en forma tan constructiva han respondido a nuestros ofrecimientos. Gracias a esa generosa colaboración, estamos tratando de cumplir, cada vez con mejor éxito, el propósito de enriquecer cada número de la Revista LOTERIA, para que ella alcance cada vez más elevados niveles y, al mismo tiempo, amplíe el alcance de sus programas de orientación en beneficio de las presentes y futuras generaciones.

Debemos agradecer, igualmente, las numerosas manifestaciones de estímulo que, por diversos medios, nos hacen llegar no solamente las personalidades más destacadas de la cultura panameña y de los centros de investigación y estudio de muchos países sino también elementos de todos los niveles de nuestra sociedad. Especialmente satisfactorio es para la Lotería Nacional de Beneficencia que esta labor cultural sea tan apreciada por los profesores y maestros como por los propios estudiantes y por los padres de familia, por las oportunidades de complementación y ampliación educativa que ella les ofrece.

Los logros así alcanzados nos alientan y estimulan para acrecentar nuestros esfuerzos, a fin de que la Revista LOTERIA merezca efectivamente el rango representativo de la personalidad cultural de nuestra Patria ante nacionales y extranjeros.

CARLOS HO
TANIA SASSON

Génesis de la Universidad de Panamá

Mientras la República panameña aprendía con tambaleantes pasos a enfrentar las acuciantes crisis y problemas que se presentaron en los primeros lustros de su existencia (1), la política internacional se tambaleaba convulsionada por violentos acontecimientos que trastocaron el orden mundial, a saber: La Revolución Mexicana, la Revolución Rusa, la Reforma Universitaria de Córdoba, la Primera Gran Guerra, etc.; acontecimientos que no dejarían de tener hondas repercusiones en la ideología del Liberalismo panameño. Acosado por la situación de renovarse, o bien de ser eclipsado, resolvió adoptar una nueva Filosofía Pedagógica que integraba dos principios básicos, los cuales habrían de justificar, por su espíritu ecuménico, la 'razón de ser' de un partido vacío de contenido; ellos fueron la **democratización** de las escuelas y la **socialización** de la enseñanza. Desde esta perspectiva, "la pedagogía neo-liberal surge, efectivamente, como un movimiento apologético, defensivo, frente a la crisis internacional y nacional, del liberalismo clásico" (2).

En la década de 1920-1930 figuras liberales como José Dolores Moscote, Octavio Méndez Pereira, Jephtha B. Duncan, Guillermo

-
1. Las distintas intervenciones norteamericanas en la política criolla, la Revolución de Tulc de 1925, la Huelga Inquilinaria de 1925, etc.
 2. SOLER, Ricarte: **Reforma Universitaria, Perfil Americano y Definición Nacional**. Ediciones de la Revista Tareas, Panamá. 1963, pág. 13.

Andreve y otros, aportaron a la Filosofía de la Educación en Panamá elementos gracias a los cuales, el pensamiento liberal alcanzó una vez más una posición respetable en su afán de no limitar las posibilidades que propendiesen a su autorrenovación; pensamiento que, no por ello, deja de merecer un análisis dotado de fuerte sentido crítico y discriminador. Nos referimos al hecho de haber tomado por sentado que los desajustes sociales —motivo por el cual se hacía imposible la efectiva democratización y socialización de la educación— pudiesen sencillamente desaparecer debido a la intervención del Estado, quien mediante una actitud vigilante lograría imponer una nueva armonía entre las distintas clases para remediar todos los males.

Es verdad que la Universidad surgió como idea o anhelo con los albores de nuestra República, pero también es cierto que se convirtió en realidad al momento en que ésta daba sus más firmes y enérgicos pasos en la empresa imperiosa e inexorable de definirse cuanto antes, como pueblo, esto es, como NACIÓN. Así, “el régimen de los caudillos tradicionales (+) que terminaba, nos legó una República. El régimen de nuevas élites que comenzaba, emprendió la tarea de hacer una Nación. Y en ese preciso momento la Universidad que nació por la República y con la República, al menos como idea y anhelo, se inició como realidad por la Nación y con la Nación” (3).

Como proyecto, la Universidad que anteriormente no fue más que meras palabras revestidas de brillo por su “noble” pero endeble intención, tiradas a los cuatro vientos, porque encajaban perfectamente en las circunstancias de una nación que venía a surgir a la luz del día, de pronto encontró su justificación al estructurarse como elemento indispensable del programa político elaborado por el nuevo grupo que a partir de la década del ‘30 habría de asumir las riendas del poder.

Esta conciencia de la nacionalidad se traduce al adquirir la Universidad la denominación de Universidad Nacional de Panamá, en contraste con las anteriores denominaciones de Universidad Bolivariana o de Universidad Panamericana. Mediante el decreto Ejecutivo No. 29 de 29 de mayo de 1935 y con las rúbricas del Presidente Harmodio Arias Madrid y del Ministro de Educación Encargado José Pezet, se fundó la “Universidad Nacional” de Panamá. Su primer Rector fue naturalmente el hombre que había sido su gestor y su

(+) El subrayado es nuestro.

3. ARIAS CALDERON, Ricardo: “La Universidad entre Nosotros”. En *Diálogo Social*, Panamá, No. 13 (abril de 1969), pág. 23.

defensor, por no decir el hombre que la había ideado aunque bajo otro nombre y quizás con otros propósitos: Octavio Méndez Pereira. Por medio del mismo Decreto se creaba un Consejo Universitario Consultivo presidido por el Secretario de Instrucción Pública e integrado por el Rector y los respectivos Decanos de las Facultades.

La nueva institución habría de funcionar tres lustros en lo que puede considerarse como el primer centro educativo de la República: El Instituto Nacional, hasta trasladarse en el año 1950 a los terrenos donde está ubicada actualmente. La decisión fue tomada en 1946 por el Presidente Enrique Jiménez bajo la presión de movimientos estudiantiles que entonces clamaban porque la autonomía concedida por el Ejecutivo en junio de 1943, se hiciera efectiva. Mas, como en todo proyecto, lo que se consiguió, se logró no sin vencer —como dice Méndez Pereira— una serie de obstáculos que espíritus adversos interponían a la buena y saludable marcha por obtener el decreto presidencial que solucionase de una vez por todas la confrontación —porque no era otra cosa— entre los que defendían y los que acosaban la idea sobre la UNIVERSIDAD.

Entre los defensores figuró el grupo que reemplazaba en el poder a la tradicional oligarquía liberal y para quien resultaba indispensable la creación de una universidad, tanto para brindar a los hijos de la clase media la posibilidad de una enseñanza superior, como para cumplir con el reto de hacer realidad la consolidación de una conciencia nacional que se traduciría —era la mejor manera posible— en hacer que la Educación Superior fuese asequible si no a todos, por lo menos, a gran parte de la población. Por supuesto, no dejaban de propalar que esta nueva educación sería impartida por y para todos los ciudadanos. El que llegasen a ella unos cuantos, no sería ya problema de los dirigentes universitarios.

También, dentro de la misma facción, defendían la creación de la Universidad los jóvenes profesionales recién graduados que veían en la nueva institución una fuente de trabajo; pero, como era de esperarse, por su preparación discrepaban en cuanto a la estructuración de los planes de estudio. Fue así como se explica la polémica que surgió entre Octavio Méndez Pereira y Baltasar Isaza Calderón centrada en lo que este último llamó la “tendencia extranjerizante”. De acuerdo con aquél, “una organización de la enseñanza secundaria debe llevarnos a la formación de cursos ‘preuniversitarios’ (universitarios propiamente) concebidos como el Junior College de los Estados Unidos y, si se quiere, orientados como ‘pre-medical’, ‘pre-law’ y ‘artes liberales’. Esto abriría las puertas de nuestra juventud estudiosa hacia la enseñanza superior, desviaría a muchos de los establecimientos de la Zona y los prepararía para asistir sólo dos

años a universidades extranjeras..." (4). Se trataba, en pocas palabras, de trasladar el modelo estadounidense a Panamá, medida en contra de la cual reaccionó vehementemente Baltasar Isaza C. alegando que la personalidad del panameño se vería seriamente trastocada al implantar en Panamá un centro universitario organizado según el modelo norteamericano y esto sin tomar en cuenta el peligro que la fuerte influencia norteamericana ejercería en nuestro sistema lingüístico. Así, con una Universidad administrada según el paradigma universitario norteamericano, serían dos los focos de influencia que perjudicarían irremediablemente lo que se pensaba consolidar: La Nacionalidad Panameña.

En consecuencia, nuestros universitarios rendirían culto y devoción a una organización que aunque bien y metódicamente estructurada les sería ajena y extraña, contraviniendo este defecto, por consiguiente, uno de los propósitos por los que se luchaba en la Universidad. Según la opinión de Isaza Calderón, como consecuencia de la controversia suscitada con Octavio Méndez Pereira, resolvió el Presidente Harmodio Arias fundar la Universidad de Panamá cuando se encontraba a unos meses de acabar su período presidencial.

Implícitamente Octavio Méndez Pereira, diez años más tarde, le daría la razón a Isaza Calderón cuando afirmó: "Tuvimos los que echamos a andar esta escuela que sacarlo todo de la nada, pero aún, que luchar contra aquellos adversarios y con la resistencia pasiva del medio y de los gobiernos..., contra la falta de tradición de los estudios superiores, contra la atracción irresistible de las escuelas de los Estados Unidos..." (5). Ya está aquí directamente el reproche de Méndez Pereira a los muchos acusadores contra los que se tuvo que enfrentar para justificar la creación de la ansiada Universidad.

Efectivamente, no tanto la pasividad del medio era lo que preocupaba a los gestores de la Universidad, sino la oportunidad que veían ciertos políticos de la oligarquía tradicional istmeña de hacer de ese centro cultural una "bandería" para atacar desde cualquier frente posible la obra de Méndez Pereira y de Harmodio Arias Madrid; de tratar de una medida populista la creación de este claustro universitario con la que esperaba cubrirse de gloria la Administración de Harmodio Arias Madrid.

4. ISAZA CALDERON, Baltasar: *La Tendencia Extranjerizante en la Universidad de Panamá*. Litho Impresora Panamá, S.A., Panamá 1971, pág. 8.

5. MENDEZ PEREIRA, Octavio: "Un Decenio de la Universidad". En *Revista Universidad*, Universidad de Panamá, No. 24 (enero de 1946), pág. 180.

Se esgrimió, además, otro motivo: el erario público estaba ya exhausto, razón por la que era imposible costear y mantener una empresa de tal envergadura. Además, se decía que no existía en el país la cantidad suficiente de estudiantes que ingresaran a este alto Centro de Estudios y cuya presencia justificase el alto costo que éste implicaba para la Nación, siendo preferible que el Gobierno invirtiera esta considerable suma de dinero para construir nuevas escuelas, ya que se contaba con más de 50,000 alumnos carentes de toda educación. Como si estas razones fueran pocas, se alegaba que parte del costo del proyecto debía ser sufragado por algunas naciones del continente para que se hicieran efectivas las promesas oficiales de ciertos países que habían empeñado su palabra en la creación de una Universidad Panamericana.

Fue así como se buscaron todos los medios necesarios para contrarrestar la empresa que ya había tomado cuerpo; como un colofón para lo anteriormente dicho, los grupos adversarios atacaron el carácter popular de la futura institución porque "... la universidad no tendrá siquiera la cantidad de alumnos indispensables para inaugurarse decorosamente, pues unos no irán por pobres y los otros por acomodados, ya que entre los pudientes resultará mejor y más económico estudiar en el extranjero..." (6). Esto sin mencionar el que los alumnos que concurrirían por vez primera a esta universidad, asistirían a sus clases de noche, esto es, en calidad de estudiantes nocturnos que "por cierto no eran los más adecuados, ya que no disponían del tiempo ni de las energías necesarias para la dedicación a los estudios" (7).

En estas circunstancias nada favorables a su creación, y a pesar de todo, se creó la Universidad. Mucho se ha escrito sobre la personalidad de su fundador que, para bien o para mal, imprimió a dicha institución rasgos tan particulares que llegó a **personificarla**: institución y fundador se confundieron para formar una entidad donde prevaleció un desbordamiento de idealismo y la afirmación y la defensa de la cultura y de la espiritualidad. Por ejemplo, actualmente a nuestra institución se la conoce también con el nombre de la Casa de Méndez Pereira. Por lo mismo que cultural y por lo mismo que espiritual, Méndez Pereira ha sido calificado de visionario, de espíritu previsor y nada más. Si bien es cierto que para éste la Universidad habría de constituirse en centro de cultura "la realidad social se encargó entonces de formular su tácito e implacable veredicto. La necesidad de proveer los vacíos de la enseñanza y la dimensión

6. ISAZA CALDERON, Baltasar: *Op. Cit.*, pág. 30.

7. *Loc. Cit.*

burocrática imprimió, bien pronto, en una Universidad una especial orientación en el sentido del profesionalismo y el tecnicismo. Y las estadísticas se encargaron de revelar que la inmensa mayoría de los egresados asistieron a sus aulas con el sólo propósito de optar un título para ejercer profesiones que de momento les produjera cierta seguridad económica: el profesorado, la abogacía y el comercio" (8).

Quizás sea constreñirlo en un marco exageradamente cerrado, ello se dice —al menos los que sustentan esta opinión— por su falta de preocupación de implantar métodos de investigación, organización de planes y por su aversión a todo aquello que representaría un tipo de preparación netamente pragmática y utilitarista. De allí que Federico Velásquez afirmara: "Por la forma en que la Universidad fue creada y debido a los ideales que le imprimió Octavio Méndez Pereira, la Universidad sirvió principalmente para la promoción de un espíritu moral, academicista e individualista. Gracias a la acción vigorosa de su primer rector quien encarnaba, representaba la Universidad a la vez porque le daba vida, ésta llegó a presentar características que eran más bien propias de él y de un Moscote pero que en verdad no eran el contenido, ni el conjunto de la Universidad como tal..." (9).

Habían de pasar algunos años después de su muerte para que la Universidad pudiera, en 1960 con Jaime de la Guardia, desprenderse del paternalismo de su creador. Para ello hizo falta un drástico cambio en el panorama político que trastocó los cimientos de la estructura nacional.

LOS DIVERSOS CONCEPTOS DE UNIVERSIDAD PANAMEÑA

La creación de la Universidad en nuestro medio tuvo justificación inmediata porque así lo demostraron las circunstancias; pero en cuanto al sentido, a la función que le habría de ser asignada "es muy sintomático que esa respuesta no se pueda encontrar en el decreto que le dio origen... Es en los discursos de inauguración de los doctores Harmodio Arias y Octavio Méndez Pereira donde se plantea el sentido de la Universidad" (10). En efecto, en el discurso

8. CASTILLERO CALVO, Alfredo: "Octavio Méndez Pereira y la Idea de la Universidad". En *Revista Lotería*, Panamá, No. 52 (Vol. 5, 2a. época) pág. 80.

9. VELASQUEZ, Federico: *Educación Panameña*. Editorial Universitaria. Universidad de Panamá. 1965, pág. 175.

10. *Ibidem*. págs. 122-123.

inaugural del primero, éste destacó que “en el propósito explícito de que la Universidad sea la culminación de nuestro sistema escolar, está incluido también el propósito implícito de reforzar... los altos fines de la educación nacional que, evidentemente, no pueden ser otros que los de consolidar y reafirmar los atributos espirituales de la nacionalidad panameña” (11). Como se ve, el punto axial que, por el momento era el indispensable, explicitaba la existencia de una Alta Casa de Estudios en Panamá, era el de educar a las nuevas generaciones para que afianzaran la nacionalidad panameña; nuestro pueblo —decía Méndez Pereira— ha surgido y está resuelto a ponerse en pie; y por ello a esta Casa de Estudios Superiores le compete erigirse en faro inextinguible de luz y creatividad capaz de conformar el espíritu, el corazón y el cerebro del pueblo panameño (12).

Contra una orientación que apuntara hacia la formación de expertos sedientos de obtener un status social y económico más ventajoso, el que firmara el decreto ejecutivo puntualizó: “Nuestra Universidad no debe ser una fábrica de profesionales egoístas, imbuidos de un estrecho, falso y desinteresado concepto de la vida...” (13). Está claro que la preocupación de los fundadores fue primordialmente de índole nacionalista, pero es el nacionalismo propio de un pequeño país que a falta de ejércitos y armadas tenía que recurrir a medios en extremo diversos para mantener y defender lo propio, lo autóctono, lo que por propio derecho le pertenece y es inalienable. En otras palabras, “...tenía que buscar como escudo, no la fuerza material, sino las armas invencibles de la cultura” (14).

Igual idea sostenía el “Padre de la Universidad” cuando al abogar por la salvación de la cultura escribió: “Pocos países como el nuestro necesitan basar en la cultura la fuerza que no le dan los cañones ni el número de sus habitantes, ni la extensión de su territorio...” (15). Precisamente este territorio, debido a su configuración geográfica, ha resultado ser un país de tránsito, con un pueblo cuya psicología refleja las condiciones físicas del mismo: indiferencia, pasividad, apatía, desidia, frivolidad, etc. Por ello “a la Universidad le toca demostrar que nuestra personalidad tiene raíces indiscutibles en nuestra

-
11. ARIAS MADRID, Harmodio: “Discurso de Harmodio Arias en la Inauguración de la Universidad de Panamá”. En *Inauguración de la Universidad Nacional de Panamá*. Imprenta Nacional de Panamá, Panamá, 1935, págs. 9-10.
 12. Véase, ARIAS, Harmodio: “La Idea de la Universidad nace con nuestra Independencia”. En *Universidad*, Universidad de Panamá, No. 36 (1956-57) pág. 33.
 13. *Ibíd.*, pág. 13.
 14. *Ibíd.* págs. 27-28.
 15. Citado por Alfredo Castillero Calvo: *Art. Cit.*, pág. 66.

naturaleza y en nuestra historia, que contamos con todos los elementos necesarios para constituir un pueblo libre y consciente y para tomar nuestro puesto en la obra colectiva de la civilización” (16).

Al igual que el Presidente H. Arias Madrid, Octavio Méndez Pereira, contra todo intento de reducir este centro superior de difusión de la cultura en mera fábrica de profesionales, donde sólo se tramite un título, propugnó por una Universidad Cultural en la que “... el aspecto de la cultura ha de predominar sobre el puramente profesional.. pues hará de la educación un ejercicio social más elevado que la mera función de preparar para una carrera profesional” (17). El **ideario mendeciano** acusa una célebre obra preñada de idealismo. La mayoría de sus escritos recogen un posición soñadora, literalizante y romántica y la que fuera su logro más impactante, no escapó a esta realidad: “Yo he querido —decía— desde que la concebí y lo he dicho repetidas veces que la Universidad de Panamá llegue a ser esto, la casa del pueblo, la antena de sus afanes, dolores, alegrías y esperanzas, la fragua encendida de nuestro destino, el centro de estudio de los problemas panameños, la atalaya y la fortaleza de nuestras libertades, la fuente de rebeldías sanas y de serenidad espiritual de los jóvenes que, por una recia contextura moral e intelectual, puedan emprender la obra de nuestra generación...” (18).

El Idealismo por los fueros de la cultura y del espíritu se trasladó a la organización administrativa durante los primeros años de la Universidad, a tal punto que la realidad circundante obligó a sus directores a reorganizar en cierta forma la estructuración del claustro. Como lo decía el decreto por el cual se creaba, contaría con un Colegio Central de Artes y Ciencias en el que se enseñarían con un afán exclusivamente cultural —en un medio como el nuestro donde no existía para esa época una tradición cultural— las Letras, la Filosofía y las Ciencias. Muy dura fue la realidad que obligó al idealismo del “Maestro de la Juventud” a renunciar, quizá por el momento, a su ambición por una enseñanza desinteresada de las asignaturas mencionadas. En un escrito de suyo importante, José Dolores Moscote nos ilustra con meridiana claridad la medida pragmática

16. MENDEZ PEREIRA, Octavio: “Discurso del Rector de la Universidad de Panamá, Dr. Octavio Méndez Pereira”. En *La Inauguración de la Universidad de Panamá*. Imprenta Nacional, Panamá, 1935, pág. 32.

17. MENDEZ PEREIRA, Octavio: *La Universidad Americana y la Universidad Bolivariana de Panamá*, Imprenta Nacional, Panamá, 1925, pág. 4.

18. Octavio Méndez Pereira citado por Alfredo Castillero Calvo: *Art. Cit.*, pág. 84.

a la que tuvieron que acogerse: "... No hubo en la matrícula de los dos primeros años alumnos suficientes que justificaran la existencia de una facultad sólo para tal clase de estudios y ha sido necesario orientarla hacia el profesionalismo docente de la rama secundaria de la enseñanza..." (19).

No obstante las críticas, Octavio Méndez Pereira persistió en su posición; más aún, consciente de los epítetos de los cuales había sido objeto, afirmó: "No me importó antes y me importa menos a esta altura de mi vida, el ser tachado de soñador, de romántico o de iluso" (20). En contra de aquellos que le reprochaban querer imponer una universidad de tipo humanista a la que acudiría el estudiante para incrementar su "acervo cultural", justificaba su posición abroquelándose ya no desde una universidad de corte humanista sino desde una universidad humana, concebida como una institución que dejando de lado los libros y la vana preocupación sobre problemas abstractos se encontrara imbuida de las grandes inquietudes del país, dispuesta a correr el riesgo de verse mezclada, empujada y arrollada por las crisis, haciéndose eco de las aspiraciones y necesidades sociales; por ello "nadie podrá negar que se refleje sobre ésta (... la Universidad ...) en cierto modo, las crisis porque atraviesa el país, lo cual no hemos de extrañar, pues en esta pequeña humanidad de nuestro campus tienen que repercutir los problemas nacionales: ... crisis moral, crisis espiritual y, como consecuencia, crisis política, económica y social de todo orden" (21).

El cambio, pues, se avecinaba y Méndez Pereira abogó, al menos así lo dicen sus discursos, porque la Escuela Superior que dirigía se arroja a la calle a captar el "númeno" del vivir social. La coyuntura lo reclamaba y el propósito no era quizá novísimo pero sí colosal, la Universidad panameña, que luchaba por ser moderna, debía estar desde ese instante profundamente enclavada en la realidad social, sentir el palpar rítmico del suelo que la vio nacer para convertirse entonces, en el nervio motor de la prosperidad intelectual, política, social y económica del acontecer nacional. En consecuencia, el bregar universitario debía dirigirse a formar a un hombre científico con conciencia humana; la ciencia con conciencia debía ser entonces —y lo fue desde su creación— el desiderátum de esta "nuova schola" panameña. Esa debía ser la savia vivificante de la que debía nutrirse

-
19. DOLORES MOSCOTE, José: "Consideraciones Generales". En *Revista Universidad*, Universidad de Panamá, Nos. 18-19, (abril-mayo, 1940), pág. XXVI.
 20. MENDEZ PEREIRA, Octavio: *Universidad Autónoma y Universidad Cultural*. Editorial de la Universidad de Panamá, Panamá, 1973, pág. 112.
 21. *Ibíd.* pág. 117.

nuestra Universidad; así lo plasmó su Primer Rector al decir: "Concebimos la universidad en última síntesis, como un organismo identificado con la vida nacional, capaz al mismo tiempo que de orientar ésta, de servir de control a las fuerzas ciegas que se disputan el derecho a gobernar la república y de fortalecer en ésta el espíritu de dignidad y de trabajo constructivo" (22).

Tiempo más tarde, similar posición asumiría uno de los más destacados pensadores panameños, Diego Domínguez Caballero, cuando afirmaba: "Cada uno de nuestros países ha de luchar porque su universidad manifieste su autenticidad y ello se logrará en tanto responda a las aspiraciones espirituales del hombre pero que recoja al mismo tiempo, las aspiraciones y necesidades del pueblo en que se encuentra enclavada" (23). Pero la reflexión del pensador encontraría su punto de partida en determinar la posibilidad de elaborar un concepto de universidad válido a través del tiempo y el espacio para toda institución que lleve este nombre, al parecer, llegó a una conclusión negativa: Una definición de cualesquiera otra índole no podría prescindir de la realidad circundante, no le sería posible hacer caso omiso de la situación en que vive, en que se mueve y se desarrolla. "Discutir en forma ideal —puramente racional— el concepto de la universidad para aplicarlo sin discriminación a toda universidad, buscar lo que se podría llamar la definición de la universidad e insistir tozudamente que a ella deba ceñirse toda institución que pretenda ser digna de llamarse universidad, nos parece, especialmente en nuestro caso, utópico" (24).

No obstante esta conclusión, Domínguez Caballero acusa un cierto optimismo al referirse a la misión propia de nuestra universidad: "... la Universidad debe siempre estar presente en nuestros momentos culminantes de dolor o de alegría y debe producir hombres que, adaptados al ambiente y con amor al terruño, tengan la habilidad, disciplina, inteligencia y preparación necesarias para transformar este ambiente" (25). Partir de la realidad circundante, para conocernos, y determinar lo que hemos de ser y de hacer, ésta es la tarea que compete a todo intelectual panameño en su afán de actuar adecuadamente en vista de lograr el mejoramiento del país;

22. MENDEZ PEREIRA, Octavio: "Discurso de Introducción". En *Revista Universidad*, Universidad de Panamá, Nos. 18-19 (abril-mayo, 1940), pág. XIV.

23. DOMINGUEZ CABALLERO, Diego: "La Universidad Latinoamericana". En *Anuario de Derecho*, Universidad de Panamá, No. 7 (año VII, 1966-67), pág. 162.

24. *Ibíd.*, pág. 161.

25. DOMINGUEZ CABALLERO, Diego: *La Universidad Panameña*. Editorial Educativa, Panamá. 1946, pág. 19.

de esta manera el aspecto gnoseológico, el que se ha logrado por medio de la reflexión introspectiva resulta ser en última instancia condición urgente y necesaria para determinar el aspecto ético del deber-ser que es nada menos que el sendero que ha de llevarnos —de acuerdo a Domínguez Caballero— hacia la superación. De allí que haya podido afirmar que “la misión principal de la Universidad Nacional es la comprensión de lo panameño, la creación de la debida actitud cultural que nos haga dignos en nuestra pequeñez” (26).

Mas, para conseguir esa imprescindible actitud cultural, portadora de nuestra significación dignificadora, debe existir al interno del claustro universitario una jerarquía, un orden institucionalizado, una estructuración. Es imprescindible porque gracias a ella podrá existir la Universidad, y sin aquélla, ésta no pudiera ser; con una organización estructurada jerárquicamente nuestra Universidad será capaz de darle al país no profesionales o técnicos mecanizados, o una “serie de intelectuales descentralizados a quienes no se les comprende”, sino —eso es lo que de ella se espera— una generación de dirigentes conscientes de sus deberes y derechos dispuestos a luchar por su nación. Y ello ocurre dentro de la Universidad cuando ésta se convierte en una aristocracia y en una jerarquía: “pero es una aristocracia y una jerarquía que no está fundada sobre el dinero ni sobre la sangre ni sobre la raza. Es la jerarquía y la aristocracia del intelecto” (27).

Como se ve, para Domínguez Caballero, el orden estructural debe existir como condición necesaria para que nuestra Universidad pueda glorificarnos y enaltecernos en nuestra pequeñez; esta Universidad que debe ser para los panameños —porque es democrática— no es una estructura alejada del sujeto pensante. Es una institución cuya importantísima misión ha de ser descubierta y aprehendida por el hombre panameño. La indigencia, la apatía no pueden tener su hogar en esta Universidad porque si en ella han de acrisolarse los puntales dignificantes de nuestro hacer y de nuestro deber-ser tiene ella que recoger la mejor semilla que nuestro suelo proporciona para entonces producir el elemento indispensable de nuestro propio progreso, de nuestra marcha hacia un porvenir mejor.

Teniendo el desarrollo como criterio, el sociólogo Nils Castro distingue dos tipos de universidad: la elitista o Universidad del Desarrollo (tradicionalista) y la Nacional Desarrollista propia de una universidad para el desarrollo. A favor de la primera, reconoce el papel

26. *Ibíd.* pág. 31.

27. *Ibíd.* pág. 27.

que ha desempeñado en lo referente a la formación de profesionales; pero este carácter ha sido francamente profesionalista, consecuencia del elemento de origen social que ha constituido la gran mayoría del estudiantado universitario que sólo podía acudir a la Primera Casa de Estudios luego de una jornada de trabajo y para quien, entonces, estudiar no viene a representar ni un pasatiempo, ni mucho menos un lujo, sino un impulso de mejorar su condición de vida. Es en base a este aspecto que Ricardo Nassif, otro sociólogo que ha estudiado nuestra Universidad, la ha denominado “profesionalista o profesionalizante”. Desde luego, y al igual que Castro, Ricardo Nassif no niega su papel como factor de promoción social y profesional, pero ambos coinciden en que la Universidad por lo menos hasta 1968 presenta los rasgos comunes de una “universidad liberal académicamente tradicionalista y profesionalizante, enmarcada en un país dependiente, subdesarrollado y de economía terciaria” (28).

En otras palabras, Nassif expresa similar inquietud: “Inserta en una sociedad dependiente y subdesarrollada que no evidenciaría una conciencia clara de esta situación, la Universidad (de 1935 a 1968) es la resultante de una adición de Facultades y de Escuelas —después convertidas en Facultades— condicionadas por un modelo de formación de elites profesionales” (29). De esta manera dice Nils Castro: “Las carreras académicas eran agrupadas y organizadas según su mutua afinidad gnoseológica o teoría y no según su correspondencia con sectores de la producción y la investigación, de acuerdo a la realidad socioeconómica que las hace necesarias” (30). O bien, como afirma entonces Ricardo Nassif: “La cultura aún en sus manifestaciones profesionales— no se toma en sus vinculaciones con la realidad nacional ni latinoamericana...” (31).

En efecto, la Universidad se colocaba —y al parecer como viejo remedo de la Universidad Medieval— “de espaldas al quehacer diario del desarrollo nacional” —agrega Castro— y este ardid, por así decirlo, era manipulado por la plutocracia intelectual y económica que dirigía los destinos de la marcha universitaria en su permanente temor y desconfianza oligárquicos hacia la transformación del medio ambiente. La realidad del pueblo, del vulgo, permanecía reprimida,

28. CASTRO, Nils: “La Reforma, Ahora”. En *Gaceta Universitaria*, Universidad de Panamá, No. 1 (agosto-septiembre de 1978), pág. 24.

29. NASSIF, Ricardo: “Aproximaciones a un Modelo Panameño de Universidad”. En *Acción y Reflexión Educativa*, I.C.A.S.E., Universidad de Panamá, No. 2 (julio de 1978), pág. 8.

30. CASTRO, Nils: *Art. Cit.*, págs. 27-28.

31. NASSIF, Ricardo: *Art. Cit.*, pág. 8.

acallada en los salones universitarios y "... la institución académica, como tal, generalmente sólo se pronunciaba acerca de la realidad nacional en ocasión de acontecimientos especiales y en el plano ético o jurídico más general ..." (32). Esta situación de claustro enclaustrado sobre sí mismo e impuesta por la oligarquía fue —en función de su periclitud— generando un movimiento de protesta y clamor generalmente abanderado por los estudiantes que exigían perentoriamente una reforma universitaria y que vociferaba el concubinato entre esta oligarquía 'dueña de la universidad' y el Imperialismo Norteamericano. En este clima de desestabilización interna en que crecía una universidad profesionalizante de minorías selectas y un modelo universitario de espaldas al sistema y a las contradicciones en nombre de la autonomía, que suponían les alejaba del resto del país, el clamor y el acaloramiento fueron exacerbándose más logrando así el movimiento estudiantil una aceptación de amplitud casi nacional. Así, y no olvidando la precedente dicotomía, "establecidas las premisas anteriores acerca de la Universidad para el desarrollo (universidad elitista tradicional o universidad nacional desarrollista) podemos proponer un acercamiento casi específico de la Universidad de Panamá como institución entrabada en una transición imcompleta entre ambos modelos" (33).

Aseveración muy particular que sitúa a la Universidad Nacional en agonía, en lucha permanente por llegar a ser! En pocas palabras, aún no tenemos una Universidad de Panamá y para Panamá porque ésta como Institución se encuentra en un grado intermedio de eclecticismo que por lo mismo no la define ni caracteriza. Posee, cierto es, una que otra característica, pero la misma es para connotarla como una Universidad enclavada en transición, lo cual, por lo demás, deja mucho que desear.

Finalmente, guardando una estrecha relación con la posición anterior asumida por los sociólogos, los estudiantes también denunciaban sin temor ni ambajes a los defensores de una universidad elitista o selectiva al servicio de una clase gobernante, dejando de esta manera, al margen las grandes masas; dejar de ser una entidad cultural inmersa en los problemas nacionales con el pretexto de perseguir y conseguir una universidad auténtica y pura en cuanto que atiende, únicamente, a la educación superior de un núcleo de estudiantes que por vivencia ignoran las necesidades y apuros que suele crear un bolsillo vacío, eso es lo que se pide; de esta manera se está luchando para que la Universidad "deje de ser realidad tangible para

32. CASTRO, Nils: *Ibíd.* pág. 24.

33. *Loc. Cit.*

convertirse en idea, y a los estudiantes y a la sociedad les interesa la Universidad, no su idea" (34).

Efectivamente, los estudiantes universitarios planteaban, bajo la influencia de ciertas banderías, una posición fundamentalmente comprometida y por lo tanto socializante. La Universidad, para ellos, ha de ser el centro motor en el que han de formarse ...¿educarse...? los elementos personales que con una profunda conciencia social, son imprescindibles para la transformación de nuestro pueblo.

Frente a esta Universidad alejada de la verdad social —que forma únicamente humanistas— los estudiantes universitarios postulan, pues, una Universidad socializante, democrática y comprometida. Por ello, "como país subdesarrollado, Panamá está urgido de ingenieros, agrónomos, médicos, químicos y de técnicos en general. No obstante, nuestra Universidad se ha preocupado fundamentalmente por preparar abogados, filósofos, lingüistas y literatos ..." (35). No estaría de más aclarar que, precisamente, esos técnicos, médicos, ingenieros, agrónomos y químicos, reclamados tan urgentemente por los líderes estudiantiles hayan abjurado, a la altura de nuestros días, de esa formación socializante bebida en los claustros universitarios; su conciencia de factor de cambio les sirvió quizá hasta el momento de obtener su credencial, de ahí en adelante el pueblo seguirá siendo lo mismo: pueblo; ellos: profesionales.

Creemos que, en realidad, la Universidad es "lugar de encuentro y diálogo; se dice, incluso, que es 'diálogo institucionalizado', pues en ella cabe esperar el diálogo entre las distintas disciplinas del conocimiento humano ..." (36). Pero de un diálogo aquilatado y ponderado entre sus integrantes en base a la sociedad, que la Universidad posea un diálogo vívido con la sociedad, a ello, pensamos, debe responder, debe aspirar, la estructura, la esencia misma de la Universidad.

34. URRIOLA, Ornel: "Universidad y Sociedad". En *Tareas*, Panamá, No. 15 (abril-junio de 1965), pág. 88.

35. AVILA, Víctor: "Los Estudiantes y sus luchas por la Reforma Universitaria en Panamá". En *Tareas*, Panamá, No. 9 (abril-junio, 1963), pág. 103.

36. TUNNERMANN BERNHEIM, Carlos: *La Universidad: Búsqueda Permanente*. Editorial de la Universidad Autónoma de Nicaragua, Managua, 1971, págs. 29-30.

Bolívar, el Emílio de Simón Rodríguez

Simón Rodríguez es considerado, hoy por hoy, la figura que más influencia ejerció sobre Bolívar. Nace en Caracas en 1771, en momentos en que la pequeña Villa indiana comienza a experimentar transformaciones trascendentes. En menos de doce años se producen: la creación de la Intendencia, la unificación del país bajo el régimen de una sola Capitanía General, la instalación de la Audiencia, la abrogación de los privilegios comerciales de la Compañía Guipuzcoana, la iniciación de la libertad de comercio y el establecimiento de la primera cátedra de "moderna filosofía" en la Real y Pontificia Universidad. (1)

"Su aspecto físico —dice U. Pietri— era poco atractivo y algo tenía que ver con su carácter y con sus ideas. Huesudo, abasto y algo desproporcionado de cuerpo. Gruesas manos velludas, pesado andar, cabeza alargada y grandes orejas. El color moreno, la nariz ganchuda, la boca grande, recta y delgada y la quijada saliente. Parecía hecho de mal ensamblados pedazos". (2)

A este retrato físico conviene añadirle el moral que no siempre le favorece. De la Cruz Herrera, por ejemplo, quizá apertrechado en sus

1. USLAR PIETRI, A.: "Prólogo" a la obra de: GRASES, Pedro, **ESCRITOS DE SIMON RODRIGUEZ**. Compilación y estudio bibliográfico por P. GRASES. Caracas: Imprenta Nacional, 1954. Tomo I. Pág. XI.

2. *Idem*. Pág. XII.

prejuicios conservadores, lo califica de "irascible, inconstante, libidinoso, extraordinariamente locomóvil, declamador empedernido y empapado en los principios sociales y convicciones filosóficas del ginebrino". (3) Por su parte, Uslar Pietri lo retrata como "orgullosa y violento, rudo y sarcástico, sus pensamientos toman espontáneamente la forma de autoritarios axiomas, y tiene un modo socarrón y despectivo de manifestar el desprecio intelectual que le merecen las más de las gentes que lo rodean". (4) En fin Rojas dice que "era un espíritu extravagante, romántico y aventurero, sobre todo". (5)

Intelectualmente, Rojas le ve como un hombre "empapado en las ideas de los enciclopedistas franceses y de Rousseau —ideas que en Francia estaban haciendo fomentar el mosto fuerte, regocijado y nuevo de una profunda revolución en el pensamiento, en la vida y en las costumbres— (y la) primera mentalidad que marca rumbos inéditos en la vida intelectual venezolana". (6)

Tenía apenas veinte años Simón Rodríguez cuando fue nombrado por el Cabildo de Caracas maestro de escuela. Es allí donde, imbuido obsesivamente por las ideas del pedagogo ginebrino, traza un plan de reformas destinado a cambiar el rumbo de la educación de su país. En 1794, presenta al Cabildo su importante Memoria sobre "los defectos que vician la escuela de primeras letras de Caracas y medio de lograr su reforma por un nuevo establecimiento". (7)

Se proponía básicamente "crear una enseñanza objetiva dirigida a lo útil y gobernada por el interés del alumno. Combinada con los juegos, diversiones y paseos". (8) Todo su plan fracasó por la dilatada gestión de los cabildantes de aprobar sus revolucionarias reformas pedagógicas. Renunció el 19 de octubre de 1795.

Cotizado como el más destacado maestro de Caracas, fue contratado por don Feliciano Palacios, abuelo de Bolívar, para que le enseñara las "primeras letras". Era por ese entonces su amanuense.

Ninguna oportunidad le pareció más feliz al maestro caraqueño para practicar sus ideas roussonianas. Había coincidencias notables entre Simón (que contaba nueve años) y el Emilio del ginebrino.

3. DE LA CRUZ HERRERA, José: **D. SIMON BOLIVAR O LA FORMACION DE UN LIBERTADOR**. El ambiente del niño, del adolescente y de su primera juventud. "Prólogo" del Dr. Edmundo Gutiérrez. Buenos Aires: Edt: Atlántida, S.A. 1947. Pág. 138.

4. USLAR PIETRI, A.: "Prólogo". cit. Pág. XII.

5. ROJAS, Armando: **IDEAS EDUCATIVAS DE SIMON BOLIVAR**. Madrid: Afrodisio Aguado, S.A. 1952. Pág. 27.

6. Loc. cit.

7. Cfr. GRASES, Pedro: **Op. cit.** Tomo II.

8. **Supra**.

En efecto, en el **Emilio** de Rousseau leemos: "Emilio es huérfano. Nada importa que vivan su padre, su madre; encargado yo de todas sus obligaciones, adquiero sus derechos todos. Debe honrar a sus padres, pero sólo a mí debe obedecer; esta es mi primera, o más bien, mi única condición...". (Tampoco) "sentiré que Emilio sea de ilustre cuna, que siempre será una víctima sacada de las garras de la preocupación". (9)

Simón, pues, se asemejaba mucho a Emilio: era huérfano y de "ilustre cuna". Mas Simón era algo más: indisciplinado, soberbio, desaplicado en extremo; pero gustaba de escuchar a los adultos que discutían sobre política, comercio, arte, etc. y en estos casos era especialmente receptivo.

Es claro que Simón Rodríguez no enseñó con eficacia las "primeras letras" y la gramática, ni las lenguas española y latina, ni la Historia, tal como le encomendó don Feliciano. Pero con los otros maestros, entre los que se contaba el genial Bello, tampoco hubo éxitos notorios; más por su desaplicación y desamor por los libros que por su carencia de virtudes intelectuales.

Que no hubo éxito en la empresa pedagógica lo comprueba la famosa carta que envía desde Vera-cruz (así lo escribe) el Simón-adolescente. Contaba con dieciséis años. En ésta, sus faltas de ortografía, sintáxis incorrecta, tachones, borrones, oscuridad conceptual, etc., no sólo revelan su falta de cultura elemental, sino también los defectos de su personalidad. (10)

Simón Rodríguez contribuyó poco a mejorar la ortografía de Simón; empeñóse en cambio, en llevar a la práctica la **educación natural** del ginebrino que consistía en poner al niño en contacto directo con la naturaleza. Ya en las primeras líneas de su **Emilio** advierte: "Todo está bien al salir de manos del autor de la Naturaleza; todo degenera en las del hombre". (11) Expresaba también: "La educación es efecto de la **Naturaleza**, de los hombres o de las cosas. La de la Naturaleza es el desarrollo interno de nuestras facultades y nuestros órganos; la educación de los hombres es el uso que nos enseñan éstos a hacer de este desarrollo, y lo que nuestra experiencia propia nos da a conocer acerca de los objetos cuya impresión reci-

-
9. ROUSSEAU, Jean J.: **EMILIO o la Educación**. Versión española por José Machena, revisada y corregida. Buenos Aires: Edit. Albatros. 1944. 2 tomos.
 10. Cfr. PEREYRA, Carlos: **LA JUVENTUD LEGENDARIA DE BOLIVAR**. Madrid: M. Aguilar, Editor. 1932. Pág. 128.
 11. ROUSSEAU, Jean J.: *Op. cit.* Tomo I. Pág. 7.

bimos, es la educación de las cosas". (12) Expresaba, en fin: "Abo-
rezco los libros, porque sólo enseñan a hablar de lo que uno no sabe
(...). Puesto que absolutamente necesitamos libros, uno hay que para
mi gusto, es el tratado más feliz de la educación natural. Este será
el primer libro que lea mi Emilio; él solo compondrá por mucho
tiempo su biblioteca y siempre ocupará en ella un lugar distinguido.
Será el texto al cual servirán de mero comentario todas nuestras con-
ferencias acerca de las ciencias naturales, y él servirá de prueba del
estado de nuestro discernimiento durante nuestros progresos, y
mientras no se estrague nuestro gusto, siempre nos agradará su
lectura. Pues qué maravilloso libro es ese? Es Aristóteles? Es Plinio?
Es Buffon? No; que es Robinson Crusoe". (13)

Consecuente con estas ideas que apreciaba, Simón Rodríguez
traslada a Simón de la ciudad al campo. Allí, en la quinta de San
Mateo lo ejercita en equitación, manejo de remo, natación, esgrima,
etc. La finalidad es robustecer todas las partes de su cuerpo. Así
lo recomendaba el ginebrino: "Ejercitadlos por tanto a sufrir golpes
que tendrán que aguantar algún día; endureced sus cuerpos a la in-
clemencia de las estaciones, de los climas y los elementos, al hambre,
a la sed, a la fatiga; bañadlos en las aguas estigias". (14)

Hay innumerables referencias documentales que prueban lo mu-
cho que sirvió a Simón dicho entrenamiento de atleta. Pasó con nota-
ble éxito las exigencias de la milicia; y durante la campaña militar
que llevó a cabo años después para librar a América de sus opresores,
todas estas enseñanzas le hicieron destacarse y hacerse respetar de
sus subalternos.

En el *Diario de Bucaramanga*, Perú de Lacroix recoge el relato
de Bolívar sobre su habilidad con los caballos: "... Todavía en el
17, cuando estábamos en el sitio de Angostura, dí uno de mis caba-
llos a mi primer Edecán el actual General Ibarra, para que fuera
a llevar algunas órdenes a la línea y recorrerla toda; el caballo era
grande y muy corredor y, antes de ensillarlo, Ibarra estaba apostan-
do con varios jefes del ejército que brincaría el caballo partiendo del
lado de la cola e iría a caer del otro lado de la cabeza: lo hizo efecti-
vamente y precisamente llegué yo en aquel momento: dije que no
había hecho una gracia, y para probarlo a los que estaban presentes,
tomé el espacio necesario, dí el brinco pero caí sobre el pescuezo
del caballo, recibiendo un porrazo del cual no hablé. Picado mi
amor propio, dí un segundo brinco y caí sobre las orejas, recibiendo

12. Idem., Pág. 10.

13. Idem., Pág. 275.

14. Idem., Pág. 28.

un golpe peor que el primero: esto no me desanimó, por el contrario, tomé más ardor y la tercera vez pasé el caballo. Confieso que cometí una locura, pero entonces no quería que nadie dijese que me pasaba en agilidad y que hubiera uno que pudiese decir que hacía lo que yo no podía hacer. No crean ustedes que esto sea inútil para el hombre que manda a los demás: en todo, si es posible, debe mostrarse superior a los que deben obedecerle: es el modo de establecer un prestigio duradero e indispensable para el que ocupa el primer rango en una sociedad y particularmente para el que se halla a la cabeza de un ejército". (15)

El mismo *Diario* presenta la proeza del Libertador realizada en el Orinoco, y que lo califica como excelente nadador, además de destacar su indiscutido valor personal: "... Un día bañándome en el Orinoco, con todos los de mi Estado Mayor, con varios generales de mi ejército y el actual Coronel Martel (...), éste último hacía alarde de nadar más que los otros; yo le dije algo que lo picó y entonces contestó que también nadaba mejor que yo. A cuadra y media de la playa donde nos hallábamos había dos cañoneras fondeadas y yo, picado también, dije a Martel que con las manos amarradas llegaría primero que él a bordo de dichos buques: nadie quería que se hiciese tal prueba pero animado yo me había ya vuelto a quitar la camisa y, con los tiros de mis calzones que di al General Ibarra, le obligué a amarrarme las manos por detrás; me tiré al agua y llegué a las cañoneras con bastante trabajo. Martel me siguió y, por supuesto, llegó primero. El General Ibarra, temiendo que me ahogase, había hecho poner en el río dos buenos nadadores para auxiliarme, pero no hubo necesidad de ello. Este rasgo prueba la tenacidad que tenía entonces, aquella voluntad fuerte que nada podía detener: siempre adelante, nunca atrás; tal era la máxima y quizá a ella es a la que debo mis sucesos y lo que he hecho de extraordinario". (16)

Este es el Bolívar que quedará grabado en la mente de las generaciones futuras; el Libertador que hace huir, sable en la mano, a la gendarmería enviada por Godoy a arrestarlo so pretexto de poseer brillantes en los puños de la camisa; el explorador que sube al Chimborazo "dejando atrás las huellas de Humboldt"; el héroe que duerme sobre el suelo, envuelto tan sólo en su capa como Aníbal; el jinete incansable que recorre las campiñas de América Hispa-

15. LACROIX, Perú de: **DIARIO DE BUCARAMANGA**. Edición acrisolada con "Introducción", Notas y Apéndices de glosa por Mons. Nicolás E. Navarro, Obispo Titular de Usula. Caracas; Avila Gráfica, S.A. 1949. Págs. 149-50.

16. *Idem*. Pág. 45.

na a lomo de caballo; el general que ayuda al soldado a cargar las mulas, etc.: "Más que el arquitecto de su espíritu fue su profesor de gimnasia", afirma Estrada-Monsalve, refiriéndose a Simón Rodríguez. (17)

Pero el magisterio de Simón Rodríguez fue más allá del cultivo del cuerpo. Se ocupó también, y primordialmente, del espíritu de Simón. Ya sea en la casa de San Jacinto o en la quinta de San Mateo, durante el reposo de la fatiga gimnástica, lee y comenta algunos párrafos del *Emilio* o el *Contrato social* de Rousseau; habla sobre los *Derechos del Hombre*, la *Libertad* y la *Igualdad*; sobre la *Belleza* y la *Justicia* y todo ello, con una vehemencia y convicción contagiosa.

La relación docente y amical entre Simón-joven y el Simón-Maestro, culmina con la fracasada conspiración de Gual y España, de 1797, que dejara un impresionante saldo de ahorcados, incluido su gestor. Estos sucesos constituyeron "el aporte más práctico a su mente y a su conciencia". (18) En vísperas de la Batalla de Junín (1824), Bolívar en franca confianza al Teniente de navío norteamericano, Hiram Paulding, le confesará que siempre, desde niño, había pensado en la revolución de Colombia.

Simón Rodríguez, que para ese tiempo ya se había quitado el apellido Carreño por una disputa con su hermano Cayetano, había sido parte de la conspiración, si bien se le absolvió por "falta de pruebas". A la prisión va el discípulo a verlo, e intercede por él valiéndose de sus influencias de clase y su dinero. Tiene 13 años...

Simón Rodríguez sale silenciosamente de Venezuela para no volver nunca más a su patria. Se despoja nuevamente del nombre. Se llamará ahora Samuel Robinson, queriendo significar quizá con el "Robinson" que seguía las huellas roussonianas, o que se alejaba de todo lo que hasta ese instante había constituido su forma de existir para forjar, en la sociedad, una nueva vida. Sólo lo acompañan sus ideas y su misión.

El 31 de octubre de 1797, desde San Lorenzo el Real, don Esteban Palacio, tío de Simón, escribe a su hermano Carlos: "Te he dicho también que estando como estoy situado en Madrid, y con gran conocimiento de la Corte, es coyuntura para que vengan Juan Vicente y Simón, en donde podrán tomar alguna instrucción buena,

17. ESTRADA-MONSALVE, Joaquín: *BOLIVAR, su pensamiento, su vida, su obra, su lección*. Bogotá: Edit. Minerva, Ltda. 1944. Pág. 36.

18. DE LA CRUZ HERRERA: José: *Op cit.* Pág. 205.

y veremos lo que la suerte puede dar de sí en favor de ellos, teniendo como tienen mucho de adelantado por sus grandes facultades". (19)

La coyuntura fue propicia para enviar a Simón al fin a Madrid a ilustrar su mente, a enriquecerse culturalmente, pues, como lo prueba la ya mencionada carta de Veracruz, todavía a los dieciséis años, Simón adolecía de una increíble falta de instrucción.

Salió en el **San Ildefonso**, del puerto de La Guaira el 19 de enero de 1799, y, luego de visitar obligadamente México y Cuba, llega a Madrid. Se aloja en casa de un coterráneo, don Manuel Mallo, amigo de Esteban y favorito de la Reina María Luisa que lo colmaba de bienes materiales y de prebendas, con las consiguientes murmuraciones palaciegas.

Una vez instalado en casa de Mallo se reinicia la instrucción de Simón. Su tío Esteban Palacio-Blanco le procura mejores maestros que le enseñan matemática, esgrima, danza, lengua francesa. En las **Memorias** de O'Leary se lee: "Para reponer el tiempo perdido, buscó maestros competentes (Bolívar) y se dedicó a estudiar matemáticas, las lenguas y los clásicos antiguos y modernos. Pasaban los días y noches leyendo, y con tanto fervor se dió al estudio que sus amigos llegaron a temer que la demasiada aplicación quebrantara su salud". (20)

Sobre la aplicación de Bolívar en estos años en Madrid, también escribe su pariente Pedro Palacios a Carlos: "Este niño lo tiene Esteban muy aplicado y él sigue con gusto y exactitud el estudio de la lengua castellana, el escribir en que está muy ventajoso, al baile, la historia en buenos libros, y se le tiene preparado el idioma francés y las matemáticas. Está sujetico y observa mediana conducta, o por mejor decir, buena; conque por esta parte vive descansado". (21)

En realidad el aprovechamiento de Simón es sorprendente, si se tiene en cuenta que, a escasos doce meses de su estadía en Madrid, ya escribía a su tío Pedro —el mismo a quien envió la carta de Veracruz— una carta "bien pensada, bien hilada, bien redactada y ortográficamente correcta". (22)

19. Cit. por: PEREYRA, Carlos: *Op. cit.* Pág. 118.

20. O'LEARY, Daniel: **BOLIVAR Y LA EMANCIPACION DE SU AMERICA**. *Memorias del General O'Leary*. Trad. del inglés por su hijo Simón O'Leary (1783-1819). Madrid: Sociedad Española de Librería. S/F. Pág. 163.

21. Cit. por: DE LA CRUZ HERRERA, José: *Op. cit.* Pág. 244.

22. *Idem*, Pág. 245.

No abandonaba, empero, la vida social. Asistía a paseos y salones, a teatros y tertulias, siempre acompañado de Mallo y Esteban. Allí recibió experiencias que habrían de templar su carácter y prepararlo anímicamente para las luchas que el destino histórico le tenía deparado sin él saberlo. Manuel Pérez Vila dice que la "frecuentación de tertulias y salones pulió su espíritu, enriqueció su idioma y le dió mayor aplomo". (23)

Fue en uno de esos salones en donde conoció a la mujer que había de cambiar su vida para siempre: María Teresa Rodríguez del Toro y Alayza. Se prendó de ella, y tras superar algunas aprehensiones de su padre que veía con recelo un matrimonio tan rápido, se casó el 26 de mayo de 1802. Viajó con ella a Venezuela con la idea de dedicarse al manejo de sus propiedades; y así lo hizo hasta que, transcurridos algunos meses llenos de felicidad, su esposa muere (1803) de una extraña fiebre.

El golpe fue tremendo. El General Mosquera refiere que decía: "Yo contemplaba a mi mujer como una emanación del ser que le dió vida: el cielo creyó que le pertenecía y me la arrebató porque no era creada para la Tierra". (24)

Ese mismo año, 1803, retorna a Madrid, y se establece en París en la primavera de 1804. Durante la travesía se sumerge en sus libros como medio de aquietar su dolorosa pena. Lo acompañan Rousseau, Voltaire, Montesquieu, Raynal, Locke, y todos aquellos escritores famosos que su maestro querido, Simón Rodríguez, ahora Samuel Robinson, le había enseñado a leer y comprender.

Ya en París, se instala lujosamente en la Rue Vivienne, y en compañía de americanos residentes (entre los que se cuentan Fernando Toro y Carlos Montúfar), se dedica a buscar consuelo en los placeres que le puede proveer la cuantiosa fortuna que había dejado al cuidado de su fraterno y leal hermano Juan Vicente.

Al parecer nada puede acallar definitivamente su pena; por eso, cuando tiene conocimiento de la presencia de Simón Rodríguez en Viena, se dirige en busca de consuelo y consejo. Una carta fechada en París, 26 de noviembre de 1804, y que es la respuesta a su queridísima amiga y confidente Fanny de Villars, describe su encuentro con el Maestro: "Recordáis lo triste que me hallaba cuando os abandoné para reunirme con el señor Rodríguez en Viena. Yo esperaba mucho de la sociedad de mi amigo, del compañero de mi in-

23. PEREZ-VILA, Manuel: **LA FORMACION INTELECTUAL DEL LIBERTADOR**. Caracas: Ministerio de Educación, 1971. Pág. 16.

24. Cit. por: DE LA CRUZ HERRERA, José: **Op. cit.** Pág. 267.

fancia, del confidente de todos mis goces y penas, del mentor cuyos consejos han tenido siempre para mí tanto imperio. Ay, en esta circunstancia fue estéril su amistad! El señor Rodríguez sólo amaba las ciencias. Mis lágrimas lo afectaron, porque él me quiere sinceramente; pero él no las comprende. Lo hallé ocupado en un gabinete de física y química, que tenía un señor alemán, y en el cual debían demostrarse públicamente estas ciencias por el señor Rodríguez. Apenas lo veo yo una hora al día. Cuando me reúno con él, me dice de prisa: Mi amigo, diviértete, júntate con jóvenes de tu edad; ve al espectáculo, en fin, es preciso distraerte, y éste es el solo medio que hay para que te cures". (25)

El Maestro, empero, no abandonó al discípulo; se mantuvo muy cerca de su lecho brindándole cuidados médicos y pidiéndole que recapacitara de su decisión de morir: "Rodríguez—cuenta— vino a sentarse cerca de mí: me habló con esa bondad afectuosa que me ha manifestado en las circunstancias más graves de mi vida. Me reconviene con dulzura, y me hace ver que es una locura el abandonarme y quererme morir en la mitad del camino. Me hizo comprender que existe en la vida de un hombre otra cosa que el amor, y que podía ser muy feliz dedicándome entonces un poco mejor, me deja; pero al día siguiente me repite iguales exhortaciones. La noche siguiente, exaltándose mi imaginación con todo lo que yo podía hacer, sea por las ciencias, sea por la libertad de los pueblos, le dije: Sí, sin duda, yo siento que podía lanzarme en las brillantes carreras que me presentáis; pero sería preciso que fuese rico... Sin medios de ejecución, no se alcanza nada; y lejos de ser rico, soy pobre y estoy enfermo y abatido. Ay, Rodríguez, prefiero morir...". (26)

Fue entonces cuando el Maestro le hizo la espectacular revelación de que poseía "cuatro millones". Y, en efecto, Rodríguez había cuidado bien de la fortuna de Bolívar: "Sólo ha gastado en mi persona ocho mil francos durante ocho años que he estado bajo su tutela". (27)

En la misma carta que transcribimos, Bolívar confiesa con cierto sentimiento de culpa que su Maestro "pensaba hacer nacer en mí la pasión por las conquistas intelectuales"; se lisonjeaba de que desarrollaría mi antigua afición a las ciencias, pues tenía medios para hacer descubrimientos, siendo la celebridad la sola

25. Cit. por: COVA-MAZA, J.M.: **MOCEDADES DE BOLIVAR**. (Primero y Segundo Viaje). 2da. edición. Caracas: Tipografía Americana. 1930. Págs. 213-14.

26. *Idem*. Pág. 214.

27. *Idem*. Pág. 215.

idea de mis pensamientos. "Ay, el sabio Rodríguez se engaña, me juzga por él mismo!". (28)

En ese instante de autorreflexión crítica mira hacia el pasado y exclama: "No había deseado las riquezas: ellas se me presentaban sin buscarles, no estando preparado para resistir a su seducción. Me abandono enteramente a ellas. Nosotros somos los juguetes de la fortuna. A esta sola divinidad del Universo, la sola que reconozco, es quien es preciso atribuir nuestros vicios y nuestras virtudes. Si ella no hubiese puesto en mi camino un inmenso caudal, servidor celoso de las ciencias, entusiasta de la libertad, la gloria hubiese sido mi solo culto, el único objeto de mi vida. Los placeres me han cautivado, pero no por mucho tiempo. La embriaguez ha sido corta, pues se ha hallado muy cerca el fastidio". (29)

Observando Rodríguez que el fastidio y el ocio herían gravemente la sensibilidad de su discípulo, decide invitarlo a un viaje por Italia. Aunque ya no se ocupa tanto del *Emilio*, sino del *Contrato Social* del ginebrino (obra que fue quemada en Europa primero, y que después quemó a Europa), recuerda el Maestro las recomendaciones vertidas a aquél en el sentido de hacer los viajes a pie para impregnarse de las lecciones que la Naturaleza brindaba a cada paso, y realizar en "medio del prado" las reflexiones filosóficas, en total estado de libertad espiritual.

Salieron el 6 de julio de 1805, y prontamente el aire puro y el sano ejercicio curaron a Bolívar de sus dolencias espirituales y físicas. Hablaban de Rousseau, de Locke, de Voltaire, de Hobbes...; rindieron culto al ginebrino en *Les Charmettes*; recorrieron Venecia, Verona, Bolonia y Florencia, ciudad ésta que deslumbró la imaginación de Bolívar por sus riquezas escultóricas, literarias y pictóricas. En el Monte Sacro, ante un magnífico espectáculo natural, Bolívar, henchido de emoción, pronunció su famoso juramento: "Juro que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que no haya roto las cadenas que nos oprimen del poder español"; y, en fin, asiste en Milán a la coronación de Napoleón por el cual sentiría en principio fanática admiración, pero que una vez proclamado Dictador, rompió sus lazos anímicos con el Coronel genial.

En el *Diario de Bucaramanga*, explica años después la impresión que le causó no sólo la ceremonia, sino los lujosos uniformes de los miembros del Estado Mayor del Ejército de Napoleón y su deseo de imitar sus hazañas en América: "Qué Estado Mayor tan

28. Idem. Pág. 216.

29. Loc. cit.

numeroso y tan brillante tenía Napoleón y qué sencillez en su vestido! Todos los suyos estaban cubiertos de oro y ricos bordados, y él sólo llevaba sus charratelas, un sombrero sin galón y una casaca sin ornamento alguno; esto me gustó y aseguro que en estos países hubiera adoptado para mí aquel uso si no hubiera temido que dijese que lo hacía por imitar a Napoleón, a lo cual hubiesen agregado que mi intención era imitarlo en todo". (30)

La experiencia riquísima lograda en este periplo por Italia, surte efecto beneficioso en el espíritu de Bolívar. Ha encontrado al fin su derrotero, la razón de su existencia. Vuelve a París y comunica a su amante y amiga, Fanny, su deseo de regresar a América: a sus protestas "responde con gesto muy de aquella época romántica, regalándole una sortija en la cual ha hecho grabar la fecha de su partida". (31)

Ya en América, a donde llega a mediados de 1807, y luego de visitar EE.UU., asume la dirección de sus haciendas; tiene un sonado pleito de tierras con Antonio Nicolás Briceño; y también, piensa ahora seriamente en la independencia de su patria chica. En la quinta de San Mateo, él, su hermano Juan Vicente y otros amigos, conspiran para lograr este fin. Entre tanto, el Maestro y su discípulo vuelven a alejarse; no hay cartas entre ellos; pero el vínculo sentimental que los une permanece inalterable.

Rodríguez retorna a América en 1823 equipado de gran cantidad de libros e instrumentos científicos. Ya Bolívar es el Libertador en el pináculo de su gloria militar. Enterado, escribe a Santander desde Pellasca, el 8 de diciembre: "He sabido que ha llegado de París un amigo mío, don Simón Rodríguez; si es verdad haga Ud. por él cuanto merece un sabio y un amigo que adoro. Es un filósofo consumado y un patriota sin igual, es el Sócrates de Caracas, aunque en pleito con su mujer como el otro con Jantipa, para que no le falte nada socrático". (32)

Nuevamente Bolívar escribe a Santander (6 de mayo de 1824) dando muestras de impaciencia por ver a su Maestro. Desde Huamachuco expresa: "Yo amo a ese hombre con locura. Fue mi maestro: mi compañero de viajes y es un genio, un portento de gracia y de talento para el que lo sabe descubrir y apreciar. Todo lo que yo diga

30. LACROIX, Perú de: *Op. cit.* Pág. 116 (El subrayado es nuestro).

31. LIEVANO AGUIRRE, Indalecio: **BOLIVAR**. "Prólogo" por C. Andrés Pérez, Presidente de Venezuela. Caracas: Ministerio de Educación. 1974. Pág. 50.

32. LECUNA, Vicente: **CARTAS DEL LIBERTADOR**. Corregidas conforme a los originales. Caracas: Lit. y Tip. del Comercio. 1929. Tomo III. Pág. 295.

de Rodríguez no es nada en comparación de lo que me queda. Yo sería feliz si lo tuviera a mi lado, porque cada uno tiene su flaco. Empéñese usted porque se venga, en lo que me hará Ud. un gran servicio; porque este hombre es muy agradable, y al mismo tiempo puede serme muy útil. Con él podría yo escribir las memorias de mi vida. El es un maestro que enseña divirtiéndose y es un amanuense que da preceptos a su dictante. El es todo para mí. Cuando yo le conocí valía infinita. Mucho debe haber cambiado para que yo me engañe... En lugar de una Amante quiero tener a mi lado un filósofo; pues en el día yo prefiero a Sócrates a la hermosa Aspasia". (33)

Pero no fue sino un año después que se encontraron nuevamente los dos distinguidos personajes. Fue en Lima.

Rodríguez tenía sus aprehensiones en torno a la forma en que el Libertador (glorioso triunfador en Bomboná y Pichincha) lo recibiría, quizás porque el Maestro se había convertido en su CONCIENCIA, y le increpaba por su conducta disipada y la forma en que dilapidaba en Europa su fortuna, en lugar de dedicarse al estudio de las ciencias. Ciertamente Rodríguez tenía razón porque los amigos de Bolívar, Toro y Montúfar, sus compañeros de fiestas, y él mismo, llegaron a considerarlo antipático. Unas líneas dirigidas a Bolívar antes de su encuentro parecen confirmar las sospechas: "No sé si usted se acuerda—dice a Bolívar— que estando en París, siempre tenía yo la culpa de cuanto sucedía a Toro, a Montúfar, a usted, y a todos sus amigos". (34)

Pero, según cuenta O'Leary, tales aprehensiones se disiparon cuando Bolívar recibió a su Maestro con efusivas demostraciones de afecto y amistad: "Bolívar —cuenta— le abrazó con filial cariño y le trató con una amabilidad que revelaba la bondad de su corazón, que la prosperidad no había logrado corromper". (35)

Fueron largas y fecundas sus conversaciones, y ambos convinieron en que los postulados de la filosofía política francesa de 1793, carecían de vigencia, al menos para América. Bolívar, en su *Manifiesto de Cartagena* (1812) y en el *Discurso de Angostura* (1819), había expresado la imposibilidad de aplicar tal ideología a nuestra realidad, y por su parte, Rodríguez advertía que las transformaciones debían hacerse dentro del contexto de nuestra propia y genuina realidad. Ya para ese entonces, Rodríguez era un convencido saint-simoniano.

33. *Idem.* Tomo V. Pág. 151.

34. USLAR PIETRI, A.: "Prólogo" cit. Pág. XXI.

35. O'LEARY, D.: *Op. cit.* Tomo I. Pág. XXI.

Visionario, Rodríguez, 20 años antes que Sarmiento y 30 años antes que Alberdi, había visto la necesidad de la EDUCACION y la COLONIZACION como medio de transformación. Además entendía que una “revolución política pide una revolución económica” que deberá iniciarse en los campos; de allí pasará a “los talleres de pocas artes que tienen y diariamente notarán mejoras que nunca habrían conseguido empezando por las ciudades”. (36)

Bolívar nombró a Rodríguez Director e Inspector General de Instrucción Pública y Beneficencia, y como tal, visita en su compañía, Arequipa, El Cuzco, La Paz y Potosí, y, en 1825, llega a Chuquisaca, quedando bajo las órdenes del Mariscal Sucre. Allí funda un Instituto modelo que fracasa por diversas razones, entre las que cabe señalar que sus críticos “se dieron en propalar que era un hereje y un loco que lo que quería era corromper a los niños”. (37)

El 10 de junio de 1826, Bolívar recibe de Sucre una carta en donde da opiniones desfavorables de su Maestro: “Lo considero —dice— como una cabeza alborotada, con ideas extravagantes y con incapacidad para desempeñar el puesto que tiene bajo plan que él dice y que no sé cual es, porque diferentes veces le he pedido que me traiga por escrito el sistema que quiere adoptar para que me sirva de regla, y en 8 meses no me lo ha podido presentar. Solo en sus conversaciones, dice una cosa y mañana otra”. (38)

Luego de su periplo por el Alto Perú, Bolívar no volverá a ver a su Maestro. Su muerte, en San Pedro Alejandrino, en Santa Marta, el 17 de diciembre de 1830 (tenía 47 años), quita a Rodríguez el apoyo de su discípulo glorioso para llevar a cabo sus revolucionarios proyectos pedagógicos. Todavía continúa en su labor, viajando de un pueblo a otro, de una ciudad a otra, y muere finalmente en 1854, a los 83 años de edad, en un pueblo sucio y olvidado denominado San Nicolás de Amotepe.

Estimamos que es el mismo Bolívar quien debe cerrar este capítulo importantísimo que hemos dedicado a su relación con Simón Rodríguez, Carreño o Robinson; es él mismo quien debe dejar testimonio, como en efecto lo dejó para la posteridad, de lo mucho que significó este hombre excepcional en su vida. He aquí sus palabras, impregnadas de hondo amor por su Maestro, impresas para siempre en la famosa Carta de Pativilca (1824): “Usted formó mi corazón

36. Cfr. GRASES, Pedro: Op. cit. Pág. 31.

37. USLAR PIETRI, A.: “Prólogo”. Cit. Pág. XXXI.

38. SAÑUDO, José Rafael: ESTUDIOS SOBRE LA VIDA DE BOLIVAR. Pasto: Edit. Díaz del Castillo y Cía. 1925. Pág. 2.

para la libertad, para la justicia, para la grandeza, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló. Usted fue mi piloto, aunque sentado sobre una de las playas de Europa. No puede usted figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que usted me ha dado; no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado. Siempre presentes a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles. En fin, usted ha visto mi conducta; usted ha visto mis pensamientos escritos, mi alma pintada en el papel, y usted no habrá dejado de decirse: todo esto es mío, yo sembré esta planta, yo la regué, yo la enderecé tierna; ahora robusta, fuerte y fructífera, he aquí sus frutos; ellos son míos, y yo voy a saborearlos en el jardín que planté; voy a gozar de la sombra de sus brazos amigos, porque mi derecho es imprescriptible, privativo a todo". (39)

Con este testimonio impresionante dio Bolívar a Simón Rodríguez su pasaporte a la posteridad.

39. LECUNA, Vicente: *Op. cit.* Tomo IV. Pág. 31.

*Contribución al Estudio y Conocimiento
de las Fuentes Documentales de la Provincia
de Coclé*

Introducción

De nuestra labor docente en el Centro Regional Universitario de Coclé, durante la temporada de verano que acaba de culminar, ofrecemos un estudio preliminar de los documentos existentes en las principales instituciones gubernamentales (preferentemente) de la Provincia, con la finalidad de que el mismo constituya apenas, un motivo de preocupación de su gente estudiosa (en particular) hacia el conocimiento de un pretérito más cónsono con el sentir coclesano. Que sirva la presente reseña también, como acicate e invitación a que se emprenda con prontitud una obra: El Archivo Histórico Coclesano.

Nuestra más expresiva gratitud a los alumnos-colaboradores de la especialidad de Geografía e Historia, que asistieron al curso de FUENTES HISTORICAS DE PANAMA, como de igual manera a cada uno de los funcionarios (jefes y subalternos) de las diferentes instituciones que visitáramos, por su valiosa cooperación y desprendimiento mostrado.

PARROQUIA SAN JUAN BAUTISTA (en Penonomé): Este Centro se presenta como uno de los repositorios documentales más valiosos en el Distrito. La naturaleza de las fuentes que atesora (partidas de bautismos, actas tanto de matrimonios como de defunciones y confirmaciones) que en algunos casos como veremos, se remon-

tan a las postrimerías del siglo XVIII y arriban lozanas hasta el presente, le dan a este archivo cierta magnificencia.

Conservados adecuadamente en una pequeña estantería que existe en la Casa Cural (en cuyas oficinas se desempeña la gentil y diligente señorita Socorro Rojas) tuvimos la oportunidad de conocer apresuradamente la magnitud de sus fondos documentales: 110 Libros de "fe de bautismos", 40 Libros de matrimonios, 9 más de defunciones y 5 Libros de confirmaciones.

Libros de bautismos: El primero data del año 1748 y el último que tiene como registro el "folio 113", corresponde a enero de 1982.

No pudiéramos decir que todo este conjunto ofrece al investigador la posibilidad de una amplia consulta serial, sin que se tenga que recurrir a las estimaciones.

Si bien cada libro se ve distinguido en su cubierta por una cobertura cronológica (ej. 1748-1774, 1770-1788, etc.) ésta no deja de ser una guía aproximada que debe tomarse con reserva, por cuanto que el registro real puede presentar ciertos inconvenientes: falta u omisión de partidas algunas veces, deficiencias en el ordenamiento cronológico, o bien la presentación de algunos documentos deteriorados. Ilustremos estas situaciones: Existe un libro distinguido con los años 1790-1800. Sin embargo, no está registrada la década completamente. Las partidas de bautismos van de 1790 a 1793 y de 1797 a 1800. En otros casos, como el libro de 1840-1842 ó el de 1891-1893, la información se presenta carente de un ordenamiento lógico. Además, un número plural de libros (8 aproximadamente) presentan dificultades para su consulta, por el estado deplorable (efecto de la humedad y la polilla, etc.) en que se encuentran. Merecen mencionarse por su notoriedad los siguientes: 1818-1818, 1820-1822, 1823-1828, 1848-1851, 1851-1852, 1860-1860, 1865-1868 y, 1899-1902.

Ahora bien. Ante los inconvenientes reseñados, se contraponen otras condiciones favorables como el hecho de que muchos libros del siglo XIX y del período republicano exhiben un índice orientador. Por otra parte, de no menos utilidad puede considerarse la consulta de tres cuadernos que consignan índices de diversos períodos. Ej. 1857 a 1911, 1902 a 1928, y un tercero que va de 1839 a 1849.

Libros de Actas de matrimonios: Si bien es cierto que este tipo de documentación ofrece informaciones muy limitadas (nombres de los contrayentes y de los testigos, y la fecha del acontecimiento) no obstante constituyen un venero de indiscutibles dimensiones insospechadas, para un pretendido estudio de carácter sociológico,

como magistralmente lo ha demostrado en nuestro medio el Dr. Alfredo Figueroa Navarro, a través de su obra *Dominio y Sociedad en el Panamá Colombiano*, para citar un caso.

Veamos el material existente en el archivo parroquial que nos ocupa: Los cuarenta libros de actas que componen esta sección abarcan un período que va de 1798 a 1983, haciendo la salvedad que el registro no es minucioso y que resulta notoria la omisión informativa de veintidós años, tal cual lo detallamos: de 1816 a 1819, de 1844, 1845, de 1852 a 1854, 1864, de 1870 a 1878 y de 1882 a 1884.

No deja de llamar la atención que entre estos paquetes de documentos se consignent particularidades tales como, "partidas de casamiento y velación de personas blancas y de todos los demás colores", listado de matrimonios en los años de las "misiones" (verbigracia, los libros 1865-1869, 1951-1959, 1957-1959) y en los cuales aparecen registradas las ceremonias matrimoniales realizadas en pueblos aledaños a la cabecera provincial, como Pajonal, Sofré, Guabal y Toabré.

Adicional a estos volúmenes mencionados, resulta aconsejable la consulta de los libros de matrimonios de los períodos 1885-1887 y 1813-1814, en los cuales aparecen anotados algunos casamientos.

No está demás agregar una última observación, que es el estado de poca conservación que presentan los siguientes libros: 1798-1813, 1855-1863 y el de 1906-1931.

Libros de Confirmaciones: En realidad, este apartado resulta parco, no sólo en la cantidad de libros existentes (cinco en total), sino también en la discontinuidad de sus registros que pudiéramos ilustrar diciendo que, después del año 1914 (data del primer libro) el siguiente libro existente corresponde a 1935. No existe información entre los años 1850-1853, ni de 1965 hasta el presente.

Libros de defunciones: Suerte similar a los libros de confirmaciones ocurre con los de defunciones. A la cantidad exigua del conjunto (nueve libros en total) se viene a sumar el estado deplorable de cuatro de éstos, que corresponden a los años 1800-1819, 1830-1832, 1832-1838 y 1861-1879. En términos generales, la laguna informativa determinada, dificulta en gran medida cualquier esfuerzo estadístico. Sólo en el siglo XIX (para citar un ejemplo) no existen registros de los años 1820-1829, 1838-1860, 1880-1882 y 1886-1900. De la presente centuria no hay evidencias informativas hasta el año 1836 en adelante, con su epílogo en 1967.

No debe sorprender pues esta pobreza documental si tenemos en cuenta que, en la medida en que transcurre el período republicano y

la entidad estatal se fortalece (hablo del Estado Panameño) a través de sus instituciones especializadas, la Iglesia Católica (como componente social y político de un orden que se debilita cada vez más) empieza a ser relevada del rol que por siglos había desempeñado, como organizadora de los registros de las estadísticas demográficas y vitales. De ello dan fe los padrones (remedo de los actuales censos) realizados por sus ministros, y del acervo de los archivos parroquiales que aún se conservan en nuestro medio.

EL REGISTRO CIVIL DE COCLE: Se localiza en la planta baja del edificio de la Gobernación, a un costado de la Guardia Nacional y diagonal a la Parroquia San Juan de Dios.

Mediante la generosidad de su actual director regional, el señor Pedro Coronado, tuvimos oportunidad de recabar la información que a continuación detallamos: La documentación depositada aquí data de 1914 hasta el presente. Específicamente se refiere a tres tipos de datos (libros de nacimientos, matrimonios y defunciones) que en su conjunto constituyen series de estadísticas vitales. Sobre las posibilidades de uso de estas fuentes, para un estudio o análisis demográfico, el Dr. Omar Jaén Suárez nos ofrece algunos indicios en su obra *La Población del Istmo de Panamá*, cuando trata de indagar sobre comportamientos de algunos fenómenos tales como la fecundidad, la mortalidad y las expectativas de vida.

Por otra parte, desconocemos la extensión del registro poblacional (a través de los rubros en mención) que pueda existir en el Archivo Nacional (si es que existe) relacionado con la provincia de Coclé. Sólo sabemos, por referencia de nuestro autor mencionado, que para el caso de la población de la ciudad de Panamá, existe una serie bastante completa, desde 1862.

Las oficinas del Registro Civil en Penonomé son repositorio de los libros, una vez que éstos son microfilmados en la sede central de la institución en la Capital y devueltos a la cabecera provincial coclesana.

Veámos en detalle dichos fondos:

Libros de registro de nacimientos: Constatamos que existen 161 tomos que abarcan el período 1914-1976. Si bien se intentó hacer un recuento de los nacimientos verificados, esto no fue posible, por cuanto que los registros adolecen en algunos casos de una pésima conservación de la documentación, como ocurrió en quince de estos libros (Ej. los números 1, 3, 5, 12, 43, 51, 52, 56, 63, 67, 110, 111, 112, 115). Otra cantidad mayor (más de sesenta casos) no presenta todas las certificaciones (Ej. los números 6, 10, 13, 14, 15, 21, 23, 24, 26 al 28, 33, 35, 44, 54, 55, 59, 64, 65, 68, 70, del 71 al 99,

etc.). Cabe mencionarse aquí que algunos libros (como los números 7, 8, y 9) todavía permanecen en la sede de la ciudad de Panamá.

Libros de matrimonios: Existen 16 tomos debidamente empastados o encuadernados y dos más que aparecen presentados en cartapacio para su posterior compaginación y trato igualitario. La información data de 1914 al presente año de 1983. En su conjunto, estos volúmenes se presentan en buen estado (salvo los números 2 y 9) y con una secuencia cronológica aceptable que hace suponer más de 13,923 actas matrimoniales.

El registro de defunciones: Consta de 47 tomos, cuya cobertura va del año 1914 a 1983 y en éstos no se registran menos de 40,000 muertes.

Del año 1976 hasta el presente existen 46 cartapacios que detallan las defunciones por corregimientos. De todas las series reseñadas, ésta presenta la mejor conservación.

En síntesis, según declaración expresa del director regional, la institución se apresta a organizar debidamente el archivo que hasta el momento presenta un estado caótico visible. Las intenciones van desde la encuadernación de los volúmenes que hasta ahora se encuentran deshojados, hasta el ordenamiento cronológico de los libros en los anaqueles de los armarios.

EL JUZGADO MUNICIPAL: Esta dependencia del Organismo Judicial tiene sus oficinas en la planta baja del edificio del Palacio Municipal. A través de su personal acucioso (como tuvimos oportunidad de observar) se tramitan actas de matrimonios civiles, dictámenes de sentencias sobre asuntos criminales y demandas ordinarias, como también sentencias sobre derecho de pensiones alimenticias.

Las perspectivas de la utilización de fuentes provenientes de estos procesos netamente jurídicos y de aplicación de justicia, en un campo que promete ser fecundo como lo es el análisis sociológico, no se han ensayado en nuestro país. Los estudios relacionados con la población panameña no han ido más lejos de las exiguas monografías localistas (basadas en aspectos contemporáneos, pero nunca con intenciones retrospectivas) como el estudio de un sector citadino, de un corregimiento marginal, de un barrio, etc. En el mejor de los casos, la retrospectiva histórica de ciertos fenómenos sociales (tales como matrimonios legales, actos delictivos, la paternidad responsable, las incidencias de la mendicidad, etc.) apenas si han sido tomados como meras notas introductorias. Quizás

y es muy probable que esto ocurra, por cuanto que ha llegado el momento de compromisos más exigentes de parte de nuestros historiadores (empedernidos desafectos de la moderna metodología aplicada a las ciencias sociales) en el manejo del método estadístico para el conocimiento de los fenómenos sociales panameños. Los fondos documentales que reposan en los diferentes tribunales que tienen como meta la administración de justicia, tienen muchas luces que ofrecer al conocimiento de nuestra sociedad. Ya en una ocasión el citado Jaén Suárez, andando por tortuosos caminos metodológicos y con un tipo diferente de fuentes (actas de bautismos del archivo parroquial de la iglesia de La Merced) pudo arrancar de los datos seriales elaborados, capítulos inéditos (como aquel que tituló muy sugestivamente de "Prostitución y pauperismo", si bien es para los finales del siglo XVIII) aunque apresurados, sobre fenómenos que hoy deambulan cotidianamente en nuestra urbe capitalina.

Pongamos punto final a las digresiones y volvamos a nuestro asunto: la papelería del Juzgado Municipal. En realidad, los fondos de esta instituciones se encuentran amontonados en dos sitios diferentes: la mayor cantidad (dispuesta en un estado anárquico) está en un pequeño depósito que se encuentra debajo de la escalera que conduce a la planta alta del edificio Municipal. La otra parte, se presenta en pequeños bultos atados y envueltos en papel manila, con la distinción del año a que corresponden, en un alargado pero estrecho callejón en la antesala del altillo donde está ubicada la oficina de la Juez del momento. No espere el investigador encontrar pues, la abundante documentación (cincuenta volúmenes aproximadamente) en sitios adecuados, ni menos, presentados ordenadamente, como aquí, de manera muy general pero clara se reseña.

Las actas de matrimonios civiles se registran a través de 10 volúmenes, durante un período que se extiende de 1917 a 1983 (consignándose 2,153 documentos) con leves interrupciones en los años 1921, 1963, 1964 y 1969.

Existe un libro destinado para copiar sentencias sobre asuntos civiles y criminales, desde el año 1925 a 1966 y que totaliza 1,822 dictámenes.

El registro de "pensiones alimenticias" se encuentra en 8 tomos, extendiéndose del año 1958 hasta el presente año 1983. Hasta el momento existen 29,128 actos coactivos de paternidad.

En un libro de 300 hojas, destinado para "consignar en él las entradas y salidas de los Asuntos Civiles y Criminales que cursan en este

Tribunal", se dan noticias de 1,576 diligencias que se han ejecutado entre los años 1944 y 1978, como se desprende del examen de los cinco tomos en los cuales se detallan dichas diligencias. Es necesario señalar, que salvo el período 1951-1953, la serie se presenta ininterrumpida.

Para asuntos que conocen de "demandas de buen arreglo, demandas de menor cuantía, diligencias de reconocimiento, demanda verbal de un documento", existen 3 tomos, que si bien abarcan un período que va de 1940 a 1965, la mayoría de estos asuntos se ubican entre los años 1950 y 1959 (de los 196 casos, 165 corresponden a este lapso).

El libro para la inscripción de los negocios civiles de este Tribunal, manifiesta un sub-registro de 279 casos, entre los años 1957 y 1978, consignados en cinco tomos.

Sobre recibos de correspondencias del Juzgado Municipal existen once tomos que cubren los años que van de 1947 a 1952, con un faltante de siete años (1953-1959), todo lo cual suma 10,143 documentos.

En dos tomos se encuentran consignados 108 autos de "enjuiciamiento, y sobreseimiento provisional" que van del año 1937 a 1946.

Existe un libro donde se declaran autenticaciones de copias de certificados expedidos durante los años 1925 a 1938. Otro tomo guarda las otorgaciones de certificados de idoneidad para ejercer la abogacía, con escasa información. Sobre los telegramas de estas oficinas existen tres tomos para los años 1930 a 1940.

En un libro que está debidamente empastado y foliado, destinado al registro de "consignaciones prendarias", hay un sub-registro que va del año 1954 a 1963. De la existencia de otros libros de poca monta, por la escasa información que detallan, sobresalen el que se usa para copiar las sentencias de "segunda instancia en asuntos Civiles" durante los años 1951-1966 y otro que trata de anotaciones sobre "depósitos judiciales", para los años 1933 a 1943.

EL ARCHIVO DE NOTARIA: El despacho de Notaría funciona en la planta alta del edificio de la Gobernación, exactamente a un costado del salón de sesiones del Consejo Provincial de Coordinación. Es atendido por la diligente licenciada Bedsaida M. de Tejeira. El empeño que esta institución ha desplegado por conservar la documentación que se genera en ella es explicable y no por regla del

azar. Razones poderosas las hay, y es que en las notarías provinciales se elaboran los instrumentos jurídico-económicos relacionados con pertenencias privadas de bienes raíces, tales como escrituras de préstamos hipotecarios, agrarios y anticréticos; de compraventas, de segregaciones de terrenos, escrituras testamentarias, actas de diversos tipos, adopciones, cancelaciones de escrituras, permutas, fianzas, codicilos, contratos, reconocimientos, poderes, autenticaciones de firmas, etc.

Sin temor a equivocarnos, pudiéramos afirmar que el celo y la "fe pública" que muestra la Lic. de Tejeira, concretiza en el ordenamiento que desde el primer momento en que pisamos dichas oficinas, se observa en los armarios en que se encuentra dispuesto el grupo de libros notariales.

Sobre el valor y utilidad de este tipo de fuente primaria existen las experiencias recientes de los citados autores Jaén Suárez y Figueroa Navarro. Este último investigador, en su escrutinio sociológico, logra fundamentar la tesis del poder oligárquico ciudadano y el de los grupos dominantes rurales veragüenses y coclesanos en el siglo XIX, a través del rubro de la propiedad inmueble (solares, casas, edificios, haciendas, etc.)

Por su parte, Jaén Suárez bosqueja magistralmente el fenómeno de la propiedad agraria y urbana, en un afán de caracterizar la ocupación de los espacios geo-históricos y económicos de nuestro país en el siglo XIX. Para ello, no deja de valerse de espigadas informaciones provenientes de los protocolos, existentes en el Archivo Nacional.

De manera pues que los libros notariales, constituyen fuente obligatoria de consulta para cualquier trabajo de historia económica y social de Panamá. Limitémosnos por ahora, a señalar los fondos de la Notaría coclesana.

En primera instancia, no debemos olvidar que el Archivo Nacional de Panamá custodia 2,016 protocolos o escrituras (consignados en 65 volúmenes) del período 1852-1916 (según registro de la profesora Guadalupe V. de Expósito) y que es por esta razón que en la actual notaría de Coclé sólo se encuentran los volúmenes restantes que se inician en el año 1917 y terminan en la fecha de hoy. Existen 347 tomos (de 1917 a 1945 hay 132 tomos empastados, del año siguiente hasta 1983 se encuentran agrupados en bultos y suman 215 envoltorios) que registran una totalidad de 17,554 protocolos, distribuidos como lo muestra el siguiente cuadro:

AÑO	TOMOS	ESCRITURAS	AÑO	TOMOS	ESCRITURAS
1917	14	294	1950	6	207
1918	8	242	1951	4	114
1919	9	214	1952	11	155
1920	8	121	1953	6	159
1921	8	182	1954	5	151
1922	4	109	1955	8	183
1923	9	177	1956	10	241
1924	7	113	1957	7	222
1925	4	120	1958	6	189
1926	3	132	1959	9	309
1927	3	120	1960	6	224
1928	2	92	1961	5	226
1929	3	139	1962	2	237
1930	4	166	1963	5	309
1931	4	150	1964	4	358
1932	2	123	1965	5	469
1933	2	91	1966	4	338
1934	3	106	1967	3	322
1935	3	106	1968	4	273
1936	1	39	1969	5	419
1937	3	111	1970	5	460
1938	4	168	1971	4	399
1939	4	146	1972	5	573
1940	3	148	1973	9	573
1941	2	146	1974	7	678
1942	4	206	1975	6	594
1943	3	144	1976	6	587
1944	5	235	1977	6	599
1945	3	128	1978	9	750
1946	4	202	1979	10	689
1947	6	207	1980	7	566
1948	3	135	1981	8	670
1949	?	?	1982	5	499

* El año 1983 no ha sido todavía empastado, pues se encuentra en uso.

Además de este grupo de libros notariales, existen “juicios de sucesión” de los años 1945, 1948, 1958 y 1982. Por otra parte, también se consigna un juego de Gacetas (debidamente empastadas) que abarcan el período 1905 a 1918.

LA GOBERNACION DE LA PROVINCIA: Resulta paradójico que siendo la Gobernación la cúspide de la administración gubernamental en la Provincia, no cuente con un ordenamiento racional de la documentación que se suscita y manipula en dichas oficinas y, que luego de cierto tiempo pierde vigencia y logra considerársele como patrimonio histórico de la nación. Para ser sinceros, pudimos constatar que la actividad no va más allá de la documentación que data del año 1977.

Nuestro interés trasciende las fronteras de esta fecha. La papelería anterior a los últimos ocho años registrados, tenemos conocimiento que apenas se remonta a la década del cuarenta. No tuvimos oportunidad de hacer el registro detallado de ella, por el estado caótico, insalubre y descuidado en extremo, en que se encuentran ubicados dichos documentos. Nos dió la impresión que el espacio destinado (un cuarto pequeño, en la planta baja del edificio de la Gobernación, cuya puerta se exhibe de manera inmediata en lo que pudiéramos llamar o considerar el vestíbulo de la institución) había sido hasta hace poco, un dormitorio de murciélagos. Es muy probable (y así se lo manifesté al actual y dinámico Secretario de la Gobernación, el Señor Javier Yee) que si el organismo estatal en mención no hace un autorreconocimiento, en una actitud de pudor, de lo que estos papeles pudieran representar para la comprensión de la vida institucional pretérita de la Provincia (estudiando los contenidos y los motivos de los decretos y resoluciones, circulares, telegramas, presupuestos, informes de los municipios que integran la Provincia, actas, recomendaciones, providencias y edictos, expedientes, etc.) me temo, repito, que los mismos irán a parar muy pronto a la hoguera. Sería muy lamentable, si tenemos en cuenta que no obstante la data reciente de esta papelería (porque de los inicios de la era republicana no existe absolutamente nada) su volumen es significativo. He estimado la cantidad de bultos estibados en los diferentes anaqueles que integran los armarios existentes (existen un sinnúmero de envolturas en papel manila y otros recogidos en cartapacios polvorientos) en no menos de 120 de ellos, fuera de otros documentos que reposan en tres estantes y un gavetero metálico.

EL MUNICIPIO DE PENONOME: Una suerte menos desesperante, pero no por ello desventurada es la que evidencia la documentación del Municipio de Penonomé. En este caso, espera la labor paciente de un funcionario que se esmere por organizar, clasificar y empastar la también abundante documentación que hoy reposa en unos armarios, que para tal fin existen en un depósito que se encuentra detrás de los edificios del Palacio y el IPHE.

De la amena y fructífera conversación que sostuvimos con el actual Alcalde de la Comuna penonomeña, el profesor Heraclio Quirós, pudimos darnos cuenta de la amplia visión histórica que posee dicho funcionario. Sin embargo, opinamos que la Cámara Edilicia tiene mucho que ofrecer para que se inicie desde ya, una política seria de atesoramiento de estas reliquias documentales, y, no nos contentemos con saber que éstas se encuentran resguardadas de las lluvias.

CORREOS Y TELEGRAFOS (COTEL): Del destino que siguen los documentos propios de esta institución, una vez éstos pierden vigencia, nos comunicó el atento administrador general de correos (en la Provincia) el señor Remigio Rodríguez, que existe una disposición que ordena que dicha papelería (tanto de correos como de telégrafo) sea incinerada cada dieciocho (18) meses, en presencia de la jefe de la estafeta, que funge como testigo. Aquí sobran las palabras. Sin embargo, y mientras los documentos esperan este ciclo inexorable, son depositados en sacos (propios de los que se usan para transportar la correspondencia) y algunos guardados en un pequeño cubículo que está debajo de la escalera que conduce a las oficinas de telégrafos (que están en la planta alta del edificio Municipal). Por el momento, en este sitio sólo existen documentos del correo correspondientes al año 1982, que consisten en despachos recibidos de diferentes estafetas y centros postales, claves de giros, de recibos, despachos recomendados, confección de despachos de la oficina de Penonomé, etc.

El resto de la papelería que no cabe en las oficinas, es enviada a la misma caseta en que se encuentran los documentos del Municipio, pero en un compartimiento diferente. En él se observan algunos costales con documentación de la oficina de telégrafos de los años 1979, 1980 y 1981. Además se encuentra un sinnúmero de despachos "enviados y recibidos de Agencias" del año 1981.

Como dato curioso agregó que en el "Fondo Gobernación de Panamá" (siglo XIX), del Archivo Histórico Nacional de Colombia, aparecen detallados los estados financieros de la actividad postal en el Istmo, de aquella época. Y nos cuestionamos. ¿Podrá esta dirección hacer otro tanto, para el presente siglo?

DIRECCION PROVINCIAL DE EDUCACION: Esta dependencia del Ministerio de Educación, si bien data de los inicios de la República, no por ello cuenta con una tradición archivística. La existencia en la actualidad, de una sección denominada "Archivo y Correspondencia" dentro de la estructura de la institución, es obra de su actual directora, la profesora Julia Tello, quien ha dado muestras de tener muy claro el valor y la utilidad de un archivo. No obstante sus

intenciones, el panorama se presenta poco halagador, toda vez que la inmensa mayoría de los documentos que existen en un depósito distante de las oficinas principales, no han sido registrados ni ordenados más allá del año 1976. La inexistencia de un personal calificado que determine la calidad de la documentación, y por otra parte, la sola persona que actualmente (una trabajadora manual) se dedica a la clasificación, selección y empaque de los papeles, hacen que los esfuerzos de la dirección resulten muy limitados. De no menos atención resulta el hecho de que se pretenda trasladar (si es que ese es el sentido) toda la documentación del depósito, a un compartimiento que pronto se verá amenazado por la estrechez y la falta de mobiliarios adecuados.

Lo cierto es que por el momento, desconocemos la naturaleza y pormenores de que tratan estos papeles (hoy amontonados en el depósito del cual hiciéramos mención) que seguro guardan insospechados capítulos de la historia de la educación coclesana. Ya en los contenidos de los bultos que hoy reposan clasificados burdamente, desde el año 76, se vislumbra que deberán abundar en el resto de la documentación, informaciones sobre censos escolares, registros de calificaciones, tomas de posesión, cuadros de vacantes, listados de graduandos, informes estadísticos de todo tipo, cuadros de deficiencias académicas, registros de circulares, mensajes, informes, resultados, boletines, evaluaciones de docentes y personal administrativo, planes de trabajo, inventarios, planillas, telegramas, facturas, necesidades escolares, etc.

EL CONCEJO MUNICIPAL DE AGUADULCE: Por iniciativa del señor Luis Villarrue existe un registro y conservación aceptable de la documentación que en parte, data del año 1915 hasta el presente.

Los fondos documentales se presentan clasificados en cinco tipos:

1. Las escrituras públicas: Se refieren a declaraciones testamentarias, y a escrituras de título de propiedad (a través del procedimiento de compra y venta). Del período 1915-1983 (salvo el año 1939) existen 66 tomos que registran un total de 4,716 escrituras públicas.

2. Actas de reuniones: Sus registros son recientes. Datan del año 1975 y hasta el momento se han verificado 426 reuniones.

3. Acuerdos municipales: Su razón es autorizar y expedir sumas para la ejecución de obras públicas en el Distrito; consignan los presupuestos municipales y hasta las exacciones que rigen para el Distrito. Estos documentos abarcan el período 1941-1983 (con excepción de los años 1943, 1944, 1945, 1946, 1951, 1953, 1954 y 1968)

que representan 34 tomos, en los cuales se registran 1,741 acuerdos municipales.

4. Las resoluciones: Tratan sobre reconocimientos de méritos a personas (en vida o póstumos), nomenclaturas de calles o avenidas, resueltos, nombramientos o licencias, etc. Las mismas datan del año 1935 hasta el presente (faltando los tomos correspondientes a los años 1938, 1939, 1941, 1945, 1946, 1947, 1950, 1953, 1974 y 1976.). A través de los 39 tomos que forman este conjunto documental existen 827 resoluciones.

5. Notas recibidas y enviadas: Esta sección es la que exhibe la mayor pobreza documental. Su registro no va más allá del año 1973. Entre los contenidos tenemos el comportamiento del presupuesto municipal en cada mes, detalles de la recaudación y gastos diarios, telegramas, otras notas recibidas y enviadas, etc.

Como se colige de la documentación apenas esbozada, ella representa un medio informativo de los aspectos saltantes de la vida cotidiana de la ciudad de Aguadulce y no pudiera desconocerse por ello, la importancia que representa para el conocimiento histórico del Distrito en sus diferentes aspectos económicos, sociales, políticos y culturales.

Belisario Porras, Vida Diplomática

Sobre el Dr. Belisario Porras se ha escrito mucho, es cierto, pero sobre sus actividades diplomáticas, en especial, no se ha escrito nada y ello fue lo que me motivó a investigar y recopilar datos olvidados en las entrañas de la historia patria.

Nuestra investigación nos llevó a determinar que durante el período republicano, el Dr. Porras se desempeñó en las Relaciones Internacionales entre los años de 1907 a 1940 pero no dejaremos de mencionar que durante nuestra unión a Colombia, desempeñó los cargos de Cónsul de Colombia en Bruselas (1881) y Adjunto de la Legación de Colombia en Italia (1889).

Su hijo Camilo lo describe de la siguiente manera(1):

"Mi padre vestía de paletó gris (Luis XV) con chaleco y corbata azul. Sus zapatos, botas negras abotonadas de esmerada fabricación costarricense a donde mandaba hacer los zapatos a mano.

"En la intimidad de la casa jamás dejaba de exhibir formalidad en el vestir: nunca le ví en pecho de camisa o en chinelas. Era esmerado y pulcro en su vestir, siempre elegante, tenía olor a fina fragancia masculina; sus zapatos lustrosos, los cuales hacía limpiar siempre

(1) Porras, Camilo A. *Retazos de mi vida*, Litho Impresora Panamá, S.A. 1975 Tomo I.

en la mañana. Era muy formal en las comidas a rigurosas e invariables horas.

“Tomaba té, le gustaban los plátanos, el pollo asado, las frutas, con predilección la papaya y la piña. Le encantaba como postre el helado de vainilla. Jamás tomó licor y le disgustaba el olor del tabaco, no permitiendo fumar en su presencia.

“Esmerado en sus corbatas y prendedores de los cuales tenía increíble colección. Sus colores preferidos para estas prendas eran el verde y el azul. Pero sus vestidos siempre eran grises, como si fuera un uniforme donde quiera que estuviese, aún cuando visitaba el Pausílopo.

“Era madrugador por hábito desde su niñez y a las cinco de la mañana estaba aseado y vestido escribiendo su correo, era la hora de escribir. A las siete era el desayuno: huevos pasados por agua, té, pan tostado sin mantequilla; luego leía cuidadosamente la prensa local, pero recibía periódicos extranjeros. Le gustaba estar bien informado de las noticias internacionales a las que daba mucha importancia; luego estudiaba como un escolar, bajo un metódico horario, creo que Historia y Derecho; luego en la tarde, después de las tres y hasta las seis o siete se dedicaba a sus visitas; a las ocho y media se estaba retirando para dormir, después de una cena muy ligera, generalmente frutas, pastel y helados”.

Por medio de su Embajada en Washington y de nuestra Legación en esa capital, el Gobierno Imperial ruso invitó a la República de Panamá para que tomara parte en la Segunda Conferencia Internacional de la Paz que debía reunirse en La Haya, del 15 de junio al 18 de octubre de 1907. Aceptada esa invitación, el Poder Ejecutivo invistió con el carácter de Delegado de la República a dicha Conferencia, al Dr. Belisario Porras, mediante Decreto No. 39 de 15 de abril de 1907 (2).

El Dr. Porras viajó con instrucciones precisas para que iniciara las funciones de su cargo, haciendo constar la adhesión de la República de Panamá a la Convención relativa al Arbitraje, firmada en La Haya, el 29 de julio de 1899.

Para tener una idea de la calidad de los Delegados enviados a la Conferencia, tenemos que cinco de éstos, incluyendo al Dr. Porras, llegaron a ser Presidentes de sus respectivos países.

En la nota No. 27, fechada el 31 de julio de 1907 (3), Porras describe de manera extensa y con lujo de detalles, la acogida brindada a

(2) Archivo Ministerio de Relaciones Exteriores.

(3) Memoria de Relaciones Exteriores, 1908. Págs. 341 a 350.

los Delegados; las fiestas, banquetes y paseos ofrecidos, los lugares visitados y su diálogo con la Reina Guillermina de Holanda. Entre aquellos tenemos: Invitaciones de clubes y sociedades para ser socio honorario mientras durara la Conferencia; admisión al Hipódromo, con tribuna de honor; póliza de seguros contra cualquier incidente; fiestas del 4 y 14 de julio; comidas ofrecidas por las grandes potencias de la época como lo eran Austria, España, China, Japón, Rusia, Turquía y Portugal las cuales no invitaron a ninguno de los Delegados de Centro y Sud América. Panamá sí fue invitada a todas. Porras no fue invitado al banquete ofrecido por el Delegado colombiano. El 25 de julio la Conferencia no se reunió, pues el Gobierno de los Países Bajos había invitado a los Delegados a una visita en tren por varias ciudades.

El 30 de agosto, Porras pronunció un discurso en apoyo del arbitraje, idea dominante de la época. Mencionó el interés por decidir las diferencias internacionales en un fallo dado por los hombres y no por las naciones, porque se tiene más confianza en un hombre que en un Gobierno y llama al establecimiento de una Corte Permanente de Juristas y a tener confianza en sus fallos ya que ésta, será de altura, por la virtud y el saber de sus integrantes, en los cuales las pasiones y los intereses no podrán ejercer influencia alguna:

“Algunos entre los pequeños Estados, tienen temor de ver ensancharse el recurso de arbitraje, porque dicen que las grandes potencias se servirán de este pretexto para inmiscuirse en los asuntos internos de los pequeños Estados; pero nosotros somos de opinión que una Corte que ofreciera garantías de independencia podría decidir previamente si se trata de una intervención injustificada en los asuntos interiores de un Estado Soberano” (4).

Al final de la Conferencia se aprobaron 14 Convenciones, y aunque las mismas podrían ser firmadas hasta el 30 de junio de 1908 por los Delegados, el Dr. Porras las firmó antes de salir de La Haya. Los representantes de Alemania, Japón, Austria e Inglaterra no firmaron y se refirieron a sus respectivos Gobiernos.

Además, se aceptó y firmó unánimemente una declaración en la cual se reconoció el principio del arbitraje obligatorio y se enunciaba que ciertas diferencias y particularmente, las relativas a la interpretación y a la aplicación de las estipulaciones convencionales internacionales, son susceptibles de ser sometidas al arbitraje obligatorio, sin ninguna restricción.

(4) Memoria Minirelex, 1908, Págs. 351 a 354.

Nueve meses después, el Dr. Porras fue nombrado Ministro Residente en los Estados Unidos del Brasil, mediante el Decreto No. 13 de 3 de marzo de 1908. El Dr. Ramón M. Valdés iba como Secretario de la Legación y al día siguiente se expidió el Decreto No. 14, en el cual se adscribían al Dr. Porras las funciones de Delegado de la Nación a la Junta de Jurisconsultos, a reunirse en la ciudad de Río de Janeiro para preparar los proyectos de Códigos de Derecho Internacional Público y Privado, según lo estipulado por la Tercera Conferencia Internacional Pan-Americana en la Convención de 23 de agosto de 1906.

Porras llegó al Brasil después de largo viaje marítimo, con la salud un poco quebrantada, el día 25 de abril en la tarde. En nota enviada a la Cancillería panameña, notificó de los pormenores del viaje, entre ellos la entrevista con un joven panameño que le pide lo repatrie, de nombre Juan de Dios Goti, de unos 22 años, hijo de Augusto Antonio Goti, tenedor de libros de la Estrella de Panamá; de su visita al Ministerio de Relaciones Exteriores y de la llegada de una misión paraguaya.

El Dr. Porras fue recibido por el Ministro de Relaciones Exteriores, Barón de Río Branco, el día 5 de mayo en la tarde en el Palacio de Itamaraty y presentó sus Cartas Credenciales al día siguiente ante el Presidente Penna.

En nota donde relataba los pormenores de la presentación, Porras criticó al Gobierno panameño por la no adopción de un vestido de gala para el Cuerpo Diplomático y Consular de Panamá.

Pasados cinco días de la presentación de sus Cartas Credenciales al Presidente Penna, fue recibido en audiencia privada por la familia de éste. Sobre el particular, Porras escribió (5):

“Dándoles cuenta de que uno de mis hijos estudiaba Química en París, el Presidente me felicitó. Hay ya muchos abogados y médicos en nuestra América, me dijo. Los hay, en efecto, le contesté y entonces le referí cómo me habían tratado por todas partes en Recife (Pernambuco), cuando pasé por allí, los pangueros, cocheros, vendedores de periódicos y limpiabotas, en los restaurantes, tiendas y cafés, llamándome sin conocerme, Doctor y la ocurrencia de uno de esos cuando le pregunté cómo sabía que yo era Doctor?, con sólo verlo me dijo, porque por aquí el que no es Coronel, es Doctor”.

Con relación a la ausencia de su Secretario Ramón M. Valdés, Porras escribió: “Muy penoso me es que el señor Valdés no haya llegado. No tengo ni noticias de su salida de Nueva York. Solo, sin

(5) Archivo Minirelex. Original.

Secretario ni Adjunto, mis atenciones y mis sacrificios son mayores. La vida es excesivamente cara y el alejamiento en que me hallo de Panamá, en relativo aislamiento, me causa pena y ansiedad”.

Porras era un conocedor del ceremonial diplomático y por lo tanto, fiel seguidor de sus reglamentos y por ello programó sus visitas oficiales a los Secretarios de Estado y altos funcionarios federales, así como al Cuerpo Diplomático.

Sobre el Congreso Jurídico Pan-Americano, no habiendo podido nombrar a tiempo algunas de las Repúblicas americanas sus Delegados, fue propuesto por el Presidente Penna y aceptado por esas Repúblicas, el aplazamiento de la reunión de dicho Congreso para el 10 de mayo de 1909 y por lo tanto el Dr. Porras no representó a Panamá en el mismo, ya que para esa fecha, no se encontraría en el país.

Nuestro Ministro en el Brasil propuso al Gobierno panameño el estudio de todo lo relativo a inmigración y recibió la aprobación para viajar a las Colonias de inmigrantes en el Brasil y la Argentina. Para ello pidió la suma de B/.3.000.00 los cuales deberían ser asignados para gastos, no como sueldos. En respuesta a esto, Porras fue promovido a Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, mediante el Decreto No. 36 de 26 de junio de 1908, el cual consideraba que había razones de conveniencia pública para elevar la categoría de la Misión Diplomática acreditada en los Estados Unidos del Brasil, a la vez que de consideración a la persona del Dr. Belisario Porras. Sobre la promoción, Porras se expresó así:

“El acto es de generosidad y pone término a mis dificultades pecuniarias. En la nueva posición podré, en efecto, vivir con más comodidad, pues la vida, como creo haberlo dicho a S.E. es en Río de Janeiro excesivamente cara y los sueldos y asignaciones especiales de un Ministro Residente no bastan para su representación.

“Así, me atrevo a considerar la promoción con que me honra el Gobierno de mi Patria, para el sólo efecto del sueldo. No teniendo Panamá asunto ninguno que atender aquí y estando ya reconocido yo como Ministro Residente, la presentación de mis credenciales de Plenipotenciario y las atenciones que importa, llamarían indudablemente la atención y se impondría que no fuera bien mirado”(6).

En sus viajes por el Brasil y la Argentina, el Dr. Porras hace informes sobre la instrucción pública y sobre las colonias de inmigrantes.

(6) Archivo Minirelex. Original.

Su informe sobre migración y colonización en el Brasil y la Argentina culmina con la publicación de un folleto de 50 páginas (7).

El 24 de agosto de 1908 escribió a Panamá pidiendo se le concediese licencia por tres meses para poder viajar a Europa, ya que su salud estaba alterada por sufrir del hígado y de frecuentes resfriados, y así poder verse con especialistas.

Desde Barcelona, en donde era Cónsul, Ricardo J. Alfaro escribe a Porras el 16 de septiembre y lo alienta a viajar a Europa por su pronta recuperación y además poder verse.

Porras viajó siempre a Europa y meses después era nombrado representante panameño en Costa Rica.

A finales de 1908, el Ministro (Embajador) de los Estados Unidos en Panamá, por orden de Washington, extendió nuevamente los buenos oficios e imparcialidad del país norteamericano, tanto a Panamá como a Costa Rica, para llevar a feliz término el asunto limítrofe. El Gobierno panameño resolvió acreditar en San José de Costa Rica una Legación, con el fin de que de un modo amigable, se llegara entre las dos Repúblicas a un arreglo satisfactorio. Si después de haberse agotado todos los recursos propios de tales negociaciones, no se hubiera obtenido el resultado deseado, entonces el Gobierno de Panamá gustoso aceptaría los buenos oficios del de los Estados Unidos de América.

Por medio del Decreto No. 5 de 4 de febrero de 1909, firmado por el Presidente de la República Don José Domingo de Obaldía, fue nombrado el Dr. Belisario Porras, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Panamá ante el Gobierno de la República de Costa Rica. Porras salió de Panamá el 30 de marzo con una lista de instrucciones que contenía cinco puntos que determinaban la línea de conducta (8):

1. Informarse de la suerte corrida por el Tratado Guardia-Pacheco, celebrado el 6 de marzo de 1905.

2. Mantener el deseo del Gobierno panameño de que se cumpla en todas sus partes, el Laudo Loubet de 11 de septiembre de 1900.

3. Aceptar en principio que el Gobierno panameño sometería al fallo del Honorable Presidente de la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos, cualquier o cualesquiera de los puntos que pudieran

(7) "La Inmigración y la Colonización en el Brasil y en la Argentina" Informe rendido a la Secretaría de Relaciones Exteriores de la República de Panamá por Belisario Porras, Ministro Residente en el Brasil. Tipografía Moderna, Panamá. 50 págs.

(8) Archivo Minirelex.

ser motivos de desaveniencia al fijar la línea divisoria entre los dos países, con arreglo al Laudo Loubet, entendiéndose que esto se refiere únicamente al amojonamiento o cumplimiento de la delimitación de fronteras.

4. Cerciorarse de qué concesiones de terrenos se hicieron por parte de Costa Rica; cómo y a quiénes, antes y después del fallo Loubet, dentro de los límites del Laudo.

5. Investigar qué clase de títulos poseen sobre los terrenos mencionados en el punto que precede la United Fruit Co., así como otras empresas y demás ocupantes de aquellas tierras.

Porras llegó a Costa Rica el 7 de abril de 1909. En sus primeras notas, pide al Gobierno panameño le sean modificadas las instrucciones en el sentido de hacer nuevas concesiones a Costa Rica, con compensaciones o sin ellas. Manifiesta su inquietud de que en caso de arbitraje por el Gobierno de los Estados Unidos, el fallo sería favorable a Costa Rica. Duda en cuanto al apoyo de la United Fruit Co. a Costa Rica, pero se inclina a creer que sí es efectivo y que quedaría tranquilo si se le ordenara atenerse al Laudo Loubet y pedir al Gobierno de Costa Rica su cumplimiento. Sugiere además, que se negocie directamente sin la mediación de los Estados Unidos.

El lunes 19 de abril de 1909 presentó sus Cartas Credenciales al Presidente de Costa Rica, Don Cleto González Víquez.

El 9 de mayo, Porras informó a la Cancillería panameña su negativa a plantear el asunto del mantenimiento del Laudo Loubet, porque al hacerlo, pensaba, su misión terminaría por la no aceptación del Gobierno tico del referido Laudo y en vista de ello, inició gestiones para recabar conocimientos relativos a la geografía y administración de la zona en disputa.

Como la United Fruit Co. se negó a suministrarle mapas, planos y toda clase de noticias, apeló discretamente a medios indirectos y privados para obtener dicha información de los terrenos adjudicados, los cuales fueron 18 lotes en la banda izquierda del río Sixaola que comprendían 15.624 hectáreas. El Dr. Porras hizo un viaje a la zona en disputa y ello resultó en un extenso informe al Gobierno panameño de todo lo visto en su inspección, detallando los poblados encontrados, personas y nacionalidades y terminando con recomendaciones a seguir (9).

En contestación a nota del Dr. Porras, el Secretario de Relaciones Exteriores de Costa Rica, Ricardo Fernández Guardia, le manifestó

(9) *Controversia de Límites entre Panamá y Costa Rica*. Tomo I, 1914. Págs. 67 a 71.

que el Tratado Guardia-Pacheco no había sido ratificado por el Congreso de Costa Rica y que para el Gobierno tico, era punto fuera de toda duda la caducidad de dicho Tratado. Mientras tanto, el Gobierno de Costa Rica nombraba autoridades y enviaba colonos a la zona en disputa. El Gobierno panameño, por intermedio del Dr. Porras, protestó por el establecimiento de una inspectoría de Hacienda y de una comandancia de armas en la orilla izquierda del Sixaola.

El 20 de julio de ese año, Porras se entrevistó con el Presidente de Costa Rica, Cleto González Víquez, el cual le informó que no deseaba concluir su período de mando sin dejar arreglada la cuestión de límites con Panamá; su sorpresa de que en tres meses, Porras no hubiera iniciado negociaciones para un Tratado y más aún, de que se le enviara al arreglo de un asunto y no se le dieran plenos poderes para negociar.

El 25 de septiembre, el Dr. Porras envió a la Cancillería panameña cuatro proyectos de Tratados con la República de Costa Rica, relativos a la Paz y Amistad; Extradición; Canje de Giros Postales y Canje de Fardos Postales. Eran el resultado de las conversaciones sostenidas con el Secretario de Relaciones Exteriores para hacer más estrechas las cordiales relaciones y favorecer los recíprocos intereses.

Eusebio A. Morales y Carlos A. Mendoza critican las gestiones del Dr. Porras en un documento llamado "Observaciones al Proyecto de un Tratado General de Paz y Amistad con Costa Rica", escrito el 11 de noviembre de 1909, ya que según ellos, Panamá estaba en desventaja en dichas negociaciones.

El 14 de noviembre, Porras opinó en nota a la Cancillería panameña, cuáles deberían ser los puntos a dejar en claro, para la celebración de una Convención de Arbitraje; menciona un preámbulo y de seis a ocho artículos sobre los cuales se apreciaban: el tiempo durante el cual el árbitro debería pronunciar el fallo; aceptación del árbitro por las partes; término del fallo; garantía de los Estados Unidos de hacer efectivo el fallo; designación del árbitro y otros (10).

El Decreto No. 67 de 16 de noviembre de 1909 decía: "Nómbrese Representante de la República de Panamá en la IV Convención Sanitaria Internacional que se ha de reunir en la ciudad de San José, del 25 de diciembre del año en curso, al 2 de enero de 1910, a Su Excelencia Doctor Belisario Porras, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de este Gobierno ante el de la República de Costa Rica". Firmaban José D. de Obaldía y Samuel Lewis.

(10) *Controversia*, op. cit., págs. 128 a 130.

En la Convención Sanitaria se trataron puntos como: Medidas y leyes sanitarias vigentes en los respectivos países; puesta en práctica de las resoluciones adoptadas en las otras Convenciones; registro del movimiento de población y porcentaje de mortalidad en cada país; saneamiento de las ciudades y puertos; medidas de protección a los pasajeros que se embarquen en puertos infestados y otros puntos más.

En la Directiva, el Dr. Porras quedó como uno de los 10 Vicepresidentes, además de que fue miembro del Comité de Credenenciales (11).

Se le notificó traslado a Washington mediante el Decreto No. 71 bis del 17 de diciembre de 1909, el cual decía:

“Su Excelencia Dr. Belisario Porras, actual Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la Nación en Costa Rica, con tal carácter y en Misión Especial, se trasladará a los Estados Unidos de América para que, ante aquel Gobierno, represente al de esta República, en el arreglo de límites entre Panamá y Costa Rica. Para atender a los gastos que ocasione esta Misión, destínese la suma de dos mil quinientos balboas, con imputación al capítulo 48, artículo 166 del Presupuesto de Gastos vigente”. Firmaban José D. de Obaldía y Samuel Lewis.

El Dr. Porras llegó a Washington el día 13 de enero de 1910 a las 10:30 p.m. vía New Orleans, a la cual había llegado el día 11. Lo esperaba nuestro Ministro en la capital nortea, Carlos Constantino Arosemena, el cual le había preparado un departamento e inmediatamente fue impuesto por él, de las instrucciones recibidas desde Panamá, para llevar a cabo la negociación del compromiso arbitral con la República de Costa Rica, que diera por resultado la solución definitiva de la diferencia limítrofe.

Porras consideró las instrucciones muy limitadas, imposibles para consumir la negociación ya que el Departamento de Estado expresaba esperanzas de que las mismas fueran tan amplias de modo que pudiera discutir todos los puntos sin limitación alguna y nuestro Ministro pidió se le concediera mayor amplitud en el asunto.

El Dr. Porras se entrevistó privadamente con el Secretario de Estado Philander Knox el día 15, en uno de los salones del Departamento de Estado y le expresó el agradecimiento del Gobierno panameño por la mediación ofrecida por el Gobierno norteamericano para la solución de la cuestión limítrofe con Costa Rica. Knox le informó que había destinado un salón del edificio para que se

(11) Memoria Minirelex, 1910.

celebraran las reuniones y que para asistir y ayudar a los representantes de los dos países, había designado a los señores Henry M. Hoyt, Consejero del Departamento de Estado, T.C. Dawson, Jefe de la oficina que tenía a su cargo los asuntos de Centro y Sur América y J. Brown Scott, Consejero Asistente del Departamento de Estado y señaló el día 17 a las 11:30 a.m. para que se celebrara la primera conferencia y en la misma, el representante de Costa Rica, señor Luis Anderson, manifestó que su país no aceptaba el Laudo Loubet, afectado de nulidad, por ser vago y por el defecto de **ultra petita**, pues había acordado un territorio que no había sido objeto de la reclamación. La vaguedad, decía, es patente en cuanto a la línea que señala el Laudo por el lado del Atlántico, pues ese Laudo habla de un Contrafuerte de la Cordillera que no existe (12).

William Nelson Cromwell, Consejero de la Legación panameña, y su socio Mr. Hill fueron los asesores del Dr. Porras en las conversaciones, en las cuales éste sostuvo que estaba en la inteligencia no sólo del Gobierno panameño, sino en la del Gobierno de Costa Rica y en la del Departamento de Estado, que el arbitraje que se contemplaba no tenía por objeto anular el Laudo Loubet, sino al contrario, sostenerlo e interpretarlo, y que jamás se había hablado de nulidad cuando el Representante de Costa Rica señor Anderson, solicitó los buenos oficios o mediación del Gobierno norteamericano, ni cuando el Departamento de Estado se dirigió al Gobierno de Panamá para ofrecérselos.

Las conversaciones continuaron, siempre con desacuerdos entre Porras y Anderson, con la ayuda dada por Cromwell a Porras, que incluía una visita al Presidente Taft y de la visita de nuestro Canciller don Samuel Lewis hasta el día 10. de marzo en que el Secretario Knox presentó a ambas partes un memorandum en el cual recomendaba puntos que deberían ponerse de acuerdo por los negociadores y llegar así a un entendimiento.

En el ínterin, Porras envió nota a Panamá, dando cuenta que debido al viaje repentino de San José, a su enfermedad recién llegado y a las numerosas atenciones impuestas por la defensa de la Patria, en su diferendo limítrofe con Costa Rica, no había podido enviar copias de las actas y de las Resoluciones de la IV Conferencia Sanitaria Internacional de las Repúblicas Americanas en la cual había tomado parte como Delegado de la República de Panamá (13).

(12) *Controversia* op cit., Págs. 137 a 148.

(13) Archivo Minirelex.

Separadamente y bajo registro, envió un cuaderno de 51 hojas y con ellos, dos números de La Gaceta, diario oficial de San José, de 15 de diciembre de 1909 y 12 de enero de 1910, en donde aparecen publicados algunos documentos de la mencionada Conferencia. Con esto y con el envío de la alocución de apertura de las sesiones y del informe sobre el estado sanitario de Panamá, que había remitido en diciembre de 1909, dejaba cumplida su misión en la referida Conferencia.

El 10 de marzo, Porras presentó Contra-Memorandum al Departamento de Estado que contestaba al Memorandum del Secretario Knox del día 1.º de marzo. Su presentación tuvo lugar en audiencia acordada, a la cual asistieron el Secretario Knox, el Secretario asistente Huntington Wilson y los Consejeros Hoyt y Dawson.

Para mayor eficacia, Porras obtuvo el permiso de que Cromwell lo leyera y explicara todo su alcance. La impresión causada fue buena. Sólo hicieron observaciones respecto a los títulos o derechos en relación con la concesión de tierras en la región en disputa. Los señores del Departamento de Estado no vacilaron en hablar de las concesiones de la United Fruit Co. Expresaron la creencia de que esta compañía había obtenido de Costa Rica una especie de exención por 20 años, tal es la de no pagar más de un centavo oro por racimo de bananos de exportación. Porras reconoció la verdad de esta creencia y dio la seguridad de que en este punto, Panamá no le cobraría más tampoco a la Compañía en esos 20 años. El Secretario Knox concluyó expresando la esperanza de que el protocolo del compromiso se firmaría pronto. Porras era de creencia de que Anderson no haría fuertes objeciones a las modificaciones presentadas.

Ya casi listo el borrador de la Convención, Anderson deseó agregar al Artículo I lo siguiente: "El árbitro deberá decidir respecto del carácter obligatorio de la interpretación del Laudo". Porras objetó y el Secretario de Estado Knox lo apoyó e inmediatamente el Lic. Anderson cedió.

Por su parte, Porras quiso también agregar al Artículo I lo siguiente: "Si en algún punto la línea limítrofe, según se ha descrito detalladamente en el Laudo, se extendiese por algún motivo más allá de los límites del mencionado territorio en disputa, la línea limítrofe de tal mencionado territorio constituirá la línea limítrofe de ese punto, al punto donde enseguida intercepte la línea detalladamente descrita, como línea limítrofe en el mencionado Laudo".

Inmediatamente, el Secretario de Estado Knox dijo que el párrafo era inadmisibile y como Porras insistiera, le formuló el "últimá-

tum" de que retirara la proposición o los Estados Unidos negarían sus buenos oficios y darían por terminada la negociación (14).

Porras cablegrafió a Panamá pidiendo instrucciones de si firmaba la Convención tal como estaba redactada o rehusaba firmarla y ponía fin a toda la negociación en vista de las circunstancias.

Fue instruido por el Secretario Lewis de que firmara.

La Convención Porras-Anderson fue firmada en Washington el día 17 de marzo de 1910. El Congreso de Costa Rica la aprobó por 26 votos contra 7 el 22 de agosto de 1910, y la Asamblea Nacional de Panamá, el 28 de septiembre del mismo año. El canje de ratificaciones se verificó en la ciudad de Washington el 17 de mayo de 1911 y Panamá la promulgó mediante Decreto No. 46 de 27 de mayo del mismo año.

Por Decreto No. 19 de 9 de abril de 1910 se nombró a S.E. el Doctor Belisario Porras para que, en su carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Panamá en Costa Rica, concurriera como Delegado Oficial del Gobierno de Panamá, a la IV Conferencia Internacional de las Repúblicas Americanas, que se reuniría en Buenos Aires el 9 de julio, fecha conmemorativa del Centenario de la Nación Argentina.

La Conferencia duró del 9 de julio al 20 de agosto de 1910 y Porras suscribió las siguientes Convenciones:

1. La relativa a la propiedad literaria y artística.
2. Sobre reclamaciones pecuniarias.
3. La relativa a patentes de invención, dibujos y modelos industriales.
4. Sobre marcas de fábricas y comercio.

Mediante Decreto No. 6 de 25 de noviembre de 1910 se nombró al Dr. Porras, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Panamá ante el Gobierno de los Estados Unidos de Norte América. Se incluía a los señores Juan Brin y José Guillermo Batalla, Secretario y Adjunto respectivamente, y lo firmaba el Presidente de la República Pablo Arosemena y refrendaba Federico Boyd como Secretario de Relaciones Exteriores.

La siguiente minuta, escrita en 4 hojas de 8 1/2 x 11, a lápiz, sin fecha, fue encontrada en un paquete que contenía cartas personales recibidas en el año 1907. Por su contenido, la ubicamos entre los meses de agosto y noviembre de 1910, cuando se

(14) Castillero Pimentel, Ernesto. *Panamá y los Estados Unidos*. Panamá, Editora Humanidad, S. A., 1964. Pág. 128.

emitió el Decreto que lo nombró Ministro Plenipotenciario en Washington (15):

“Muy estimado señor Presidente:

“El Dr. Arosemena, Encargado del Poder Ejecutivo de ésta República tiene empeño en que yo vaya a representar a Panamá ante el Gobierno que Ud. tan dignamente preside, para que al mismo tiempo defienda los intereses de mi patria en la cuestión de límites con Costa Rica, sometida hoy a la imparcial y sólida decisión del Presidente de la Corte de los Estados Unidos. Y aunque en realidad estoy cansándome del continuo viajar en que me hallo desde 1907 en misiones a Europa, al Sur y a Centro América, veo que en este caso es sumamente oportuna mi ida a Washington, no sólo porque conozco la cuestión de límites tal vez mejor que mis conciudadanos, sino también porque deseo desvanecer las falsas ideas que sobre mí han hecho circular en esa capital los enemigos míos empeñados en presentarme como adversario y hostil a los intereses americanos y a la influencia que naturalmente deben ejercer en nuestro país los Estados Unidos.

“En los países pequeños como Panamá, el choque de los intereses personales y políticos tiene más resonancia y deja más huellas que en los países grandes, y yo que inmerecidamente he sido por muchos años el abanderado de un partido político he tenido que ser también, necesariamente el blanco obligatorio de los ataques del contrario. Contra mí se han usado todas las armas de partido, se me ha calumniado, se me ha perseguido hasta el punto de declararme sin patria, pero como la justicia siempre se impone, mis enemigos han sido vencidos. Para que la reparación sea completa me falta sin embargo, demostrarle a hombres eminentes como Ud. el alto aprecio que he tenido y la admiración profunda que siempre me han inspirado las instituciones y el carácter nacional del gran pueblo americano.

“El objeto de esta carta es llevar a conocimiento de Ud. esas ideas de amistad y aprecio que son ideas arraigadas en mi alma y que son muy diversas de las que con fines perversos me han venido atribuyendo y me atribuyen aún mis enemigos o mis émulos. En mi posición de Ministro podré probar con hechos mi lealtad y mi adhesión hacia los Estados Unidos, como he venido haciéndolo desde la Conferencia de La Haya y en el reciente Congreso Pan-Americano de Buenos Aires.

“Ahora mismo he intervenido con mis amigos de la Asamblea, como podrían decírselo el Ministro Dawson y su Secretario el señor Campbell en la modificación de la ley de tierras de modo que los americanos puedan adquirirlas como si fuesen panameños. Para la ley sobre las compañías de Seguros, he aceptado igualmente las ideas del señor Campbell.

“Por los periódicos he visto que Ud. hará próximamente un viaje a este país y ello me ha complacido, pues me proporcionará el placer de saludarle personalmente.

“Con sentimientos de profunda estima y de sincera amistad soy su obsecuente servidor y amigo”.

Al llegar el Dr. Porras a Washington en el mes de enero de 1911, su primera gestión la encaminó a la compra de una casa apropiada para la Legación de Panamá, pedido fundamentado, principalmente, en las excepcionales circunstancias producidas por el asunto de límites con Costa Rica, de cuyo éxito favorable no dejaría de influir la categoría de la representación ante el Gobierno norteamericano y ante las demás Legaciones. Pensaba el Dr. Porras que ese sería un medio eficaz y digno para alcanzar mayor acercamiento con personalidades del mundo político y social en procura de prestigio y consideraciones y sugirió, previo permiso de los Estados Unidos, tomar el dinero para la compra, de la suma depositada para mantener la partida de la moneda panameña y planteaba que tal inversión sería de beneficio, pues con el tiempo, aumentaría su valor y al venderse la propiedad, habría marcado provecho para el Fisco. Días después, el Gobierno panameño le contestó con una negativa, mediante el Secretario de Relaciones Exteriores, don Federico Boyd, quien le decía que el Gobierno no quería apelar a recursos como éste, ya que el crédito de la República en el exterior, no estaba bien cimentado todavía y su retiro daría lugar a que se hicieran cargos como el de bancarrota, en el supuesto de que los Estados Unidos aceptara la proposición de Panamá.

El Dr. Porras presentó sus Cartas Credenciales al Presidente Taft, el día 4 de febrero de 1911. La audiencia pública se verificó en el salón Azul de la Casa Blanca, a las dos y media de la tarde. Lo acompañaron los señores Brin y Batalla.

Mediante Decreto No. 20 de 18 de marzo de 1911, el Dr. Pablo Arosemena, Primer Designado Encargado del Poder Ejecutivo, nombró al Dr. Porras, miembro de la Corte Permanente de Arbitraje establecida en La Haya, por la Convención de 29 de julio de 1899, para el arreglo pacífico de las cuestiones internacionales.

Firmado por Pablo Arosemena y Federico Boyd, el Decreto No. 36 de 4 de mayo de 1911 decía: "Nómbrese al señor doctor Belisario Porras actual Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República ante el Gobierno de los Estados Unidos de América, Delegado a la Conferencia de la Unión Internacional para la protección de la Propiedad Industrial que ha de reunirse en la ciudad de Washington el 15 de mayo del año actual".

El papel de Porras fue de mera asistencia y expectación, con voz consultiva pero sin voto, ya que Panamá no figuraba entre los países unionistas.

El 17 de mayo de 1911 se verificó en Washington el canje de las ratificaciones de la Convención sobre Límites, celebrada entre Panamá y Costa Rica y conforme lo disponía el artículo 14, los representantes de ambos Gobiernos solicitaron del Chief Justice de los Estados Unidos, Honorable Edward C. White, un mes después de canjeadas las ratificaciones, que aceptara el cargo de Arbitro. Como era de esperarse, éste manifestó su voluntad de aceptar el cargo expresado, pero con la condición, que fue admitida, de que las partes interesadas en el litigio, presentaran todos sus escritos y alegatos en inglés.

El proceso arbitral propiamente dicho comenzó con la petición que hizo el representante de Panamá, doctor Belisario Porras, para que se practicara, en conformidad por lo dispuesto por el artículo II del Convenio, un reconocimiento del territorio disputado. Esta solicitud fue favorablemente acogida por el Arbitro y enseguida se procedió a constituir según lo acordado, la comisión de ingenieros que debía realizar el trabajo.

El Arbitro hizo los nombramientos que le correspondía, en los señores John F. Hayford y Ora M. Leland. Panamá designó como representante suyo en dicha comisión al señor Frank W. Hodgdon y Costa Rica al señor Percy Herbert Ashmead.

La labor encomendada costó no menos de B/.200.000 que pagaron los países interesados por partes iguales, sin incluir los emolumentos de los ingenieros nombrados por las partes.

El 21 de agosto de 1911, Porras hizo un alegato que se conoció como Primera Exposición presentada al Honorable Chief Justice de los Estados Unidos de América en calidad de Arbitro (16) y que consistió en dos partes: Una, la que incluía copias auténticas de 23

(16) Porras, Belisario: "Límites entre Panamá y Costa Rica. Jurisdicción y Poderes del Arbitro". Primera exposición presentada al Honorable Chief Justice de los Estados Unidos de América en calidad de Arbitro. Washington D.C. Press of Byron S. Adams 1911. 129 págs.

documentos relativos a la negociación arbitral y la otra, la historia de la negociación para que apreciara en toda su integridad, el valor de ella y conociera la jurisdicción y competencia que se le daba, el alcance de los poderes y las limitaciones que tenía.

Por Decreto No. 78 de 3 de octubre de 1911 se declaró insubsistente el nombramiento hecho en el Doctor Belisario Porras como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Panamá ante el Gobierno de los Estados Unidos de América. Firmaba el Dr. Pablo Arosemena y refrendaba el Subsecretario de Relaciones Exteriores, Eduardo Chiari. Esto se le comunicó mediante cablegrama firmado por Chiari y el Dr. Porras contestó en los siguientes términos: "Recibido su cablegrama de ayer. Entregaré Legación como indica. Por su honorable conducto envío mis más expresivas gracias al noble Gobierno que me remueve" (17).

Respecto al poder especial que tenía Porras como apoderado de Panamá en la disputa de límites con Costa Rica, no le pareció conveniente renunciar al mismo, por hallarse pendiente varios trámites y pidió le fuera otorgado dicho poder lo más pronto posible, a la persona que lo reemplazaría, nombramiento que recayó en don Jorge E. Boyd, por medio del cual se enteró que el Gobierno de Panamá consideró que desde el momento en que fue destituido del cargo de Ministro, lo fue igualmente de los poderes que se le confirieron para representar a la República de Panamá. Porras contradijo esa opinión ya que consideraba que no eran funciones de un empleado diplomático las de representar a su país en calidad de abogado de un proceso cualquiera en que esté envuelto con otro país.

En su defensa, Porras escribió un Memorándum para un Manifiesto (18), alegato que recogía su aclaración en contra de acusaciones que se le hacían de traición a la Patria, al habersele substraído de su escritorio, un documento relacionado con el ofrecimiento del establecimiento de una estación carbonera, al Gobierno de los Estados Unidos, en la provincia de Chiriquí.

Porras regresó a Panamá el 29 de noviembre de 1911, vía Colón.

Después de cumplir su primer período como Presidente de Panamá (1912-1916), el Dr. Belisario Porras fue nombrado mediante Decreto No. 16 de 2 de octubre de 1916, como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Panamá, ante los Gobiernos de los Estados Unidos de América y de Cuba. El

(17) Archivo Minirelex.

(18) Sisnett, Manuel O. "Belisario Porras o la vocación de la nacionalidad". Imprenta de la Universidad de Panamá, 1972, 2a. edición.

Decreto lo firmó Ramón M. Valdés como Presidente de la República y Narciso Garay lo refrendó como Ministro de Relaciones Exteriores.

El 15 de enero de 1917, Porras envió nota al Secretario de Estado Lansing, para que el Gobierno norteamericano reconsiderara la medida de dotar de habitaciones a todos los jornaleros, trabajadores de la Zona del Canal, ya que ello sería perjudicial para la economía de Panamá (19).

La 2a. Reunión del Instituto Americano de Derecho Internacional, fundado en Washington en 1912 con objeto de propagar en América los principios de justicia y de derecho que deben predominar en las relaciones de los Estados, se efectuó por invitación del Gobierno de la República de Cuba, durante los días 22 al 27 de enero de 1917. La reunión se celebró bajo los auspicios de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional, con asistencia de miembros del Instituto y delegados de la Sociedades de Derecho Internacional a él afiliadas.

El Instituto comprendía miembros fundadores, miembros titulares, miembros de oficio y miembros correspondientes. Los miembros titulares, exclusivamente escogidos entre los publicistas de las diferentes Repúblicas del Continente Americano, eran elegidos por el Instituto. Una misma República no podía estar representada por más de 5 miembros a la vez. Los miembros titulares correspondientes a Panamá en el año 1917 eran: Ricardo J. Alfaro, Harmodio Arias, Eusebio A. Morales, Belisario Porras y Ramón M. Valdés.

En la sesión celebrada por el Instituto Americano de Derecho Internacional y la Sociedad Cubana de Derecho Internacional en la Academia de Ciencias, el viernes 26 de enero de 1917 a las 3 de la tarde, ocupa la Presidencia el Dr. James Brown Scott y después de declarar abierta la sesión, cede su puesto al Dr. Belisario Porras, quien pronunció la siguientes palabras:

“Señor Presidente, señores delegados: Antes de tomar este puesto de honor, es para mí un placer y también un deber, manifestar mi profundo agradecimiento.

“He podido ver en el curso de mi vida que hay dos clases de hombres que se distinguen por sus tendencias y por sus métodos. Estos hombres son, unos, los que creen en ideales, los que son optimistas; otros, los positivistas, que dudan, que no tienen creencias. Yo pertenezco al número de los primeros: Persigo un ideal y me siento orgulloso de encontrarme como miembro de este Instituto, al ver que los

(19) Memoria Minirelex, 1918.

que lo componen son hombres de ideales que persiguen la justicia y el restablecimiento del derecho en el Nuevo Mundo.

“Hay más todavía: Para mí no es un orgullo solamente el ser miembro de este cuerpo, sino un orgullo porque todos los miembros de él, no sólo son de ideales sino de confianza, que persiguen un ideal por medio de las ligas de los pueblos”(20).

No era la primera vez que daba muestras de su idealismo. En las **Memorias de las Campañas del Istmo** decía: “Yo sé bien que en la evolución del progreso, los hombres no somos sino simples instrumentos o factores, que pronto nos hundiremos en la nada con todas nuestras presunciones, soberbia y vanidad, y sé también que lo único que perduran son las ideas que sirven como guía a la humanidad”.

Mediante Decreto No. 5 de 7 de febrero de 1917, se le nombró para un nuevo período de 6 años, miembro de la Corte Permanente de Arbitraje establecida en La Haya por la Convención de 29 de julio de 1899, para el arreglo pacífico de las cuestiones internacionales. Firmaban Ramón M. Valdés y Narciso Garay.

Desde La Habana, envió Porras nota de 10 de febrero de 1917 dando cuenta al Canciller panameño de su recibimiento en audiencia pública el día anterior, por el Presidente Menocal. Así mismo informaba, no haber dado cuenta del resultado de las sesiones del Congreso del Instituto Americano de Derecho Internacional, porque no le habían sido entregadas las copias de las actas de las sesiones y que esperaba hacerlo desde Washington. Decía también, no haber podido salir hacia la capital nortea ya que tenía a su hijo Rodrigo, aislado en una casa de salud, con sarampión.

Por el Decreto No. 13 de 9 de abril de 1917, firmado por el Presidente Ramón M. Valdés y el Secretario de Fomento y Obras Públicas, Antonio Anguizola, se nombró una misión especial compuesta por los señores Dr. Eusebio A. Morales, Secretario de Gobierno y Justicia, don Julio Arjona Q., Dr. Jorge E. Boyd y el Dr. Belisario Porras, Ministro en Washington quien la presidió, para los efectos de que tratara la Ley 44 de 26 de diciembre de 1916 que facultaba al Ejecutivo para construir vías férreas y caminos carreteros en la República de Panamá, mediante arreglo especial con el Gobierno de los Estados Unidos.

(20) Instituto Americano de Derecho Internacional. “Actas, Memorias y Proyectos de las Sesiones de La Haya”, 2a. Reunión, 1917., New York, Oxford University Press, 1918.

Los señores Morales, Boyd y Arjona partieron hacia Washigton el lunes 16 de abril de 1917. Esta misión se conoció más tarde como Comisión de Guerra.

El 23 de mayo de 1917 el Dr. Porras envió nota a Narciso Garay, Secretario de Relaciones Exteriores, en donde le informaba, entre otras cosas, de las reuniones con los oficiales de los Departamentos de Guerra, de Marina y de Agricultura en relación a la construcción del ferrocarril de Panamá a David, la construcción de carreteras y la construcción de inalámbricos.

Después de un intercambio de Memorandums, los Estados Unidos accedieron a construir varios caminos y las estaciones inalámbricas, no así el ferrocarril de Panamá a David, ya que dicha construcción tomaba de 5 a 8 años (21).

A mediados de 1914, mientras se discutía la Convención sobre límites de la Zona del Canal, que fue firmada el 2 de septiembre de ese año, la Cancillería panameña expresó el deseo de que se incluyera en ese documento, una cláusula fijando los espacios de terreno que los Estados Unidos deberían asignar a la República de Panamá, en los puertos terminales del Canal, para levantar los edificios que Panamá tenía derecho a establecer para el cobro de impuestos sobre importaciones destinadas a la República, de acuerdo con el artículo 9o. del Tratado del Canal.

El Ministro de los Estados Unidos en Panamá y el Gobernador de la Zona manifestaron que no era posible determinar en esos momentos qué espacios serían necesarios, pero que tan pronto los mismos fueren determinados, se trataría de hacer efectivo el derecho que garantizaba a Panamá el artículo 9o. del Tratado de 1903.

Al terminarse los muelles de Balboa y Cristóbal y abierto el Canal al comercio universal, el Gobierno panameño juzgó llegado el momento de que se le entregaran los terrenos estipulados y al efecto, la Cancillería impartió instrucciones a nuestro Ministro en Washington, el cual, después de más de 6 meses de intercambio de notas, sólo consiguió que el Gobierno norteamericano accediera a pequeños espacios en los puertos terminales, para colocar los escritorios de los funcionarios aduanales de Panamá.

Con fecha 31 de marzo de 1917, el Juez 4o. del Circuito de Panamá, se dirigió a la Secretaría de Relaciones Exteriores, transcribiendo un auto por medio del cual se solicitaba a la Cancillería, que pidiera por cable a los Estados Unidos, la captura de los señores Eugenio C. y Emilio Bataille, Director y Gerente respectivamen-

(21) Memoria Minirelex, 1918.

te, del Continental Banking and Trust Co., que funcionaba en la ciudad de Panamá y se declaró en quiebra, por estar acusados dichos señores de abuso de confianza y estafa. Porras fue notificado por cable de fecha 2 de abril y el día 4, utilizó la misma vía para comunicar que había sido solicitada la extradición.

De más está decir que todas las diligencias encaminadas por el Doctor Porras, incluyendo el arresto de una de las citadas personas, resultaron, a final de cuentas, infructuosas ya que el Gobierno norteamericano no accedió a la extradición de los hermanos por ser éstos estadounidenses.

Después de haber servido a la Nación como Presidente de la República en el período 1920-1924, el Dr. Belisario Porras fue nombrado mediante el Decreto No. 5 de 10 de enero de 1925, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante los Gobiernos de Gran Bretaña y Francia.

Los señores Dr. Raúl A. Amador y Horacio Fábrega, fueron nombrados Secretario y Adjunto, respectivamente. Firmaba Rodolfo Chiari como Presidente de la República y refrendaba el Secretario de Relaciones Exteriores, Horacio F. Alfaro.

Veamos una parte del discurso pronunciado al presentar sus Cartas Credenciales ante el Presidente de Francia:

“En medio de las dos Américas, la del norte y la del sur, hay una extensión angosta de territorio que fue colonizado y poblado por España y que se separó de ella en los días de la epopeya emancipadora al influjo de las batallas de Boyacá y Carabobo, que fueron decisivas a la libertad en Colombia y Venezuela. Lo hizo así sin el estrépito de ninguna batalla y sin derramamiento de sangre, tranquila y juiciosamente, y cuando lo hizo, espontáneamente decidió unir sus destinos a los de Colombia, con la cual vivió compartiendo sus desventajas y alegrías durante 82 años, al cabo de los cuales resolvió separarse de ella del propio modo, cívicamente, sin ninguna lucha, sin ningún choque ni derramamiento de una sola gota de sangre. Este territorio ha venido hoy a constituir una República que, en menos de un cuarto de siglo, ha alcanzado procesos de tal magnitud, que asombran a los que lo conocieron antes y lo ven ahora en una prosperidad incomparable, con una población que ha aumentado el doble en un cuarto de siglo, en donde reina la salubridad precisamente donde antes era el asiento de las enfermedades y de la muerte y gozando de un apogeo que apenas había vislumbrado en sus sueños.

“Esa República, que es Panamá, me manda aquí hoy de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante Vuestro Gobierno, para que os haga a vos y a vuestro pueblo las declaraciones de nuestra

adhesión y amor, para que trabaje por el afianzamiento y ensanche de nuestras relaciones con vosotros, de modo que esas relaciones den los óptimos frutos que anhelamos" (22).

El resto del discurso era una relación de sus conocimientos de las letras francesas a través de las lecturas en la época escolar. Reemplazaba Porras a otro gran panameño y hombre de letras, Guillermo Andreve.

Su viaje a Londres, para la presentación de las Cartas Credenciales, le valió a Porras una larga disputa a través de muchas notas, con el Secretario de Relaciones Exteriores, Horacio F. Alfaro, ya que Porras reclamaba el pago de unos gastos de viaje. Este es el eterno problema de los diplomáticos panameños, los cuales tienen que regatear el pago de sus cuentas por los servicios que prestan a la Patria.

Muy atinadamente, el Dr. Porras le escribió en una de las notas al Secretario Alfaro, lo siguiente: ".....Ministro que ha sido Presidente de Panamá tres veces y **que no se ha cogido nunca ni un solo real del Tesoro de la República**".

Porras pidió licencia para regresar a Panamá en nota de 6 de abril de 1926. Por Resolución de 6 de mayo del mismo año, se le concedió la autorización. Salió de París el 16 de junio y el 28 de agosto presentó renuncia irrevocable de su cargo de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Francia e Inglaterra. La misma le fue aceptada mediante la Resolución No. 103 del 30 de agosto de 1926, firmada por el Presidente Rodolfo Chiari.

Mediante Decreto No. 65 de 2 de septiembre de 1931 fue nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno de Italia.

Según Decreto No. 44 de 29 de agosto de 1932 fue nombrado Delegado ad-honorem a la Asamblea General del Instituto Internacional de Agricultura celebrada en octubre de 1932 en Roma, en cuya ciudad recibe notificación del Decreto No. 64 de 24 de diciembre de 1932 que lo nombró Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante los Gobiernos de Gran Bretaña y Francia con efecto desde el 1.º de febrero de 1933.

De 1925 en adelante hasta 1940, el Dr. Belisario Porras fue Delegado de Panamá a la Conferencia sobre Circulación Internacional de Rutas, verificada en París en abril de 1926; Representante de Panamá en el Consejo de la Liga de las Naciones en enero de 1933 y Representante ad-honorem en la XIV Asamblea de la Liga de las

(22) Memoria Minirelex, 1926

Naciones, celebrada en Ginebra en septiembre de 1933; Representante ad-honorem de Panamá en la XV y XIX Asambleas de la Sociedad de las Naciones que se reunió en Ginebra en los años 1934 y 1938 respectivamente.

Su última misión quedó plasmada en el Decreto No. 58 de 19 de marzo de 1940 cuando viajó como Embajador Extraordinario en Misión Oficial a la transmisión de mando del Presidente de Costa Rica.

Algunos pensamientos del Dr. Belisario Porras:

“Los partidos en desgracia son implacables consigo mismos: Si no pueden arrancarse las entrañas, se despedazan las honras”.

“El poder es la prueba más terrible por la cual tenga que pasar un hombre que llegue a él, la ordalía más dolorosa de la cual no salen todos con el corazón ileso, cuando no con la conciencia perturbada e inquieta”.

“La envidia es la más torpe y ciega de las pasiones, y siempre se está dañando a sí misma. Quiere construir destrozando, y las ruinas que produce la van sepultando”.

“Se nos atribuye a los panameños la característica nacional de no ganar ni perder reputación, y esto es realmente triste, porque en materia de honra hay que distinguir entre quien la tiene, quien la ha perdido y quien no la ha conocido jamás”.

“MI MAYOR GLORIA, NO HA CONSISTIDO EN NO HABER CAIDO NUNCA, SINO EN HABERME LEVANTADO CADA VEZ QUE HE CAIDO”.

ALFREDO FIGUEROA NAVARRO

Apoteosis de Salsipuedes

Por el paraíso de tu espinazo desciendo
en la calurosa noche de septiembre,
catapultado por la nostalgia de unos lustros
en que privaba el griterío en tus trastiendas.
Barrio de la niñez maravillada
por tu ejército de silvestres gallinas y vituallas,
avenida de chinescas saudades y abarrotes,
estás en los recovecos de la memoria central
de quienes palpamos tu roperío de sedas
y nos extasiamos frente a tus espejos redondos,
encubridores de las rojas carnicerías y del mercado de pelícanos.
El ojo despistado del borracho que se acuesta en la acera
se confunde con aquel mirar lunático
del ave muy asustada que otea,
llevada de las patas, al revés,
el escándalo de una ciudad maldita,
polvorienta, cuabras de hindúes y chocoanos,
de solemnes billeteras que cabecean
al tiempo que labriegos, vendedores de sandías de Chitré,
trepan a la hamaca que han dispuesto
dentro del camión desencuadrado que los ha traído del monte.
Las tortugas pesadísimas colocadas boca abajo
contradicen el nerviosismo explicable

de las liebres blancuzcas con manchas carmelitas
embaladas desde Cerro Campana.
Admiremos las escamas y las colas
letales de los pargos,
muertos ojiabiertos y depositados
en inmensas urnas funerarias repletas
de cubitos de hielo, que ostentan
afuera el nombre y apellido del pescador que las atesora
hasta en el más allá del aire húmedo.
El monito que gesticula airadamente,
preso en una jaula destartada,
rasca la nariz de otro simio adormecido,
que filosofa sobre los peces de colores,
mientras las lechugas y las yucas convencionales
se apilan ante la vista del grumete,
quien pide un almuerzillo módico
a la muchacha sudada y asalariada
de la fonda, donde meretrices y donjuanes de municipio
platican de lo humano y de lo divino,
es decir, de la inflación y de la lotería,
y del señor que se murió bajando
las escaleras, ayer, de una pensión.
Billares y cantinas se van fundiendo
a la atmósfera de gaviotas y zopilotes
en el marco de un puerto alocado
por cayucos y lanchones bamboleantes.
Lejos de las cabezas de cerdos degollados
y los pavos desplumados, crecen los pabellones de Punta Paitilla,
donde, entre cuadros de Chong Neto,
una señora, esposa de industrial, bosteza, se aburre, piensa
en algún almacén de Miami,
en su apartamento alfombrado, climatizado,
lee la crónica social de los periódicos,
y se percata de los aniversarios y de las quinceañeras,
y lamenta el sensible fallecimiento del día,
jurando que nunca volverá a Salsipuedes, el cual se ha vuelto invivible,
harapiento y pestiferante.
Entretanto, sigue la bajada abrupta existiendo
en el otro confín de la ciudad.
Sus millares de gentes presurosas deambulan
hasta chocarse con el hombre aquel de los dientes cariados,
semejante a los personajes de una película de Pasolini,
media metida en un zaguán una parte del cuerpo, y enarbolando
en la mano derecha una botella vacía de ron.

Este enerva, con sus quejidos, al buhonero retráctil
que se pasa por la frente un pañuelo de cuadros
y pide que llueva pronto a San Judas Tadeo
para que la temperatura llegue a nivel clemente.

Una tal Juliana (Cuento)

Con una mezcla de desenfado y agresividad, contoneando rítmicamente el cuerpo al son de la música dulzona que emite una orquesta melancólica formada por un saxofón alto que toca un viejo negro y flaco, una trompeta soplada por un sambito con un pelo que le adorna como un sombrero la cabeza, un piano, un bajo y una batería, la **estrella** resuelve con pasos felinos el pequeño espacio del **escenario** de la **boite**. Un escote en punta deja ver el nacimiento de los senos y cuando da la vuelta enciende a los parroquianos con una espalda tersa y suave como la pulpa de un melón. Su cabellera, negra azabache, refulge con los estallidos de los **spots** de colores que revientan sobre ella a cada instante. Coge el micrófono con las dos manos y en tono sensual estremece a la audiencia:

“Aaaamado amaaaaante.....

amaaaado amaaaaante....

.....amadoooooooooaaamannte

amadoooooooooaaamannte.....”

El público, entre trago y trago, embebido por la forma en que Juliana masculla cada palabra y la suelta como una cosa mágica, aplaude y pide más, más. Juliana crece en escena, es la estrella del **show** y lo demuestra. Las luces, hábilmente manejadas, producen

su efecto y el súbito cambio de la orquesta anuncia el climax de la función, el **strip-tease** final en el cual Juliana, con un arte magistral, ofrece el mejor regalo de la noche, un cuerpo aceitunado, de suaves líneas y turgentes redondeces, del cual resbala el nylon transparente con un elocuente punto final de batería. Antes de que alguien logre salir del impacto, Juliana es una forma en el recuerdo. El piano continúa doblando acordes acompasados rítmicamente con el bajo y los mescros empiezan a recoger y reponer vasos con hielo, botellas y sodas.

Jimmy abre los ojos aún cansado y mira el reloj. Son las tres y media de la tarde y el calor lo hace sudar como un pescado cocido. De un tirón levanta la sábana y se queda en calzoncillos. Se seca el sudor del cuerpo con una punta de la sábana. Pasea la mirada lentamente primero por el techo del cuarto, y observa las manchas que las goteras han ido produciendo con los años y tras las lluvias constantes en la blaucuzca pintura que el casero puso allí hace quién sabe cuántos siglos. Sigue y distingue las paredes verde-claras, el cuadro gigante de **La Lupe** que preside la pared izquierda, sonríe un poco al recordar una actuación de la cantante en que se desbarataba con una **salsa** que no la pedía prestada a nadie. Cierra los ojos con pereza, se estira y cambia de posición. Sigue haciendo calor pero no tiene ganas de levantarse. Hace un inventario de cosas que debe ejecutar. Aprovechará el resto de la tarde para hacerlas. Antes de que anochezca. Debe apurarse.

—Jimmy, mijo, tienes dos dólares?

—Hummjú— contesta, asintiendo.

La madre entra y

—Tás muy flaco Jimmy, es ese trabajo de noche, eso no es bueno, debes conseguirte algo de día, descansa, comé a tiempo, si no te vá enfermá, mijo...

---Hummjú—dice Jimmy y se levanta definitivamente.

Su vieja es buena gente. Lo quiere. El sabe que lo quiere y se preocupa de él. Si no fuera por ella que lo levantó a costa de todo, sola, haciendo sus sacrificios, quién sabe lo que sería de él, sin porvenir, ni nada. A Jimmy le da gusto poder darle cosas a su madre, pagar la casa, cambiar los muebles, comprar las cortinas, el tocadiscos, y su vieja se siente orgullosa de él, aunque a veces se ponga pesada. Debe ser la menopausia. Dicen que eso pasa con las mujeres. Se ponen achacosas, insoportables, a veces. Su madre se pone un poco pesada solamente, pero total, él se larga a la calle y santo remedio.

Antes de que enciendan nuevamente las luces y el animador anuncie el siguiente show "con la presencia estelar de **Juliana, la reina del strip-tease**," un hombre se ha acercado al administrador y le anuncia que no podrán seguir con la función y deberán cancelar el espectáculo. Se hace un breve pánico entre el público, algunos protestan, los menos, y casi todo el mundo empieza a evadirse con disimulo. Las artistas desaparecen en sus camerinos y se establece un cuchicheo nervioso. No hay por qué preocuparse, dice el administrador. Mañana arreglaremos la situación.

Juliana se limpia el maquillaje del rostro, lentamente, con un papel suave. Luego, empieza a quitarse las pestañas postizas, una a una. Piensa con angustia en el futuro, en el día de mañana y el siguiente y el siguiente. Necesita el trabajo. Le ha costado mucho esfuerzo y mucha dedicación llegar a esa posición. Le ha costado enfermedades y disgustos y malentendidos y enemistades. Le ha costado noches y noches de interminable entrenamiento. En un costado del biombo chino que hace las veces de camerino hay un poster gigante de **La Lupe** y la observa con envidia y admiración. Tuvo suerte **La Lupe**, no cabe duda, hay quienes nacen con estrella y quienes nacen estrellados. **La Lupe** pudo. Se los clavó a todos. Tiene su estilo y se los clavó.

Juliana se siente desfallecer, de pronto. Cree que está envejeciendo. Ahora que todo empezaba a salir bien, que podía pagar la casa por lo menos, y hacer descansar un poco a la vieja. "Todo se arreglará", había dicho el administrador, muy serio, "ánimo". Pero Juliana conocía bien toda esa fraseología bonita que usaban los administradores cuando veían que el barco se iba a pique. Podía engañar a los demás, pero no a Juliana. Tenía experiencia. Conocía el ambiente. Sabía que eso terminaría mal. Y, sobre todo, tenía miedo de volver a empezar. Eso, nunca.

Jimmy con sus pantalones blancos, de polyester, sus zapatos igualmente blancos, y una camisa azul turquesa, se peinó silbando alegremente. Nadie iba a destruirle a él. Nadie, después que había llegado hasta donde había llegado. Se sentía optimista después del baño y el frescor que la colonia había esparcido por su cuerpo. Iría hasta el final. Ahora nadie iba a detenerlo. Ni siquiera la idea del homicidio sería capaz de detenerlo. Estaba dispuesto a llegar hasta el final. Ahora tenía por qué luchar, tenía qué defender, tenía un nombre, una posición, un prestigio con el que había soñado largo tiempo. Estaba en lo mejor de su vida y no lo iba a desperdiciar. Ese tipo no se saldría con la suya.

Consultó su reloj, le dió cuerda, y se lo puso en la muñeca derecha. Las seis y veinte. Tenía tiempo para ver a un par de amigos,

antes. Iría al "Anfora" y tomaría un café. Perdería un poco el tiempo. Hablaría con la gente. Eso siempre era agradable, refrescaba. "Higiene Mental", decía Isabel que era estudiante universitaria de pedagogía. Ella sabía por qué lo decía. Sí, hacía mucho bien conversar con la gente, ver otras caras, reír, chismear, comentar los últimos acontecimientos, ver qué traía el periódico de la tarde y las columnas de "chismes" y sobre todo, la cartelera cinematográfica y los cambios que se producían en los **shows** de las **boites**. Sí. Iría al "Anfora". Terminó de peinarse y tiró la peinilla sobre la mesa de noche. Pasó una última mirada alrededor de la habitación; sintió un poco de vergüenza por el desorden que siempre dejaba al salir, desorden que él sabía que su madre repararía con paciencia infinita, con cariño, y con esa admiración profunda que sentía por su hijo, por su **cachorro** como recordaba haberle oído decir tantas veces en su infancia, especialmente cuando, compungida, quería que le dispensara el complejo de culpabilidad después de haberle propinado algún castigo corporal con la vieja correa de plástico negro que guardaba colgada de un clavo detrás de la puerta del excusado.

Juliana apretó los dientes y cerró los ojos en un intento de concentrarse. Se relajó, lentamente, como hacía siempre antes de cada función. Ahora no se trataba de una actuación más. Tenía que pensarlo detenidamente, medir cada detalle, cada posibilidad. Tenía que estar decidida y luego afrontar para siempre una situación muy distinta a la que había sido su vida hasta el día de hoy. No podía darse el lujo de empezar todo nuevamente, desde abajo, "**desde la lama**", como había oído decir tantas veces en el local. Sonrió al evocar el rostro redondo y frívolo de su madre. Ella estaba contenta ahora. Al fin tenía un desahogo, podía ahora darse ciertos lujitos, y la vieja no tenía que matarse sudando la gota gorda como hizo durante tantos años, durante su infancia.

Juliana se movió bruscamente. Estaba decidida. Empezó a arreglarse con manos seguras, sin ningún nerviosismo. Puso una capa de crema blanca sobre su rostro. Dejó que se secara. Luego lo cubrió con **make-up "natural"** y su rostro adquirió una viveza extraordinaria. Colocó sombra alrededor de los ojos y el brillo resplandeció en el espejo que devolvió su figura espléndida. Luego adhirió las pestañas postizas y se calzó la peluca que permanecía a la espera sobre un maniquí en el tocador. Lentamente se incorporó y eligió un vestido color **fresa salvaje** y se lo echó encima. El traje hizo resaltar la esbeltez de su cuerpo. Se miró al espejo y quedó satisfecha. Seguía siendo la **estrella**, la mejor, la única. Nadie osaría usurparle su sitio. Nadie tenía derecho a desbaratar de un pequeño y cínico golpe un porvenir que había logrado con tanto trabajo, con tanta pasión, con cada una

de las gotas de sudor que noche a noche arrancaba a su cuerpo y a su actuación. Tomó el bolso y con ambas manos se cercioró de que todo estaba en orden. Salió, altiva, y sonrió serenamente al administrador.

—Regreso temprano para el primer show —dijo, y el hombre no entendió.

Jimmy regresó temprano y sudoroso. Más sudoroso que nunca. No encendió la luz, y en la penumbra, cuando sus ojos se hubieron acostumbrado, recorrió la habitación y divisó a la madre durmiendo plácidamente, de medio lado, como siempre. Y, como siempre, también el radio transistor funcionando, emitiendo un débil sonido porque su madre todas las noches, ponía ese programa que tanto le gustaba “**Música y Poesía**” donde entre poesía y poesía tocaban boleros de la vieja guardia que le traían recuerdos sentimentales. Jimmy comprendía y sentía cierta divertida compasión por su madre. Apagó el radio como siempre y sin encender la luz abrió el armario. Buscó con sus manos conocedoras un par de vestidos, palpándolos, sintiéndolos, eligiéndolos al tacto. Cogió también un par de zapatos que al sacarlos y colocarlos sobre los vestidos relucieron levemente. Hizo un envoltorio con otro vestido de gasas transparentes que traía en una bolsa y lo guardó. Cerró el armario y con los vestidos colgados de la percha, luego de dar un vistazo a su alrededor, salió rápidamente.

Cuando despertó al día siguiente, a las tres y media de la tarde, sudando como un pescado cocido, se quitó la sábana y se limpió ágilmente con una punta. Lentamente fue reconociendo el cuarto, primero el cielo raso con sus manchas amarillas de las lluvias acumuladas allí por años y años, luego las paredes verde-claras y fijó por último la vista en el retrato de **La Lupe** con sus brazos abiertos como dándolo todo. Se estiró con pereza. Los ruidos de voces del vecindario fueron enronqueciendo la habitación, creciendo, creciendo hasta despertarlo definitivamente. Se levantó. Oyó a su madre trajinando en la cocina. Se secó el cuerpo desnudo, cubierto como siempre con sus calzoncillos blancos. Hizo alegremente unos minutos de ejercicio antes de bañarse y cuando atravesó la cocina, vio a su madre limpiando aún cosas del mediodía.

—Prepárate vieja, nos vamos de aquí. Para siempre.

Su madre no dijo nada. Sabía por el tono de su voz que no había nada que decir. Cuando su hijo tenía ese tono en la voz era que todo estaba hecho ya. Y se alegró. En su fuero íntimo se alegró porque siempre había estado esperando ese momento en que Jimmy le dije-

ra “nos vamos de aquí”, y empezó a sentir una cosa que sonaba dentro de ella, y ni siquiera se acordó de decirle a Jimmy del escándalo que había en el vecindario porque la noche anterior un “travestista” del “**Royal Palace**”, había asesinado, según decían, a un policía que quería extorsionar a los artistas cobrando una comisión por “permitir” el show.

El Ensayo como Arte

Miguel de Montaigne, en las últimas décadas del siglo XVI, en la soledad de la habitación de un castillo maltrecho, interrogaba la realidad, la sociedad de su tiempo y el destino del hombre; elaboró por encima del orden ideológico establecido, la opinión individual como fundamento del saber, que creó posteriormente la mentalidad del hombre moderno; interrogó al universo: "¿Qué sé yo?"; elaboró sus opiniones en base a la erudición humanista, las sintetizó, luego de una reflexión general (filosófica) y redactó en forma amena sus opiniones personales sobre las zonas dudosas de los órdenes del saber de su tiempo y las tituló "essais" (ensayos). Corría el año 1580; diecisiete años más tarde (1597), Francis Bacon publicaba diez escritos titulados "Essays" en Inglaterra; luego en 1612 agregaba veintinueve más a la segunda edición y, en 1625, otros diecinueve ensayos, para hacer un total de cincuenta y ocho. Así se fortalece una mentalidad democrática y se crean las bases del género que la sustenta.

La obra de Bacon resume su ardorosa labor filosófica para sustituir los principios ideológicos del escolasticismo aristotélico, al que intentó superar en su "**Instauratio magna**" y posteriormente en el "**Novum organum**" que exponía un nuevo método de razonamiento inductivo mediante la observación minuciosa que sustituyera el **método deductivo**, basado en la abstracción y en las autoridades antiguas; Bacon pretendía suplantar las deducciones desde el dogma,

para que desde lo inductivo, o sea de lo particular, se llegara a lo general, a lo filosófico. Para hacerlo, Bacon debía pasar por la observación minuciosa de la realidad y para ello crea **el método de conocimiento científico**, donde la inducción debía completarse con la reflexión metódica y la experimentación. La síntesis de la obra filosófica de Bacon se expresa en sus cincuenta y ocho ensayos. En esta compleja actividad ideológica del Renacimiento se dan las características modernas del género literario conocido como "ensayo", el cual ya venía incubándose desde Oriente en las reflexiones de Confucio o su discípulo Mencio, en las Sentencias de Laotsé; en la Biblia: Proverbios, Sabidurías, Eclesiastes; en Grecia con las narraciones, opiniones e historias de Herodoto de Halicarnaso; en la **Poética** de Aristóteles, **Diálogos** de Platón; en Roma en las **Vidas Paralelas** de Plutarco; los **Tratados Morales** de Séneca, las **Instituciones oratorias** de Quintiliano, las **Meditaciones** y **Soliloquios** de Marco Aurelio o en la maestría de **El arte de amar** de Ovidio; en la Edad Media en las **Confesiones** de San Agustín y en la **Consolación de la filosofía** de Severino Boecio.

En el Renacimiento, las obras de Maquiavelo **El Príncipe** y **La mandrágora**, **El Elogio de la locura** de Erasmo de Rotterdam; todos ellos constituyen el antecedente de la creación renacentista de Montaigne y Bacon, que dan origen al género literario conocido modernamente como **ensayo**, siendo éste el producto de una época, un estado de conciencia que planteó la antítesis con los dogmas, convirtiéndose en una necesidad social y cultural basada en la libertad de pensamiento y de expresión y en un amplio sentido democrático.

La expresión **ensayo**, en español, conlleva la idea de tentativa, de intento, búsqueda previa no definitiva, de aventura intelectual imperfecta, posibilidades para llegar a un fin o un conocimiento. Estas connotaciones en nuestro idioma no se aproximan al concepto contemporáneo de ensayo. En cambio, el concepto en alemán **versuch** o el italiano **saggio** se aproximan más al género contemporáneo. En alemán **versuch**, sustantivo de **suchen**, significa más que prueba, tentativa, **indagación reflexiva en pos de un descubrimiento**.

La etimología alemana está más acorde con el concepto del género contemporáneo porque el ensayo pretende descubrir nuevos caminos para encontrar verdades; **aspectos de la realidad no previstos antes**, en el ámbito del hombre, la naturaleza, la cultura o la ciencia a través de un esfuerzo de reflexión y análisis. El término italiano, además de lo anterior introduce la nota de sabiduría, conocimiento e información común al ensayo que requiere dominio del tema y arte para desarrollarlo.

La etimología francesa supone una concepción libre y artística de tratamiento subjetivo; sin embargo definir el concepto implica algo más que una cuestión nominalista, ya que el género engloba casi todos estos niveles de significación etimológica.

El ensayo, por su propia naturaleza, es un género versátil, cuyos perfiles aparecen casi siempre imprecisos por su naturaleza ambigua. Es un género literario fronterizo entre la literatura de creación y la literatura de ideas. Su condición, como afirma Mariano Picón Salas, "parece conciliar la poesía y la filosofía y tiende un extraño puente entre el mundo de las imágenes y los conceptos".

El ensayo, príncipe de la reflexión ideológica, tiene una condición de servidumbre, una condición **ancilar** como lo ha definido Alfonso Reyes, porque presta un "servicio temático, sea poético o semántico, entre las distintas disciplinas del espíritu".

El ensayo es, pues, de carácter **interdisciplinario**. Intercambia diversos niveles de prosa (expositiva, narrativa, discursiva) y logra poner a la literatura al servicio de otras disciplinas del pensamiento. Por ello, es un género híbrido, hermafrodita, que fluctúa entre la lógica didáctica en la exposición de las ideas y su libertad de asociación; entre la expresión de una subjetividad y la densidad metafórica de su lenguaje, constituyendo estos elementos el nivel artístico literario del género.

El ensayo define la razón de ser dentro de la prosa, es decir, dentro de un lenguaje, cuyo contexto no es lo poético (la creación, la ficción) sino la prosa lógica y discursiva alrededor de la cual gira el elemento poético: sobre el lomo de las ideas, lo ingenioso, lo retórico, la satírico, lo humorístico, lo poético contribuyen al impacto emocional y psicológico que debe acompañar a la verdad encontrada, a la afirmación nueva, a la revelación que se desentraña de la profundidad del ser, de la totalidad de un fenómeno del cual se ha identificado su esencia y esa esencia constituye la naturaleza temática del ensayo.

El ensayo es en su naturaleza, un resquicio ideológico por donde podemos atisbar el universo, la totalidad del ser, reflexionar sobre él sin agotarlo ni pretender petrificarlo con el dogmatismo de nuestra mirada de sal. Ante el universo, del cual debemos pretender lo esencial, el ensayista presenta su testimonio personal y provisional, una **interpretación** predominantemente **privativa, subjetiva**, donde no son necesarios los detalles, las **referencias exactas**, ni el dato que sustenta la opinión. Ello da paso a la subjetividad del género y a la flexibilidad de la forma y extensión, pero la subjetividad del ensayo no es superficial, **sino profunda, fundamental y verdadera**.

El ensayo es "la ciencia menos la prueba explícita" afirma Ortega y Gasset y de esa contradicción surge el misterio y la magia del ensayo: profundidad filosófica dentro de la brevedad, verdad dentro de la subjetividad, generalidad dentro de la particularidad. De tal manera el ensayo enriquece y abre perspectivas sobre un tema conocido u olvidado, trazando una parábola a la generalidad, a la totalidad de una disciplina determinada o sobre la condición humana luego de reconciliar lo poético y lo filosófico, luego de crear un discurso de imágenes, de ideas representadas, donde la lógica se afianza con la estética.

El ensayo tiene una dimensión lógica en cuanto se define como una sustentación teórica o una argumentación doctrinal no ficticia, que pretende la verdad y la sustentación de una idea nueva y una actitud literaria en cuanto al sentido del lenguaje, su utilización al máximo del artificio y su explotación de todos los niveles de su ambigüedad y connotatividad y su libertad creativa en cuanto a la libertad asociativa del tema y la subjetividad de su desarrollo de tal manera que el ensayo es un género que posee la actitud ficticia y simbólica de la naturaleza poética y la actitud lógica y discursiva que está fuera de la literatura.

El ensayo, en su extensión, es breve, sustancial y riguroso. La eficacia del ensayo se fundamenta en la investigación, en "la ciencia", pero **obvía y suprime la prueba explícita, datos, citas, investigaciones, bibliografías, fuentes, referencias, etc.**; es la síntesis sin la tesis, sin embargo éstas deben existir en el trabajo previo del ensayista porque nutren y sustentan el ensayo y van implícitas en la profundidad de los planteamientos.

En el ensayo, los elementos narrativos, poéticos, etc., están en función del desarrollo de las ideas, del discurso ideológico alrededor de un tema, el cual en su argumentación que sustenta una revelación que desentraña un elemento particular a la vez central del tema tratado. A este nivel el ensayo establece una diferencia con la tesis, la monografía, el tratado y el artículo. La tesis se elabora sustentada en un aparato de citas y capítulos que al final señalan una tesis que amplía una visión de un fenómeno determinado, sin tener un nivel de generalización; la monografía analiza, no la totalidad, sino un elemento particular de la totalidad sin que éste sea o no de importancia con respecto a sus relaciones en el contexto del tema; y el tratado es una relación gigantesca de los conocimientos existentes sobre un área determinada del saber humano. El artículo, de carácter superficial, se reduce a la descripción particular; en cambio el ensayo busca lo nuevo, **una perspectiva desconocida y central de un fenómeno**, el cual descubrimos sólo al conocer la

totalidad, la generalidad del mismo, que reconstruimos desde un nivel particular. Sólo entonces podemos intuir cuál es el principio central del tema y éste constituye el asunto tratado por el ensayista. De tal manera que el ensayo exige una elaboración ideológica; un nivel del ejercicio intelectual que no tiene nada de superficial, ni tiene nada que ver con la argumentación caprichosa y "subjetiva", ni nada que ver con un pensamiento sin base, sin ciencia y sin el planteamiento de una perspectiva y una verdad nueva.

El ensayo es, pues, un género artístico que reafirma los lazos afectivos del hombre con la naturaleza y el misterio a través del lenguaje.

Aspectos de Creación en la Novelística Centroamericana

I. INTRODUCCION

Cuando un novelista opta por entablar un diálogo con el lector en torno a las intimidades de su oficio, en la mayoría de los casos, desea llevar a cabo una íntima confesión de sus problemas y quehaceres, no tanto imponerse a través de una disertación de índole académica que incluya títulos, fechas y nombres de autores que hayan signado su hora de creación; menos aún, realizar un estudio alambicado de los recursos estilísticos empleados durante la concepción y escritura de su obra u obras literarias. El sabe que esto corresponde al campo de los críticos, aunque en la mayoría de los casos, si es sincero, siente por aquéllos un respeto minuciosamente cultivado, ¿y por qué no confesarlo?, una pasión tal vez correspondida. Sea como fuere, lo cierto es que tal como lo dijo el insigne poeta T. S. Eliot, en su hora, "crear implica en todo momento tamizar, combinar, corregir, ensayar, de modo que la autocritica puede considerarse tal vez como la categoría más elevada de la crítica". Y en nuestro caso, en particular, debemos admitir que durante más de tres lustros no hemos hecho prácticamente otra cosa que meternos, a diario, a bucear bajo la piel de autores de diversas zonas y regiones y, así, desmenuzándolos en la mesa de trabajo y amándolos, de paso, hemos aprendido casi todo lo que hoy sabemos acerca del por qué, sobre qué y cómo de esta endemoniada ocupación que resulta la elaboración del texto literario.

Valga esto, pues, para afirmar que cuando nos impusimos la tarea de dejar un testimonio sobre el oficio del novelista en Centroamérica, correcta o incorrectamente partimos de la premisa de que acaso lo más importante fuera penetrar hasta lo profundo para descubrir, ante los ojos del lector, los aspectos propios del quehacer literario. O sea, hablar sobre los múltiples y espinosos embates que todo aquel que cultiva este género tiene que librar cada vez que se interna en ese desierto que significa la página en blanco, donde el escritor, tal como nos confesara Ernesto Sábato, "debe dar en una obra finita una realidad que es fatalmente infinita".

II. ASPECTOS DE CREACION

Ahora, si intentamos dar un orden a este diálogo, se nos ocurre que, tal vez, sería prudente partir de las preguntas **cuándo** y **cómo** se inicia la vocación del novelista. Este, hemos observado, es el cuestionario constante, el que nunca falla en boca de entrevistadores creyendo, quizá (y no deja de haber alguna verdad en ello), que con las respuestas se puede penetrar hasta el centro mismo, al mediodía, digamos, del por qué de la afición del literato.

Ahora bien, un auténtico novelista —señalémoslo de una vez—, es aquel que escribe para explorar el **ser** y **estar planetario**, la condición ontológica del hombre; empresa ésta que —casi huelga decirlo—, ni sirve de pasatiempo, ni es tampoco un juego agradable(1). De ahí pues, que la inclinación hacia esta profesión se inicie, no cuando surge en el hombre la tentación adolescente de juntar palabras hermosas, ni menos aún, cuando en un exceso de vanidad o egolatría, él se ve precisado a expresar su ingenio describiendo intrigas superficiales. No. Esta se va dando, más bien, durante un largo y moroso proceso; o sea, a medida que el novelista en ciernes va penetrando y, de paso, apasionándose por descubrir para, luego, plasmar y recrear, a través de la palabra, la complicada problemática del ser humano. En suma, podríamos decir que la vocación hacia este oficio se sella en el momento mismo cuando se llega a la conclusión de que no hay nada, absolutamente nada que le entusiasme más a este ser que rastrear, reconocer, describir y trastocar, tal vez, la oscura, lenta y misteriosa faena del hombre históricamente colocado en la sociedad con otros hombres. De este instante, de este afán de descubrimiento y recreación en adelante, si el escritor es lo suficientemente fanático, apasionado o terco como para dedicar su vida entera a esta tarea, a sabiendas de que habrá de toparse con un sinnúmero de obstáculos y con-

1. Ernesto Sábato, *El escritor y sus fantasmas* (Buenos Aires: Aguilar Argentina, 4ta. edición, 1971), p. 260.

tratiempos, entonces, quizá, entonces, él habrá arribado al primer estadio de lanzamiento de una profesión que no conoce treguas, ni tampoco límites.

El novelista, tal como podemos ver, **no nace**, pues, sino que se **hace** observando en todo momento, leyendo mucho y selectivamente, escribiendo a diario y no permitiendo que nada ni nadie lo distraiga de esa necesidad obsesiva de testimoniar su drama, su desdicha, su soledad que, si es auténtica, trascenderá las fronteras de una expresión personal cobrando, inevitablemente, vigencia universal. Sin embargo, esta exploración profunda de las simas del corazón humano, unido a la preocupación constante por lograr una identidad que le permita difundirse en la historia como único e irremplazable, resulta una tarea agobiante para el escritor, ya que exige de él un grado vertical de concentración, unido a una habilidad bien cultivada para reconocer y usurpar, de paso, lo esencial de la realidad que lo rodea, sin que por eso caiga en la tentación de dejarse atrapar por lo folklórico que, en vez de enriquecerlo, lo limitará.

Ahora bien, es preciso subrayar que el novelista centroamericano irrumpe, de hecho, a circunstancias nefastas, si se quiere, para el oficio, tales como son una tradición cultural muy limitada y una carencia casi absoluta de libertad expresiva. Esto se traduce, por supuesto, en un aislamiento que da pie a la creación de una literatura excesivamente localista dentro del contexto planetario, así como también, al fomento, como ha dicho Vargas Llosa, de "la improvisación, la indisciplina mental, la estúpida arrogancia que da la semi-cultura, la chabacanería y el espíritu provinciano" (2). Para vencer estos obstáculos, no es raro, por eso, que el intelectual de esta región recurra al exilio voluntario o involuntario, marchándose, así, a países que guardan poca o ninguna relación con su ser y estar cultural o que, en un acto de desesperación, encauce sus lecturas y escrituras hacia una literatura de evasión, desvinculándose más y más, de aquello que lo define: lo que Hegel llamó "su realidad efectiva", "su ser en sí", "su modo ontológico esencial".

De una forma u otra, lo cierto es que el cuadro resulta poco alentador: O el autor se localiza, al punto de que su literatura tenga poco valor allende de su suelo patrio; o se frivoliza, escribiendo literatura de evasión; o, por último, se extranjeriza dando pie a un tipo de esnobismo, a una falta de compromiso consigo mismo y, por

2. Mario Vargas Llosa, García Márquez: *Historia de un deicidio* (Barcelona-Caracas: Monte Avila Editores, C.A., 1971), p. 208.

ende, con su historia y tiempo. Cómo vencer estos impedimentos ha sido y sigue siendo, sin duda, el problema básico que todo escritor del área tiene que franquear si es que aspira a que su obra sea el reflejo de una auténtica preocupación por dar con un testimonio fiel de su identidad personal y nacional que, a su vez, sea lo que le permita trascender hasta alcanzar una repercusión universal.

Hace unos años, el 27 de agosto de 1977 para ser precisos, **La Prensa Literaria Centroamericana**, publicación dirigida por ese gran nicaragüense que es Pablo Antonio Cuadra, realizó una encuesta entre cinco narradores del área, profesionales todos del oficio, que han logrado cierto compromiso con su realidad temporal, histórica, geográfica, ontológica y estética. La razón del interrogatorio era averiguar cuáles eran los autores y libros que estos representantes de la nueva narrativa centroamericana consideraban como característicos de la novelística del siglo XX. Tal como era de esperarse, la indagación arrojó valiosas luces sobre factores que, aunque conocidos, pasan generalmente inadvertidos cuando se realiza un rápido análisis de las circunstancias. A saber:

a) que los autores seleccionados por la mayoría fueron Proust, Joyce, Faulkner, Mann, Camus, Hemingway, Kafka, García Márquez, Rulfo y Guimarães Rosa. O sea, cinco europeos; dos norteamericanos y tres latinoamericanos.

b) que la tradición cultural centroamericana resultó, aparentemente, ausente y, por ende, carente, si se quiere, de toda influencia dentro del contexto general de la encuesta;

c) que, si los escritores elegidos para el interrogatorio se caracterizan por la autenticidad de su labor creativa, por su rechazo aparente a todo esnobismo extranjerizante, era evidente, pues, que lo regional había servido para ellos como base o punto de partida para ir más adelante, vitalizando o renovando las estructuras ideológicas y lingüísticas de su **estar local**, fortaleciendo, también, "su ser en sí, su modo ontológico esencial".

Asimismo, siguiendo este método de pensamiento, la mencionada encuesta puso en evidencia que, si bien la falta de tradición cultural resultaba un factor limitante —el obstáculo, diríamos, por antonomasia en el área centroamericana—, también era cierto que una vez que el escritor de esta región ha logrado consolidar su conciencia de lo nacional como para deslindar aquello que lo une y lo separa del panorama universal, entonces da con una escritura que concilia extremos y que, tal como apunta Miguel Donoso Pareja, es

un balance del ser y estar planetario, vinculada a la realidad. . . profundamente enraizada en ella (3).

Llegar al equilibrio mencionado por el crítico y novelista ecuatoriano resulta, sin embargo, difícil faena, sobre todo si tomamos en cuenta ese otro impedimento que surge como constante en la historia centroamericana. Nos referimos a la falta de libertad de expresión.

No es secreto de nadie que esta región, desde tiempo inmemorial, ha sido gobernada, en su mayoría, por regímenes dictatoriales que prohíben, por su condición misma, el comercio articulado de ideas. Esta censura constante produce, como ha señalado recientemente Juan Goytisolo, un verdadero genocidio moral (4). Cuando un pueblo se ve precisado a vivir, día a día, con una situación que exige silencio y disimulo, se da, entonces, ya el abandono suicida a los principios; ya, la resignación castradora; ya, la actitud cínica y desengañada (5). No es extraño, en tal caso, que la producción literaria se vea intrínsecamente afectada en lo que concierne a la calidad misma de la creación, sobre todo tomando en cuenta que es imposible esperar que en un pueblo cercado y atrapado por el odio y el pánico florezca el difícil ejercicio del pensamiento debidamente estructurado. Más aún, para volver sobre las palabras del autor de *Señas de identidad*, hay algo todavía más grave que surge como derivado de un régimen que se mantiene en el poder a base de listas negras y consignas de silencio de los diarios, la radio y televisión, las editoras, etc. Nos referimos a la autocensura:

Un sistema de autocensura y atrofia espiritual —nos dice el novelista español— (condena a un pueblo) al arte sinuoso de escribir y leer entre líneas, a tener siempre presente la existencia de un censor investido de la monstruosa facultad de mutilar(nos). La libertad de expresión no es algo que se adquiere fácilmente. Por experiencia sé que me fueron precisos grandes esfuerzos para eliminar de mi fuero interior un huésped inoportuno: el policía que se había colocado dentro sin que aparentemente nadie le hubiera invitado a ello. Probablemente el día que periodistas y escritores se sienten a escribir desembarazados del peso de este Super-Ego, experimentarán ese mismo temor que me sobrecogió a mí ante el vértigo que se abre a los pies de uno, el poder decir sin rodeos lo que uno piensa. Lucha no exterior sino interna contra el modelo de censura intrínseca, de censura incluida en el "mecanismo del alma", según la conocida expresión de Freud (6).

3. Miguel Donoso Pareja, *Prosa joven de América Hispana*, II (México: Secretaría de Educación Pública, 1972), P. 14.
4. Juan Goytisolo, "In Memoriam: F.F.B." (Managua: *La Prensa Literaria Centroamericana*, Vol. 11, No. 12, 1era. época), p. 12.
5. *Ibíd.*
6. Goytisolo, *Op. cit.*, p. 12.

La liberación, así, pues, cuando se da en nuestros países (si es que se da), resulta siempre un fenómeno tardío y a medias, debido al hecho de que, en la mayoría de los casos, los pueblos nos hemos hecho ya a una trágica tradición de marginalidad, dependencia mental o silencio que opera en un plano doble, afectando al ciudadano y al escritor al impedirle, al uno, la práctica de derechos morales y sociales y, al otro, el reconocimiento de su profesión y obra. Y es que la toma de conciencia de una actitud crítica supone, en efecto, la realidad del ejercicio constante de una presencia constitucional democrática. De ahí, pues, que poco o nada nos queda por esperar a nosotros los centroamericanos, conscientes en la mayoría de que aquí no existe inmunidad alguna para aquel que intente revelar la situación política, social y cultural en que vegetan nuestros países.

Valga como excepción a la regla de lo que hasta ahora venimos desarrollando, el caso concreto de Miguel Angel Asturias, único novelista del área que ha logrado traspasar la barrera de silencio donde comúnmente quedamos atrapados los escritores de esta región. El literato guatemalteco —lo sabemos— para librarse de las cadenas opresoras de los regímenes dictatoriales de su país, se vio precisado a pagar el duro precio del exilio, logrando sin embargo, obviar los vicios usuales a esa situación desventajosa. Estudioso, como pocos, de las fuentes universales de la cultura, y, como sociólogo, conocedor profundo de la historia y tradiciones indígenas de su país, Asturias logró dar con una temática, escritura y forma que, conjuntamente, superaron el folklorismo, el pensamiento y orden localista e irresponsable, realizando, así, una obra bien amalgamada y, por ende, única e irremplazable en su especie. Señor Presidente y Hombres de Maíz tendrán siempre vigencia porque a través de éstas se capta la presencia de un hombre libre que sobrepasó los límites del folletín pintoresco, plasmando, a su vez, a través de una visión integradora —visión mítica—, aquello que es común a todos los seres humanos: el drama de su transitoriedad, del obligado fin al que estamos sometidos y los sentimientos y pasiones que esto suscita: la mezquindad, la soledad, el desengaño, el deseo de poder, el terror a la muerte, la rebeldía ante el absurdo de la existencia y el anhelo de lo absoluto y de eternidad. Hay, como vemos, pues, en Asturias un auténtico compromiso con su región y con el hombre. Y es precisamente en este empeño, donde el guatemalteco supera al escritor bárbaro, tan común en estas latitudes: ése que por las razones ya expuestas cae, con frecuencia en la trágica tentación de “descubrir a cada rato la pólvora”. O sea, a no ser más que un objeto políticamente dirigido, una caricatura que ciegamente obedece consignas, un ventrílocuo de ideas y formas heterogéneas, no integradas a las

experiencias personales, culturales e históricas que debe ser lo que ha de nutrir a esta profesión (7).

Poco antes de que falleciera Miguel Angel Asturias, la periodista Rita Guibert tuvo la oportunidad de recoger palabras suyas, tanto valiosas como categóricas, referente al tema de la responsabilidad literaria:

Yo entiendo por literatura comprometida —dijo, entonces, Asturias— aquella literatura responsable que responde a las necesidades de un pueblo, que es la voz de ese pueblo y que al mismo tiempo se convierte en puente para poder llevar a otros espíritus, a otros hombres, el eco de las necesidades, de los sufrimientos y también de las alegrías de su país, a efecto de que puedan tener una repercusión universal. En la literatura latinoamericana (se debe entender) por literatura comprometida aquella que se ha hecho siempre responsable a los grandes acontecimientos de nuestros países y también de las necesidades, de las situaciones difíciles de opresión, de tiranía, de sufrimiento, de la falta de medios de vida, de hambre, de falta de tierra, etc. . . (8).

No cabe duda que hablar sobre el tema de la literatura comprometida, entendida ésta como literatura responsable y, no, a la manera sartreana, que implica la presencia de un escritor teórico, nutrido sólo de razón y pluma, podría ser asunto exclusivo para otro coloquio. Sin embargo, en esta ocasión, resulta imprescindible plantearlo, así sea sólo de paso, ya que éste se halla íntimamente ligado a los aspectos de creación a que nos venimos refiriendo. Diríamos, incluso, sin temor a equivocarnos, que es precisamente en esta garantía de responsabilidad, donde debe descansar la génesis de toda obra de creación. Si no existe un compromiso sincero con la realidad vital y social del hombre, si no hay el coraje de ser auténtico, como dijera Angel Rama (9), el resultado es una obra que exuda mentiras, falsificaciones palabreras, retóricas populistas; en suma, es una creación viciada por la inautenticidad, el folklorismo, el mimetismo y demás artificios.

La creación de una obra literaria, como vemos, a su vez, da una correspondencia vertical con la esencia misma del escritor. De ahí, pues, que la selección de tema, estructura y lenguaje de una novela, no se dé, en ningún momento, por generación espontánea, ni tampoco en compartimientos separados, sino en forma unísona, reuniendo, simultáneamente, aspectos, de suyo, concomitantes. Es un grave

7. Vargas Llosa, *Op. cit.*, p. 208.

8. Rita Guibert, *Siete voces* (México: Organización Editorial Novaro, S.A., 1974), p. 167.

9. Angel Rama, "Origen de un novelista y de una generación literaria", estudio que acompaña a la edición de *El pozo y Para una tumba sin nombre* de Juan C. Onetti (Buenos Aires: Editorial Calicanto, 1977), p. 134.

error, por lo tanto, hablar, como lo ha hecho Carlos Fuentes, de una literatura en exclusiva función del lenguaje (10). Desbarrar hasta el vicio de nombrar y volver a nombrar una suma de hechos fríos y aislados de la substantividad del hombre, es un acto de soberbia que se paga con el duro precio del ostracismo y el olvido. El escritor responsable jamás soslayará la vinculación umbilical con su realidad personal, nacional e histórica y su obra será, en cada momento, reflejo de ese coraje de mirar hacia adentro y de toparse con toda la magia y drama que dicha exploración acarrea.

No quisiéramos concluir estas palabras, sin aludir a un factor característico de la creación literaria en Centroamérica. Ya hemos dicho que la literatura de ficción latinoamericana trascenderá sólo cuando sea fiel expresión de una originalidad personal. Esta originalidad, sin embargo, que va de lo particular a lo universal surge —como ya hemos apuntado— del medio, del ámbito histórico y económico-social donde se mueve el escritor (11). Es interesante observar no obstante, cómo la novela, por ser un género que exige un trabajo más continuado y una relativa tranquilidad profesional, no se da con frecuencia en las repúblicas centroamericanas. Aquí, es usual que se cultiven con ahínco la poesía y el cuento. Este último resulta una forma narrativa más rápida y, por consecuencia, más cónsona con nuestra realidad inmediata.

El novelista, huelga casi repetirlo, tiene que ser un profesional a tiempo completo: aquél que se entrega total y exclusivamente a su oficio. En esta región geográfica no existen, sin embargo, las condiciones económicas favorables, la situación política propicia, ni tampoco las editoriales solventes que permitan la libertad de creación, la esclavitud absoluta a la tarea que exige la escritura de algo tan reclamante como es la concepción y creación de un mundo novelesco. Aquí, como les ocurrió a muchos autores latinoamericanos de los años treinta (y parafraseando a García Márquez en el asunto), el novelista es casi siempre un abogado, arquitecto, comerciante, médico o burócrata que escribe los domingos o cuando está desocupado y le sucede una cosa que él cree que podría dar pie a un relato interesante. El escribe, así, para contar un cuento y motivado por una afición semejante, tal vez, a jugar al golf, dedicarse a la jardinería o, posiblemente, a los trabajos manuales. Ahora, si se trata de un auténtico creador, aquél que va a la escritura empujado por una necesidad visceral, entonces él se verá forzado a ir a su labor cansa-

10. Carlos Fuentes, *La nueva novela hispanoamericana* (México: Cuadernos de Joaquín Martiz, 1969), pp. 17-18.

11. Donoso Pareja, *Op cit.*, p. 18.

do; es decir, después de haber trabajado todo un día en otra cosa para ganarse el pan y, un hombre cansado, lo sabemos, de sobra, no es verdad que rinda para mucho (12).

III. CONCLUSION

Si intentamos resumir lo que hasta ahora hemos dicho, podríamos apuntar, tal vez, que la novela es válida en la medida en que es libre, auténtica y se ofrece, por consecuencia, como cifra de una conciencia, donde lo humano —en su aspecto social, histórico, político y nacional— es el centro de sus preocupaciones y sabe hablar, así, parejamente, a la cabeza que ordena la mano y al corazón que apunala la energía.

El novelista centroamericano debiera empezar ya a marchar con paso recio en una sociedad que exige su presencia —no como un lujo, tal como han sugerido muchos ciegamente, dejándose ofuscar por las condiciones precarias de nuestra realidad inmediata—, sino como testigo y vocero de la injusticia histórica que representa nuestro atraso y nuestra sumisión. El narrador, pues, es el llamado a denunciar los vicios colonialistas que nos corroen, así como también a nombrar con palabras autóctonas una nueva ordenación social que sea expresión de la voluntad legítima del centroamericano de ser dueño y señor de la tierra que pisa: Jamás, ficha de confrontación, menos aún, lacayo de Este u Oeste.

Digámoslo de una vez: Un pueblo sin novelistas es un pueblo sin conciencia y sin testimonio de denuncia. Más aún, lo que en un principio parece darse exclusivamente en lo literario, al cabo de un tiempo, si es legítimo, se vuelve tradición social, cultural y política, enriquecida, a su vez, por una sabiduría conquistada, ya, dentro y más allá también de nuestras propias fronteras.

Ahora bien, la presencia de este gran inquisidor de la injusticia, de este portavoz de lo condenable y negado que incorpora a su discurso la imaginación, la magia y la utopía y que abre caminos a una concepción permeable y, por ende, proteica y vital del mundo, no se da gratuitamente, menos aún, descalificándosele, tajantemente, como ha señalado certeramente Sergio Ramírez, al encerrársele “en el mísero cuartito del fondo como las familias pudientes a los tísicos y lunáticos” (13).

12. Gabriel García Márquez-Mario Vargas Llosa, *La novela en América Latina: Diálogo* (Lima: Carlos Milla Batres/ Ediciones Universidad Nacional de Ingeniería, 1968), p. 29.

13. Sergio Ramírez, *6 falsos golpes mortales contra la literatura centroamericana* (Guatemala: Alero, No. 12, tercera época), p. 86.

De ahí, pues, que si los elementos primordiales de formación y trabajo del narrador son —además de una sólida tradición cultural y un ambiente abierto a la libertad expresiva—, la observación constante, la lectura abundante y bien dirigida y la escritura diaria, es nuestra responsabilidad fomentar en Centroamérica las condiciones propicias para inaugurar los debidos canales de creación y expresión. Démosle, así, al novelista, tal como sugiriera aquella extraordinaria mujer, Virginia Woolf, desde Inglaterra, su habitación propia (14); pongámoslo en contacto con el mundo libre a través de bien surtidas bibliotecas para que leyendo despierte bruscamente a la necesidad de formarse una conciencia particular y universal de lo que significa la validez humana; ofrezcámosle el estímulo económico— el tiempo y las editoriales adecuadas— y todo esto redundará, no en el ocio, sino en la promoción del constante ejercicio y transformación del pensamiento que, a su vez e inevitablemente, desembocará en un acto de creación.

El novelista del Istmo Centroamericano —lo sabemos—, desafortunadamente dista mucho de poder andar debidamente por las rutas señaladas. Y, así, la pregunta, natural, sube a los labios: ¿Qué recursos —qué medios— nos quedan a aquéllos que por obstinación aberrante no concebimos este drama de ser en el tiempo sino en términos de una interrumpida exploración ontológica y un afán insaciable de testimonios y creación? La única respuesta que cabe en estos momentos es que el escritor centroamericano asuma por ahora —no con ánimo de martirologio, pero sí en forma consciente—, las trasgresiones y rupturas, el mezquino tratamiento que implica la marginalidad, a medida que con empeño vaya creando un mundo que sea reflejo real de aquello que lo circunda, sin hacer jamás concesiones a modelos extranjerizantes, al localismo ni tampoco a las consignas políticas partidistas: Un mundo, en fin, que sea, ante todo, un arma de fuego que retumbe con igual fidelidad y descarga de Norte a Sur, de Este a Oeste. Así, sólo así, daremos con bríos las clarinadas que anuncien y pronuncien una auténtica liberación regional.

14. Virginia Woolf, *A Room of One's Own* (London: The Hogarth Press, 1964).

En Torno a la Cuna de Don Juan Tenorio

Con sonriente asombro leí hace algunos días, en una revista latinoamericana, la confusión que ofrece un novel escritor cuando presenta al laureado poeta uruguayo Juan Zorrilla de San Martín, célebre en las letras hispanoamericanas por su poema romántico *Tabaré*, como el autor de *Don Juan Tenorio*, la famosa obra de José Zorrilla y del Moral, poeta español de renombre universal. Ambos nacieron en verdad en el Siglo XIX, el uruguayo en 1855, y el español en 1817, pero la gente que se deleita con las creaciones de la cultura sabe muy bien la distancia que existe de Pedro a Pedro, vale decir de Juan a José, sin que ello demerite al uno ni al otro, ya que cada cual tuvo su estro magnífico y rindió su cosecha perdurable.

De Cervantes se ha dicho muchas veces que, al crear a Don Quijote y Sancho Panza, conocía muy bien el alma humana, sus reacciones y sus pasiones, igual que sus ambiciones y sus sueños, y con esas cosas elaboró sus personajes de greda y espíritu, visibles e invisibles, pero tremendamente vivos dentro de nuestro mundo interior.

Aquí mismo, en este mismo instante, cuando yo señalo la confusión que tuvo un novel escritor respecto al autor de *Don Juan Tenorio*, siento que mi Quijote personal me toca el hombro y me invita a ceñirme la adarga y el yelmo de los caballeros para ir a desfacer este entuerto. Mas, yo que soy hombre de paz, y de pluma, fabricante de ideas y lucubraciones, el único trabajo que asumo, en este caso, es

el de pensar que **Don Juan Tenorio** está también hecho de substancias humanas y falibles (como Don Quijote y Sancho), y que los tres nos pertenecen a todos por ser personajes de nuestras entretelas, orientadores de nuestros espontáneos peregrinientos y viajeros permanentes por los senderos de nuestro rojo corazón.

Y con estas lucubraciones adelante, y sin restar méritos ni alambres a la obra de Don José Zorrilla y del Moral, que en la gloria permanente esté, he caminado un poco, como lego atrevido y curioso, en pos de la cuna de Don Juan Tenorio, cuna andaluza como es bien sabido, pero un poco perdida en esa sombra que cubre a la gente hispida y ardida en amores y valentías, audacias y truculencias, en ese mundo impreciso que corre entre la leyenda y la historia.

Y por este camino necesariamente he llegado a la casa del mercedario Gabriel Téllez (mi Padre Tirso de Molina) varón edificado en virtudes y letras, fecundo como Lope y Calderón y dueño de un ancho mundo de espíritu. Los que amamos a los grandes valores literarios de España, en la Edad de Oro, siempre hemos tenido en él punto de referencia, una luz y una estrella, una fuente de saber, pastor de ilusiones y de luceros, deslumbrado y deslumbrante, y sobre todo un gran conocedor del alma humana. El fue el autor de **El Burlador de Sevilla**, el Juan Tenorio clásico y de carne y hueso que vio la luz del día en aquella época maravillosa y se trepó a todos los escenarios de España, lleno de risa, audacia y emoción, en un momento en que los genios del idioma sacudían con su inteligencia el aire del Renacimiento.

En los centros culturales y tradicionales de España, auspiciados por reyes, por guerreros, por nobles y por clérigos eminentes, se recitaba todavía "**La Austriada**", de Rufo Gutiérrez; el Canto Veinticuatro de **La Araucana** de Ercilla, y los poemas épicos de Fernando Herrera, **El Divino**, en honor a la batalla de Lepanto. Juan Boscán y Garcilaso de la Vega habían introducido desde Italia, muchos lustros atrás la filigrana de la octava real y la magia de la métrica de Dante y de Petrarca. Lope de Vega dominaba la escena española con sus obras llenas de primitivo romanticismo dramático; y Calderón de la Barca, inmenso y fecundo, intelectual e idealista, continuaba atrayendo con sus creaciones a la gente de coturno y gamacha. Y muchos otros valores de las letras y del arte, adentraban su ingenio por las leyendas arábigo españolas o por las aventuras increíbles del Romance-ro, resucitando con su pluma las sombras inmortales de hombres que fueron a la muerte por su Rey, por su Dama, por su Patria, por una flor o por un beso.

Y cuando apareció el **Burlador de Sevilla**, el Juan Tenorio del humilde mercedario Gabriel Téllez, los críticos de teatro, los critico-

nes, y los eruditos del idioma se preguntaban asombrados: ¿De dónde ha sacado este fraile este conocimiento mundanal, esta descripción perfecta de las pasiones, esos análisis y reacciones de los amores turbulentos, esa narrativa pagana llena de citas galantes, duelos y estocadas, esa humanización del teatro tan acorde con el reino de los sentidos?

Algunos lo recordaban como autor de penumbra que muchos años atrás había producido comedias ligeras como **Amar por Señas, Plumas y Palabras**, **El Vergonzoso en Palacio**, **El Celoso Prudente**, **El Melancólico** y otras obras bien escritas pero que no dejaban rastro. El autor de **El Burlador de Sevilla** ya era otra cosa, era un gigante, era un cerebro semejante a Lope de Vega o mejor que él, era un genio, un caso insular y nuevo en la Edad de Oro.

Por aquellos días eran muy pocos los que sabían que Tirso de Molina, metido en su traje de fraile, había cruzado el océano por orden de sus superiores, y había vivido dos años en La Española, como ayudante del Vicario Fray Juan Gómez, oportunidad que le sirvió para absorber el aire, el alma y las costumbres del nuevo mundo, igual que los paisajes de su tierra virgen, todo lo cual contribuyó a acendrar su estilo y su numen de poeta dramático. Fruto de esa experiencia fue su trilogía sobre **Las Hazañas de los Pizarros**, obra que habla claro de las ambiciones, la valentía, los odios, las injusticias, los egoísmos, la envidia y otros pecados "carbonientos" de conquistadores y colonizadores.

Todas aquellas experiencias exprimidas a las vides de la vida con su criterio de teólogo, de filósofo, de asceta y de esteta, le sirvieron a sus dones naturales artísticos para pulir la arcilla humana, en lo material y en lo espiritual, y sacar de la leyenda andaluza, diluida y popular, el modelo perfecto de Don Juan Tenorio que se salió del teatro y se fundió en la sociología, la psicología, en la literatura y la historia.

Es cierto que, desde que el mundo es mundo, las naciones y los pueblos están llenos de "Don Juanes", y muchos escritores, chicos y grandes, buenos y malos, han tratado de darles vida y ponerlos a caminar; pero el modelo del Padre Tirso de Molina es considerado por investigadores, críticos y analistas, como matriz perfecta, muy superior a **El Infamador** de Juan de la Cueva, y al personaje de **Dineros Son Calidad**, de Lope de Vega, obras clásicas que sin embargo andan casi olvidadas.

Y aquí terminamos esto. Tenga usted cuidado, amigo lector, con ese Don Juan Tenorio que lleva adentro, que lo hace sonreír y lo impulsa ante esa mujer hermosa que pasa, aunque ella sea lejána como Dios o una estrella para su corazón.

ANTONIO SERRANO DE HARO

Embajador de España

Una Excursión a Panamá en 1886

En mi último viaje a Madrid, hice, como siempre, una visita a la Cuesta de Moyano, que es donde los madrileños se inician en el conocimiento y amor del libro antiguo. Los barracones de libros se apoyan contra las verjas del Jardín Botánico, y las frondas del Retiro saludan desde lo alto de la colina. Es el paraje más alegre y popular en esa ciudadela de sabiduría que componen la Real Academia, el Museo del Prado, San Jerónimo, El Observatorio, y tantos otros nobles institutos del mismo barrio.

En esta ocasión, mi hallazgo consistió en un libro, *De Madrid a Panamá*, de Don Francisco Peris Mencheta, escrito y publicado en Madrid, en 1886. Lo tengo ahora sobre la mesa y voy a hacer su recensión, en Panamá, casi con cien años de retraso a su aparición.

Don Francisco Peris Mencheta fue uno de los primeros reporteros españoles. *La Correspondencia de España* fue publicando, durante el último tercio del siglo pasado, sus crónicas escritas sobre el terreno. La tercera guerra carlista, las maniobras militares secretas del Imperio alemán, los terremotos que asolaron a Andalucía, la espantosa epidemia de cólera, las inundaciones de Murcia, la muerte de Alfonso XII,... Peris Mencheta estaba siempre en el lugar, para levantar, a toda prisa, acta periodística del suceso. No sé cómo, la herencia de Peris Mencheta ha llegado a nuestros días, porque con ese nombre hemos conocido los españoles una agencia nacional de noticias.

El libro **De Madrid a Panamá** comprende los reportajes que Peris Mencheta escribió sobre una expedición española, que visitó las obras del Canal Francés en abril de 1886. Eran ya los tiempos en que la Compañía del Canal corría un temporal de dificultades financieras. A principios de año, "el gran francés" Ferdinand de Lesseps organizó un viaje a las obras, al que invitó a personalidades de distintos países en los que pensaba recaudar fondos para la prosecución de su aventura. Se omitió invitar a alguien de España. Ello motivó que el banquero Marqués de Campo, que era también naviero, se sintiera ofendido como español y fletara en un barco de su propiedad, el "Magallanes", una expedición por su cuenta. La integraban ingenieros y marinos, con alguna representación oficial del Estado. Como informadores, viajaban en el "Magallanes" Don Francisco Peris y el dibujante Don Tomás Campuzano.

La Compañía del Canal trató con la mayor deferencia a los viajeros, seguramente para desagrararlos, y halagada también por un gesto que había de tener repercusión publicitaria. Los expedicionarios aceptaron el juego, a lo que parece, y así, las crónicas de Peris Mencheta mantienen una crítica con sordina sobre el desarrollo de la empresa y una duda flotante, pero no maligna, sobre su futuro.

Muchos hombres y pocas máquinas. Muchos empleados y pocos obreros. Malas finanzas. Peor administración. Pésima salubridad. Tales serían los epígrafes reales en que podrían agruparse las observaciones críticas del periodista español sobre la obra de Lesseps, después de cerner cuidadosamente el libro. Aunque lo relativo al Canal constituye la parte principal del mismo, abundan también los datos sobre el país, Panamá, Colón, Taboga, etc.

La capital panameña que contempla Mencheta conserva aspecto español, aunque el cronista vacila lastimosamente a la hora de precisar: "Tiene algún parecido con las poblaciones de segundo orden del principado catalán, si bien algunas de sus calles recuerdan a las menos céntricas de Córdoba y Sevilla." Estaba dividida en ciudad alta y baja, y esta última se conocía como El Varal. La catedral le pareció un cementerio por el número de lápidas mortuorias, que cubrían las pilastras y porque las capillas estaban ocupadas con enterramientos. En un extremo de la plaza, se alzaba un "modesto" monumento al General Herrera. Había dos paseos, el de las Bóvedas, sobre el mar y el de la Sábana, a tres kilómetros de la ciudad, más propiamente paseo de carruajes. El trabajo de las gentiles barranderas azules, que se ocupan hoy de la limpieza urbana, lo desempeñaban entonces algunos presidiarios, que iban de dos en dos, cargados de hierros y vigilados por guardianes. El Estado se había in-

cautado de los edificios pertenecientes a la Iglesia, y para que no hiciera lo mismo con el Seminario, se le mantenía abierto, con gran aprensión de los profesores, porque los alumnos desertaban todos, para enrolarse como listeros de las obras del Canal, en cuanto aprendían lo suficiente. Pero entre las iglesias todavía con culto, cita a San Francisco y a Santo Domingo, muy transformada hoy la primera y la segunda, en estado de ruina monumental. La verdad es que la religión no se manifestaba muy boyante, pues sólo había ocho sacerdotes en la ciudad.

A la visión poco entusiasta de Panamá quizá contribuyera el alojamiento. Los expedicionarios se albergaron en el Hotel Central, por veinticinco duros diarios, que era cantidad de cierta importancia. Se quejan de estar acribillados por insectos, con un servicio pésimo, y tenían que pedir los cascos de las botellas que consumían, para que no les cobraran doble número.

La estancia en Panamá terminó con un banquete, a iniciativa de la Sociedad Española de Beneficencia, que ya existía y que dirigía el señor Fernández. Presidió la cena el Cónsul de España, señor Rizo, y hubo una lista interminable de oradores— la cantidad de banquetes y brindis a lo largo del viaje fue tremebunda. Entre los que hicieron ejercicio de elocuencia aquella noche, figuró el redactor de "La Estrella de Panamá", Sr. Pezet.

Colón produjo a Mencheta la impresión de una ciudad provisional de madera, asediada por la mortandad y la delincuencia. Hasta el nombre de la ciudad estaba en peligro: "Todo el afán de los americanos es lograr un imposible: que desaparezca de allí el nombre de Colón y sea reemplazado por el de Aspinwall". El tema de la salubridad, que es una constante en el relato de Mencheta, alcanza en Colón carácter dramático. Recoge su conversación con un guardia que, el fusil entre las piernas, estaba sentado, de vigilancia, y que le dijo: "La noche última solo se han encontrado cuatro muertos en las calles. Ahora hay mucha salud aquí. El invierno último recogíamos diariamente veinticinco o treinta y cinco cadáveres, abandonados en las calles unos, y que se morían en ella, otros, sin permitirles la fiebre llegar a sus casas. Dentro de poco, cuando empiecen las lluvias, apretará la fiebre y nos moriremos como moscas".

La contención del cronista, que sólo en un momento se permite el alborozo de considerar un "bellísimo cuadro" el que presentaba un grupo de negras, prácticamente desnudas, bañándose y lavando en el río, pasa como sobre ascuas por los misterios de Colón: "Si-guen después tiendas, almacenes y casas de reputación dudosa, que darían materia para curiosísimas revelaciones, si las creyéramos de este lugar".

No se sabe hasta qué punto las noticias hicieron a los periodistas o los periodistas hacen a las noticias. Porque en el brevísimo tiempo en que Mencheta estuvo en Panamá tuvo ocasión de darnos cuenta de dos singulares episodios. Uno, la muerte, a la que él asistió, del General Gaitán, deportado a Panamá a consecuencia de las guerras civiles colombianas. La escena está descrita con patético realismo. Otro, la interesante entrevista que el periodista mantuvo con Don Antonio Maceo, uno de los jefes de la independencia cubana. Tanto él, como su hermano, el General José Maceo y los insurgentes Rosado, Cebreco y Castillo, se refugiaron en Panamá, después de la paz de Zanjón, y tenían arrendada alguna de las obras del Canal.

Tal es, a grandes rasgos, el contenido de este libro **De Madrid a Panamá**, con cuyo extracto pretendemos contribuir al empeño del buen amigo Carlos Gasteazoro, que se propone establecer la biblioteca de los viajeros que visitaron Panamá en el siglo XIX.

*Panamá en 1886 **

XIX.

Nuestro arribo á Colón.-Aspecto de su puerto.-Almuerzo á bordo y brándis que se pronunciaron.-Entrada libre.-La colonia española.

Antes que la alborada clarease el horizonte, nos encontrábamos en el puente del **Magallanes**, ansiosos de regocijarnos contemplando la luz del puerto que señalaba el objetivo de nuestra expedición marítima, permaneciendo en aquel punto acompañando al capitán Sr. Pérez hasta el momento mismo en que subió el práctico.

A las ocho de la mañana divisamos la rada de Colón y una hora despues entrábamos en ella, fondeando en el centro de la misma, en espera de que saliese del muelle el vapor-correo inglés para ir á ocupar nuestro buque el puesto que aquél dejara. La rada es abierta y no reune condiciones para poder estar ancladas las embarcaciones en caso de vientos fuertes del Norte, allí muy frecuentes. Lo peligroso de ella lo revelan varios buques idos á pique encallados el pasado invierno. La vegetación es en Colón más fértil y frondosa que en Puerto-Rico y en Cuba.

* El libro de D. Francisco Peris Mencheta se publicó en Madrid por Antonio de San Martín, en 1886. Del mismo hemos seleccionado los capítulos XIX a XXXIII, por considerarlos de mayor interés dentro de esta curiosa y rara joya bibliográfica. Se ha sido fiel al original en ortografía, cronología e historia. (N. del E.)

El puerto está situado sobre el Atlántico y unido al de Panamá, sobre el Pacífico, por un ferro-carril que atraviesa el Istmo, objeto de los trabajos del gran Canal interoceánico.

El aspecto que presenta Colón á quien por primera vez lo visita es el de una ciudad nueva, con todos los rasgos característicos de la vida cosmopolita. Cuenta con grandes almacenes en los muelles para depósitos de mercancías y de materiales destinados á las obras del Canal que ha de unir los dos Océanos. El movimiento continuo de trenes, el incesante sonido de las campanadas que anuncian el paso de locomotoras por la vía y otros detalles que saltan á la vista apenas se fondea, revelan bien claramente la magnitud de la empresa destinada á romper la barrera que dificulta la navegación, contiene el desarrollo del comercio universal é impide que sean tan estrechas y fecundas en prosperidades recíprocas las relaciones de todo género entre los antiguos y el nuevo continente.

Siempre que se llega á puerto tras larga travesía, impera el júbilo en el ánimo de los expedicionarios: los que se marean, por haber cesado sus angustias: los marinos, por reparar sus fuerzas, harto combatidas por sus rudas faenas durante el viaje, y todos por pisar tierra despues de algunos días de no ver otra cosa que agua y cielo, generalmente cubierto de nubes.

Mientras el vapor-correo británico dejaba libre el muelle en donde debíamos fondear, se nos sirvió el almuerzo, que fué más espléndido que otros días, para festejar el fin de nuestra navegación. Hubo brándis. Los inició el ingeniero Sr. Paradela en los siguientes términos:

“Señores: En nombre de los comisionados que hemos venido de Cuba, me creo en el deber de manifestar, antes de poner el pié en tierra, nuestro recuerdo al señor Marqués de Campo, iniciador de esta expedición exclusivamente española, por quien brindo en primer término. Brindemos también, señores, por que así como á la poderosa y patriótica iniciativa del Marqués de Campo se debe el viaje que realizamos para honra nuestra y en beneficio de nuestro país, á él también se le deba el establecimiento de la primera Compañía española de vapores que atraviesen el Canal y que habrán de estrechar sin duda alguna los sentimientos de fraternidad que todos sentimos por las Repúblicas hispano-americanas.”

El Sr. Schwiep, **reporter del Diario de la Marina**, brindó, en nombre de la prensa de la Habana, por la Comisión enviada á aquellas aguas y por el ilustre Marqués de Campo.

Llegó su turno al corresponsal de **La Correspondencia de España**, y brindó por la pátria, hácia la cual, dijo, sentia amor más intenso á medida que más lejos se veía de ella; por Francia, en la que nacen

génios cual Lesseps, que son la admiración del mundo; por las Repúblicas americanas y singularísimamente por la del Ecuador, dos de cuyos ilustres hijos, los Sres. D. Gabriel Arsenio Ullauri y D. Miguel Toral, nos acompañaban en la expedición desde la Habana, revelando en diferentes ocasiones su amor y simpatía por la madre pátria.

El Sr. Ullauri brindó en los siguientes términos:

“Señor Brigadier, Señores:

“Hace tres siglos que la bandera que hoy flamea en el tope del **Magallanes** se enseñoreaba de estos mares y de las pintorescas playas del puerto de Colón que tenemos á la vista. Esta bandera es digna del respeto y consideración de los americanos, que vemos en ella el noble y glorioso estandarte de la madre pátria, y tengo á mucha honra saludarlo á nombre del Ecuador en este momento de justificado y gratísimo entusiasmo. Brindo, señores, por que, en el día de la inauguración del Canal de Panamá, la bandera de España ocupe el lugar que le corresponde, y permanezca unida siempre á las de la América libre y á la de la pátria del GRAN FRANCES.”

El presidente de la Comisión científica, señor brigadier Sanchiz, pronunció un elocuente bríndis expresando su gratitud en nombre del Marqués de Campo por los elogios á éste tributados. Enumeró las ventajas que para el comercio universal tendrá la apertura del Canal, cuya inauguración puede ser precursora de inteligencias que estrechen los lazos que existen entre España y las Américas independientes.

Extendióse en consideraciones atinadísimas acerca de la importancia de la misión que España tiene que llenar, para no ir á la zaga de las demás potencias en cuestiones en las que, aparte del honor del pabellón nacional, se trata de intereses mercantiles de gran cuantía para nosotros, si sabemos aprovechar las circunstancias.

Brindó por los ecuatorianos presentes, á los que encargó fueran intérpretes en su país de las simpatías que los españoles sienten por ellos y por todos aquellos que formaron parte un día de la nación hispano-americana.

El ecuatoriano Sr. Toral pronunció las siguientes frases:

“Señor Brigadier, Señores:

“Mi palabra, por razón de mi edad, es la menos autorizada en este momento; pero cuando se ha invocado el nombre de mi pátria, debo expresar mi gratitud y sincero reconocimiento para con la respetable Corporación española. Deseo, señores, que con la apertura del Istmo se estrechen más y más los lazos de la madre pátria para con las Repúblicas de América, especialmente con el Ecuador, guardando su independencia.”

El Sr. Dussacq, representante del comercio de la Habana, francés de nacionalidad, expresó su gratitud por los elogios tributados a su país y á Mr. Lesseps.

Resumió los brándis el Dr. Sr. Fernandez Ferráz, con el que sigue:

“Señores: Ya parece agotado el tema de los brándis en la ocasión presente. Pero á poco que fijemos nuestra atención, tratándose de España y América, el asunto es inagotable. Aquí, en estas aguas, primeramente surcadas por nuestros legendarios navegantes; ante esta tierra que descubrieron nuestros héroes, que han regado con su sudor y con su sangre, que han civilizado nuestros grandes progenitores, no podemos menos de recordar con agradecimiento profundo y saludar con vivo entusiasmo el glorioso nombre de España, la querida metrópoli de tantas jóvenes Repúblicas como aquí hablan nuestro idioma, y hoy nos abren sus brazos para recibirnos con fraternales muestras de cariño. Me uno, pues, con satisfacción á los propósitos, y puedo hacer más las elocuentes palabras del señor ingeniero Paradela, enalteciendo las generosas empresas del Marqués de Campo, alma y génio protector de este viaje, y creo interpretar fielmente los deseos de mi querido colega universitario. el Dr. Vila, y de quien nos ha enviado aquí, así como también las aspiraciones de toda esta sábia Comisión. Resumiendo los entusiastas brándis de todos los señores que acaban de hablar, representante yo, aunque el último en méritos personales, del primer establecimiento docente de la isla de Cuba, que es España en América y América en España, no puedo menos de acceder gustoso á la galante invitación de nuestro ilustrado Presidente, tan lisonjeramente secundada, brindando por las fraternales relaciones de esta ya ilustre tierra de la democracia y nuestra querida madre España, y por la siempre rica Perla de las Antillas, la cual, realizada esta obra titánica del **Gran francés**, será cada vez más, ahora y en lo porvenir, brillante lazo de unión entre el pueblo español de Europa y los pueblos españoles del Nuevo-Mundo, que forman ya, en idea, y de hecho constituirán en su día, la grande, la gloriosa, la inmortal nacionalidad española.”

Este discurso, como los que le precedieron, acogiéronse por los comensales con vivas y aplausos.

Terminado el almuerzo, subimos á la toldilla del buque á contemplar el pintoresco panorama que ofrece desde la bahía la villa de Colón, en el preciso instante en que tres lanchas, con la bandera española en la popa, se aproximaban al **Magallanes**, balanceándose, efecto del mar revuelto entonces reinante, como débiles juncos combatidos por viento huracanado.

Los balances de babor á estribor y de proa á popa, á cuál más violento, no fueron obstáculo para que los músicos, que en una de ellas venian, festejaran nuestra llegada con los acordes de la Marcha Real, y para que los españoles que ocupaban las dos restantes gritaran con entusiasmo: Viva España! ¡Viva el Marqués de Campo! Viva la Comisión española!

Fondeó el **Magallanes** en el muelle ya citado á las once de la mañana, sin que nadie exigiera, antes ni despues, la documentación que comprobara su procedencia y estado sanitario de tripulantes y viajeros.

Colón es puerto libre en el más ámplio sentido de la palabra. Se comprende que así sea. Por infestado que esté un barco que llegue á sus aguas, no importará mayores peligros de los que para la salud existen en la población. Ya hablaremos de esto más adelante.

Apenas las anclas de nuestro buque se sumergieron en el fondo de las súcias aguas del puerto, subió á bordo una comisión de la colonia española, compuesta de los Sres. D. Adolfo Molina, D. Antonio Rodríguez, D. Diego Martínez y don José Ma. García, quienes nos ofrecieron franca hospitalidad y cuanto pudiéramos necesitar durante nuestra estancia en Colón, pues estaban resueltos á tomar parte en el generoso arranque del Marqués de Campo, persuadidos de lo mucho que enaltecía á la pátria y de lo útil que podria ser para la aspiración, ya acentuada, de estrechar fuertemente los vínculos de simpatía y de amor que unen á nuestro país con las Repúblicas que un día fueron posesiones españolas.

El vicecónsul español, Sr. D. Juan C. Stevenson, hizo tambien á la Comisión todo género de ofrecimientos, que, como los de los ciudadanos antes mencionados, fueron agradecidos, pero no aceptados, porque hallándose fondeado el **Magallanes** junto al mismo muelle, habíamos resuelto pernoctar á bordo el tiempo que estuviéramos en Colón.

El Prefecto colombiano, Sr. Céspedes, se apresuró á saludar al señor brigadier Sanchiz y á la Comisión que presidia, saludo que le fué devuelto visitándole despues en su casa.

XX.

Colón.

Cumplidos los deberes de cortesía, nos apresuramos á recorrer la villa; pero antes de apuntar las ligeras notas que conservamos en nuestra cartera, permítanos el lector digamos algunas palabras sobre la situación topográfica del país.

A la entrada de la bahía de Limón hállase la isla de Manzanillo, que un pequeño brazo de mar separa de tierra firme.

La villa de Colón está situada en la costa septentrional de la isla. La bahía tiene unos 30 kilómetros cuadrados de superficie y nueve de profundidad en la parte donde desemboca el canal.

Los muelles forman una avanzada. Son de madera y malos. Cubiertos con zinc hay dos, uno de los cuales es propiedad de la Compañía del Canal y del ferro-carril interoceánico. Por atracar al muelle se pagan 25 pesos é igual cantidad cada día que en ellos esté la embarcación.

Está unido el puerto al de Panamá, sobre el Pacífico, por un ferro-carril que atraviesa el Istmo, objeto de los trabajos del Canal interoceánico.

El aspecto de Colón es el de una ciudad provisional, creada por las circunstancias y en la presunción de que puede vivir poco tiempo. Todas las casas son de maderas americanas.

La calle que dá frente á los muelles del ferro-carril y del mar reúne los mejores edificios. En ella están los principales hoteles, siendo el más vistoso el de Roma. A corta distancia de dicho establecimiento hállase el Club de extranjeros, que es un casino bien acondicionado. Siguen despues tiendas, almacenes y casas de reputación dudosa, que darian materia para curiosísimas revelaciones, si las creyéramos de este lugar; y acaba la superficie de tierra que baña el mar con un paseo delicioso, en cuyo extremo ha sido colocada recientemente, sobre esbelto pedestal, la magnífica estatua en bronce que regaló la emperatriz Eugenia y que representa á Cristóbal Colón protegiendo á una india, que tiene la vista fija en el viejo mundo. Dicho paseo y las casas que junto á el se han construido, y que constituyen el lindo barrio francés, están enclavadas en terreno ganado al mar: su perímetro escede de 1.200 hectáreas. Inmediatos al monumento erigido á Colón se construyeron poco antes de la visita que Mr. Lesseps hizo á las obras del Canal dos grandiosos chalets, que costaron ochenta mil duros. ¡Lástima de dinero empleado en aquellas construcciones!

En el barrio francés hay un buen restaurant, una cantina americana y otros establecimientos análogos bien servidos.

Paralela á la calle que á grandes rasgos hemos descrito existe otra, larga, recta y de treinta metros de anchura. También en ella abundan los establecimientos mercantiles y las fondas, siendo la mejor de éstas la del Comercio, propiedad de un laborioso gallego, D. José García.

En dicha calle, que se titula de Bolívar, fué ahorcado, hace dos años, el revolucionario Pedro Prestán, jefe de los rebeldes que prendieron fuego á la ciudad, reduciéndola á pavesas. En el centro de la vía estaba aún, cuando visitamos aquella localidad, el wagón-plataforma que sirvió de cadalso á aquel terrible insurrecto. Antes que Prestán, habian sido ejecutados Cocobolo y Potosel, que tomaron parte muy activa en aquellos tristes acontecimientos. Cocobolo era natural de Jamáica y Potosel de San Thomas.

En Colombia, como en otras Repúblicas americanas, se conquistan los entorchados venciendo en una rebelión á las fuerzas leales al poder constituido. En España se han visto ejemplos de obtener dos grados por quebrantar la disciplina, pero no se ha dado el caso, y Dios quiera que no se dé, de pasar de la clase de paisano á general de división al terminar una batalla. Perdone el lector esta digresión.

En Colón se desconoce cuanto hace relación con la higiene pública, y no hay rastro de policía urbana aún en las calles principales; las restantes están situadas en lagunas cenagosas que despiden una fetidez insoportable, efecto de la descomposición de vegetales, animales y excrementos humanos amontonados á granel por todas partes. Las ranas cantan día y noche á las puertas de las casas, y las ratas se pasean por las calles con la misma osadía que se burlan los gorrones en el Prado de Madrid de los niños que pretenden cazarlos.

A la vista de tan repugnante espectáculo, preguntamos si ocurrían muchas defunciones, y la contestación que nos dió un guardia de policía, sentado en el ángulo de una manzana de casuchas, con el fusil entre piernas, no fué nada satisfactoria:

“La noche última solo se han encontrado cuatro muertos en las calles.”

Comprendió el bueno del guardia que no nos habia hecho gracia la noticia, y añadió con impasibilidad: “Ahora hay mucha salud aquí: el invierno último recogíamos diariamente 25 ó 30 cadáveres, abandonados en las calles unos y que se morían en ella otros, sin permitirles la fiebre llegar á sus casas. Dentro de poco, cuando empiecen las lluvias, apretará la fiebre y nos moriremos como moscas.”

Quisimos averiguar si son respetados estos guardias, llamados allí gendarmes, por más que no llevan más prenda de uniforme que una gorra parecida á las que usan los empleados de Consumos en España, y á nuestro interrogatorio contestó:

“La gente de color es aquí muy mala y nos dá mucho que hacer, pero los tenemos á raya, porque si no nos respetan, sacamos un cartucho (llevan los proyectiles en los bolsillos del pantalón), apunta-

mos, tiramos y allí se queda. Uno de los más malos estuvo en medio de la calle tres días sin enterrar, para escarmiento de los demás”.

No deja de ser eficaz el argumento que se emplea cuando la autoridad se vé hollada. Todo se necesita en un país en el que se prende fuego alguna vez á una casa, sin otro fin que el de robarla, ó se asesina en cuanto anochece á un transcunte para arrebatárle el reloj y el dinero que lleve encima.

Debemos consignar aquí que desde que ejerce como Prefecto de Colón el Sr. Céspedes, la seguridad pública tiene mayores garantías y no se repiten con la dolorosa frecuencia de antes los asesinatos y robos.

Atravesando ruinosos puentes de madera, que permiten la circulación por encima de las corrompidas aguas encharcadas, nos encaminamos al cuartel en donde tiene su residencia la fuerza militar que guarnece Colón, y que consiste en 40 soldados, un capitán y tres oficiales. Solicitamos permiso al jefe para visitar el cuartel y no tuvo por conveniente complacernos. Sin embargo, nos fué permitido ver el interior del barracón desde la puerta del mismo. Como capacidad, la tiene suficiente para la fuerza acuartelada. Su estado de policía dejaba mucho que desear. Los soldados vestían pantalón encarnado, blusa de dril crudo y kepis; su armamento era Remington y los proyectiles los llevaban en cintos de lona, con tubos de hoja de lata para la colocación de los cartuchos. Los soldados no se distinguen por su marcialidad.

Visitamos despues el barracón que sirve de cárcel. Una valla de madera separa á los procesados de los funcionarios que los custodian. Estos duermen en hamacas y aquellos sobre las tablas del piso. Había á la sazón 90 presos, casi todos de color. Cuando entramos en aquel local era la hora de comunicación. Varias negras, vestidas con trajes de señoritas, se encontraban visitando á aquellos desgraciados, á los que les unían vínculos de amistad ó de familia.

Lo que en Europa llamamos el colmo de la cursilería, es en Colón un prodigio de elegancia, sobre todo en las mujeres de color. No hemos visto nada más grotesco que un niño, más negro que el azabache, vestido de blanco, con lazos de color rosa y sombrero de paja con cintas azules.

De los 90 presos citados, solo dos ó tres lo están por hechos criminales; la mayoría hállanse reclusos por reyertas de poca monta, por raterías ó por escándalos y embriaguez.

El barrio americano está en el extremo opuesto al francés é inmediato al Hospital de la Compañía canalizadora. Sus pabellones son tan elegantes como los de los franceses y el terreno es relativamente tan bueno como el de aquél. Todo el afán de los americanos es lograr

un imposible: que desaparezca de allí el nombre de Colón y sea reemplazado por el de Aspinwall, que fué para el ferro-carril que atraviesa el Istmo lo que Lesseps para el Canal interoceánico.

Los capitalistas presentían los inconvenientes que la obra ofrecía por la mortalidad horrible que ocasionaba, pero tenían fe ciega en aquel génio mercantil y aportaron cuantas sumas fueron necesarias para realizar el atrevido proyecto que tan fabulosas ganancias produjo, y que es aún una mina de oro, no obstante la mala administración de que se resiente, á nuestro juicio, aquella empresa.

Lesseps es la garantía de que el Canal se terminará en un corto período de años. A la confianza que inspira su nombre á los principales banqueros del mundo, se debe el éxito de las colosales obras que acomete. No depositan en vano su confianza los capitalistas en Mr. Lesseps, puesto que él expone más que aquellos; expone su vida, cuando es preciso, para que no sufran quebrantos los intereses á su acometividad confiados. Dígalo sino la reciente y arriesgada visita que este eminente ingeniero ha hecho á aquella mortífera región.

No aventuramos mucho al suponer que Mr. Lesseps fué al Istmo impulsado más por cálculos y necesidades financieras que por voluntad propia y por no estar bien enterado del curso que llevaban las obras.

Como nuestra misión no nos lleva á escudriñar las causas á que pudo obedecer la cita que á varias naciones se hizo para que asistieran á aquel acto, nunca bastante ponderado, de Mr. Lesseps, seguiremos ocupándonos de la villa de Colón.

En una plazoleta inmediata á la capilla protestante (antiguo templo católico), único edificio de piedra que allí existe, hay una especie de jardincillo, muy descuidado por cierto, en el cual se levanta un elegante monumento á la memoria de William H. Aspinwall.

En la capilla protestante antes mencionada, cuya arquitectura es ojival, contrajo matrimonio Prestán, minutos antes de ser ejecutado. A corta distancia de ella encuéntrase el sitio en donde fueron ahorcados Cocobolo y Potosel.

Poco más allá hállase el barrio del Espinal en el que radica el Hospital de la Compañía canalizadora. El sistema de su construcción es el de pabellones aislados, que se levantan sobre cubos de mampostería al borde del mar. Las olas baten sus cimientos en las mareas altas. Preceden á la entrada de los pabellones pequeños parquecillos. Hay en ellos ocho salas, unas con 20 camas y otras con 16. Las primeras tienen camas de hierro con muelles y las otras catres de tijera con colchonetas. Existían en la fecha de nuestra visita al estableci-

miento benéfico 67 enfermos, atendidos con esmero. De ellos solo cuatro sufrían la mortífera fiebre perniciosa que tantas víctimas ocasiona.

Había antes una sala para enfermos, extraños á los que sirven á la Compañía que lo sostiene; pero no habiendo abonado el gobierno colombiano la subvención que señaló para este humanitario servicio, fué cerrada al poco tiempo, y hoy no tienen hospital donde curar sus dolencias los habitantes pobres de Colón.

Frente á los pabellones antes citados está el de mujeres, y en él vimos á cuatro, de las cuales dos estaban sin esperanza de salvación. Por cierto que eran viudas de empleados en las obras del Canal.

La superiora del Hospital, sor Teresa, religiosa francesa, que presta sus humanitarios servicios en América hace diez y seis años, tuvo la amabilidad de acompañarnos en nuestra visita, y á ella debemos el poder afirmar que el Hospital de la Compañía del Canal en Colón cuenta con todos los elementos que requiere un establecimiento de tal índole. Los alimentos son de primera clase, las despesas están bien provistas y los almacenes guardan existencias suficientes para mucho tiempo. La farmacia es de las mejores de su clase.

La asistencia de cada enfermo costaba cinco pesos diarios. Hay en él dos médicos, dos farmacéuticos, diez y seis enfermeros y seis hermanas de la Caridad, que prestan los servicios de su piadosa institución con la abnegación y el heroísmo del que siente la vocación de que se hallan poseídas en bien de la humanidad doliente.

En dicho Hospital murió hace poco el ingeniero Sr. Melpot.

En Colón no hay mas capilla católica que la que existe en este edificio, y en ella oyen misa los días festivos unos cuantos españoles y algunos de las colonias de la Martinica y de Santa Lucía, únicos católicos que allí siguen las prácticas de nuestra sacrosanta religión.

Se estaba edificando una sala de operaciones y se hacían obras de reparación en algunas otras dependencias.

Hay capacidad para 120 enfermos, número bien escaso, si se trata de dar impulso á las obras de canalización.

Cuenta el mencionado Hospital con cuatro depósitos de agua, con capacidad cada uno para 60.000 litros, que recogen la que cae en las cubiertas del edificio.

Las enfermerías ocupan la planta baja de los pabellones, y las habitaciones de las hermanas de la Caridad y las dependencias á su cargo las del cuerpo superior.

Hemos hablado de cuanto vimos y observamos durante nuestra breve estancia en Colón, de paso para Panamá. Publicaremos algunas

noticias curiosas respecto á dicha villa cuando le consagremos otro capítulo, despues de referir cuanto concierne á la capital del departamento colombiano y al Canal interoceanico.

XXI.

De Colón a Panamá.

Partimos de Colón en un tren especial, puesto á nuestra disposición por la empresa para conducirnos á Panamá. La máquina se detuvo únicamente en los puntos indispensables para que no se desorganizara el servicio.

A partir de la boca del Canal por la parte de Colón, vimos funcionar algunas dragas que no ofrecian ninguna novedad ni por su potencia ni por su sistema de construcción. De Colón á Gatún (primera sección del Canal) trabajaban unos mil operarios. Al paso del tren disfruta el viajero de una agradable perspectiva, por el sinnúmero de rústicas cabañas situadas en las inmediaciones de la vía y por la encantadora belleza del paisaje.

A medida que avanza la locomotora por la trocha abierta para su paso, se presenta mas exuberante y virgen la vegetación. Dificilmente se encontrará en parte alguna confusión mas hermosa de plantas de todas clases. Puntos hay en los que no puede alcanzar la vista mayor distancia de seis metros. El bosque es impenetrable por las enredaderas que enlazan los cocoteros, corojos, palmiches, guachelines, guayacanes, cañas bravas, bambús, guayabas, mamones, papayos, cañas silvestres, ceibas, caobas y otros árboles y arbustos, que dan idea bien exacta de cómo se encontraban aquellos campos cuando Colón puso en ellos su planta.

Desde las copas de las corpulentas ceibas se desprende, á manera de desbordado torrente, verde hojarasca en forma de enredadera. De trecho en trecho se ven algunos trozos de terreno abierto á machetazos para sembrar maíz con que suministrar el pan á los habitantes de los pueblecillos que constituyen las viviendas de los obreros.

Se nos dijo que en el interior de la isla de Cuba hay zonas muy extensas que compiten en exuberancia vegetal á aquella parte del Istmo que está del lado del Atlántico. Siendo así, comprendemos perfectamente el tiempo y el dinero consumidos en la campaña que ha pacificado la isla. Siempre que se quiera habrá insurrectos en la manigua. El sistema de combate en puntos así no debe ser otro que el bloqueo, para impedir que lleguen auxilios á los insurrectos. El combate en aquellas condiciones, forzosamente ha de resultar funesto para las tropas leales.

Las mejores casitas de la parte inmediata á Gatún se encuentran en las alturas de las colinas y junto al río Chagres, en donde están las oficinas de aquella sección del Canal.

La vegetación es idéntica desde Gatún á Bohío Soldado, pasando por Ahorca Lagarto. En Bohío hay una cantera en donde trabajaba un buen número de obreros. En este sitio está la segunda derivación del Canal, y se ven varias cortaduras en los cerros que ha de atravesar. Un 98 por 100 de los operarios son de color.

Sigue el sitio llamado Buenavista, por lo pintoresco de su situación, y después la estación de Fríjoles en las inmediaciones del río Chagres. Al detenerse el tren contemplamos un bellísimo cuadro; á dos metros del empuje de la corriente que eleva las aguas á los depósitos para alimentar las calderas de las máquinas, está el lavadero de las negras. Quince ó veinte de éstas, casi desnudas, luchaban desesperadas para hacer más blanca la ropa que subido era el color de sus carnes. El contraste no podía ser más evidente.

Las laderas del camino son muy lindas, si bien desaparece la exuberancia del campo á medida que se avanza y se extiende la cuenca, que cierra una cordillera pobladísima.

Poco tardamos en llegar á Matachín, estación que tomó este nombre por lo fabuloso del número de chinos que murieron en sus inmediaciones al hacerse las obras del ferro-carril. Para que el lector juzgue la mortalidad de aquel país, apuntaremos que cada travesía del ferro-carril ha costado la vida á dos hombres. Así lo dicen los que más interés tienen en que no se exageren allí las cosas.

En Matachín tiene la Compañía del Canal algunos talleres. Las casas de los empleados son muy parecidas á las que se proyectaron y se han construido en los pueblos de Andalucía demolidos por los terremotos. Hablamos de las casas de madera, porque no las hay de otros materiales. Algunas de las viviendas se parecen á las de Río de Piedras de Puerto-Rico y á las chozas de Bayamón.

El tren pasa por algunos sitios con precaución, sobre todo por los terraplenes castigados por las avenidas de los ríos.

Desde Bajo Obispo se acentúa la cuenca. En ella, y en el punto que ha de ser Canal, se ven algunas máquinas excavadoras trabajando en seco. Esta sección del Canal es la más importante, según la opinión de los inteligentes. Se han de extraer 25 millones de metros cúbicos en los desmontes proyectados. La trinchera ha de tener en esta parte, llamada la Culebra, 300 metros de ancha en las mayores alturas y unos 160 de profundidad. La altura de la cima, desde el eje del Canal, es de más de 100 metros, á partir del nivel del mar.

Las excavadoras son dragas que funcionan en seco. Las hay de un solo canjilón de grandes dimensiones, armado de tres dientes como colmillos de elefante, con los cuales se arranca generalmente de un golpe una cantidad de tierra que no bajará de un metro cúbico. La tierra extraída se eleva por un movimiento de báscula y es introducida en las vagonetas transportadoras, que á su vez la conducen á los vertederos.

Observamos que no abunda el material de esta clase de ataque á la obra, y que hay exceso del que debia ser reemplazado por su inutilidad ó por no responder á los adelantos modernos. Esto no obstante, hay que reconocer que el movimiento de trabajadores es considerable, que es incesante el ir y venir de trenes, y que con frecuencia se oye el disparo de barrenos. La lucha de la civilización se vé allí palmariamente.

En las estribaciones de los cerros existen varios caseríos en donde se albergan los trabajadores. El panorama es delicioso.

Poco despues de la estación de Bajo Obispo vimos restos de un caserío, que habia desaparecido días antes de nuestra llegada al Istmo por efecto de una terrible explosión, causada por la voladura de un polvorin, situado en una mina hecha en la estribación de un monte. Aquel siniestro ocasionó 40 víctimas. El hecho no fué intencionado, pero sí consecuencia de un caso criminal. Unos cuantos negros intentaron robar cierta cantidad de pólvora, y un descuido castigó su atrevimiento é hizo purgar faltas ajenas á los infelices moradores que tuvieron la imprevisión de situar sus viviendas en las proximidades del depósito de aquella sustancia explosiva.

En dicho punto se proyecta construir el puente giratorio que ha de atravesar el Canal.

A partir de este sitio pasa el Canal en construcción al lado derecho de la vía férrea y se vé el trazado que señalan multitud de valizas.

A poco que el viajero se fije puede comprender que los trabajos preliminares del Canal están hechos; y que siendo esto lo más esencial de obra tan importante, bien puede decirse que su terminación dependerá de la cuestión económica. ¿Hay dinero? pues el Canal se hará en pocos años. Esta es la primera impresión que se recibe.

Despues de Rio Grande viene la estación de Paraiso, que dista ocho millas de Panamá. También en ella se ven centenares de vagones y de vagonetas, pero pocos trabajadores.

Antes de llegar á la capital, se ven varios departamentos muy bien situados en unos cerros que dominan el nuevo y el antiguo Panamá. En ellos están los magníficos Hospitales de la Compañía.

La última estación es la de Corozal: apenas arranca de ella el tren, puede saludar el viajero las tranquilas aguas del Pacífico. Qué satisfacción se experimenta! En tres horas se pasa del Atlántico al Pacífico, gozando al contemplar lo asombroso de la vegetación de los trópicos y el cosmopolitismo de los habitantes que constituyen la generalidad de aquellos pueblos.

Llegamos á Panamá á las once y media de la mañana, recibiéndonos en la estación el alto personal de la Compañía y el cónsul de España en aquella capital, Sr. Rizo.

Lujosos trenes de carruajes, propiedad de la Empresa canalizadora, nos condujeron al Hotel Central, en donde previamente habia pedido hospedaje el presidente de la Comisión española, Sr. Sanchiz.

XXII.

Panamá.

La ciudad de Panamá, cuyo nombre significa **lugar abundante en pesca**, es la capital de la provincia y del departamento del Istmo de su nombre, en la costa N. del golfo, á 132 leguas NO. de Santa Fé de Bogotá, situada en una pequeña península y defendida por una cadena de islotes. Latitud N. 8° 58' 50"; longitud O. 75° 45' 19".

Su historia está enlazada con la de nuestra pátria, y sus recuerdos gloriosos vinieron á nuestra imaginación, mezclados con un sentimiento á la vez que de orgullo, de pena, al pisar sus playas.

Cuando en 1518 nuestros bravos conquistadores llevaron la bandera española á aquel país y se establecieron en su costa á las órdenes del gobernador Dávila, fundaron nuestros compatriotas á Panamá, á unas tres leguas de distancia del perímetro que ocupa hoy la ciudad.

La primera fué destruida por los ingleses en 1673, y sus habitantes construyeron de nueva planta y en sitio mejor la que hemos visitado y que se conserva, no obstante los desastrosos incendios que sufrió en 1756 y 1784.

Panamá floreció mucho cuando el comercio de la América Meridional con España se hacia por medio de galeones; pero el comercio decayó rápidamente á mediados del siglo pasado, desde cuya época las riquezas del Perú han sido transportadas por el mar del Sur al Atlántico, y principalmente desde que los demás puertos fueron abiertos libremente al comercio.

Por lo demás, el aspecto general de la población no entusiasma á los que estamos acostumbrados á poblaciones reconstruidas al gusto

moderno. Está dividida en ciudad alta y baja, de cuyas dos partes es la más poblada ésta última, y se distingue con el nombre de **El Varal**.

La rada es cómoda, pero peligrosa, á causa de los impetuosos vientos del N. que reinan en ella: la costa es tan baja que no ofrece más que un desembarcadero, en donde solo pueden atracar las piraguas y embarcaciones chatas; las grandes fondean en las islas Perico y Flamenco, á mas de dos millas mar adentro.

Su comercio es de mucha importancia, especialmente el que hace con Jamáica, Alemania y los Estados-Unidos. Exporta por valor de más de 45.000 pesos al año.

Panamá conserva todo el aspecto de su origen español. Tiene algun parecido con las poblaciones de segundo orden del principado catalán, si bien algunas de sus calles recuerdan á las menos céntricas de Córdoba y Sevilla.

En dicha ciudad celebró Simón Bolívar un Congreso de todas las Repúblicas de América.

En un extremo de la plaza central existe un modesto monumento dedicado á la memoria del general D. Tomás Herrera, caudillo de la Independencia.

La Catedral tiene una gran fachada de muy escaso gusto artístico y su interior parece más á un cementerio que á una iglesia. En todas las pilastras abundan las lápidas mortuorias, y sus principales capillas se encuentran convertidas en panteones. En una de ellas, al lado de la Epístola, hállase el sepulcro del doctor D. Joaquín Morro, hijo de Cádiz, en donde nació el año 1788. La inscripción es honrosa para nuestro compatriota.

La Asamblea legislativa del Estado de Panamá le confirió, por ley de 27 de Setiembre de 1858, el título de "Médico popular y esclarecido ciudadano."

Tiene Panamá varias iglesias; las de la Merced, Santa Ana, San Francisco, San José y Santo Domingo. Las cúpulas de las torres están cubiertas de vegetación.

Entre los edificios más notables pero que nada artístico contienen, debemos citar el que habita el Gobernador civil y militar del departamento, la casa del Cabildo municipal, el Obispado, las oficinas de la Compañía del Canal y la Casa-Correo. La Policía urbana apenas se conoce; 15 ó 20 presidiarios, cargados de hierro, cuidan de la limpieza pública. Cada pareja de confinados lleva detrás dos guardianes, y como cada uno de éstos cobra un peso diario, resulta el servicio muy caro, al par que malo.

Hay dos paseos, uno sobre unas bóvedas que dominan el Pacífico, á la vista de la embocadura del Canal y de las isletas Perico, Naos, Taboga y Culebra, cuyas colinas están pobladas de hermosa vegetación, y otro en una llanura llamada Sábana, que dista de la ciudad unos tres kilómetros. Este es el paseo de carruajes y aquél el de los que no gustan andar mucho á pié y les agrada el mar. Bajo las bóvedas citadas está uno de los cuarteles y el presidio.

En éste habia 14 rematados, de los cuales lo estaban por homicidio dos, á quienes se impuso la condena de diez años de reclusión. La mayoría sufrían penas menores, por riñas ó hurtos.

Las sentencias son menos rigurosas que en España, pero no se aplica la gracia de indulto, y todos los penados llevan gruesas cadenas. Comen mejor que en nuestros presidios, siendo el pan de excelente calidad, pero la ración que se les dá es escasa.

Los cementerios radican en un extremo de la capital, y la horrible mortalidad que en ella ocurre, aún en las mejores épocas del año, la revelan, á la vez que el hedor insoportable que en las inmediaciones de aquellos sagrados recintos se percibe, el hecho de haberse enterrado en uno, inaugurado hace 20 meses, más de cuatro mil cadáveres. Hay además cementerio de extranjeros y cementerio chino. Ninguno de éstos dista de la ciudad más de 200 metros. Conviene apuntar aquí que la población se calcula en unos 25.000 habitantes.

Los que amen la vida no deben ir allí; es fácil hacerse rico á poco que la fortuna ayude; pero lo es también el morir antes de haber ganado lo suficiente para el pago del entierro.

El clero de la capital se reduce á ocho sacerdotes, que con los agregados y transcuntes jamás pasan de doce.

El Seminario es casi inútil. Habia en él ocho alumnos, á quienes se pagaba la carrera y se les mantenía, pero temian con razón los profesores que en cuanto supieran lo bastante para ser listeros en las obras del Canal, trocarian la sotana por la vida libre, como ha sucedido con los que estudiaron antes que ellos. Casi todos los listeros proceden del Seminario y ganan 120 pesos mensuales. Se pensó en cerrar dicho establecimiento de enseñanza religiosa, pero se abandonó el propósito para evitar que el Estado se incautara del edificio, como se ha incautado de todos los que pertenecian al clero. Para cortar en lo posible el abuso que se viene cometiendo en lo que á los seminaristas se refiere, se ha limitado la instrucción que antes se les daba, concretándola á lo indispensable para ejercer el sacerdocio.

La guarnición de Panamá es reducida. De 400 soldados que fueron á relevar los que había, murieron 175 en los dos primeros meses. Los

únicos que van uniformados son los que dan la guardia al General gobernador de la plaza, si bien vá calzado cada uno como le acomoda. Cuando estuvo allí Lesseps regaló quinientos uniformes, que son los que tienen para los actos de servicio que requieren algun decoro. De ordinario los soldados no llevan otra prenda militar que el kepis, y sus ropas de paisano pecan generalmente de excesiva suciedad.

De 20 soldados no se encuentran dos con prendas iguales. Unos visten de gala, otros pantalones de algodón de diversos colores, chaquetas, chaqués, americanas, blusas, borceguíes, alpargatas, chanclos, zapatillas, botas de agua, gorras, kepis, teresianas, chacós ó aquello que mejor les cuadra. Pero uniformes tan abigarrados y tan sucios, ocultan pechos valientes y soldados que se baten con singular denuedo.

De capitán abajo, apenas llevan otra insignia militar que el kepis.

El general de division cobra mensualmente 400 pesos; el de brigada, 340; el coronel, 240; el teniente coronel, 200; el comandante, 160; el capitán, 120; el teniente, 100, y el alférez, 80.

Los soldados perciben un peso diario.

Antes de la revolución de Marzo de 1885 era Panamá Estado soberano, con Presidente electo por el mismo Estado.

La revolución tuvo por objetivo contrariar al general Nuñez, que queria reformar las leyes de Colombia en sentido restrictivo; pero vencida despues de nueve meses de lucha, reunióse la Asamblea nacional, á la que propuso Nuñez la reforma constitucional en sentido moderado, derogando la Constitución llamada **Rio negro**, un tanto demagógica en verdad.

La Asamblea propuso á los Estados las bases de la reforma, que fueron aceptadas, y en su consecuencia se discutía por la Convención nacional en Bogotá la reforma constitucional cuando visitamos á Panamá.

Los Estados conservan su autonomía algo restringida, escepto Cundinamarca, que está administrado por el Gobierno nacional.

Panamá disfruta también de alguna autonomía, pero el jefe del departamento depende directamente del Gobierno federal.

El último Presidente del Estado de Panamá, elegido por el pueblo, general Aizpuru, vencido por los coroneles Montoya y Reyes (hoy generales), está desterrado.

Sometido Panamá al Poder central, fué nombrado Gobernador civil y militar del departamento, con el carácter de secretario de Estado, el general Santo Domingo Vila, uno de los más ilustrados y

valientes del ejército colombiano y cuya historia política y militar es muy notable y honrosa.

Apenas encargado el general Santo Domingo del mando del departamento en Marzo último, publicó un Manifiesto dando á conocer el plan del Gobierno central, que tendia á asegurar la paz dentro de una política liberal conservadora que pusiera fin á las conspiraciones y á las revoluciones. Dispuso, como medida de gobierno interior, la revisión de cuentas de las administraciones anteriores, en las cuales han aparecido inmoralidades y **distracciones** de fondos, que demuestran que no podian estar los intereses públicos peor dirigidos. Ordenó que las casas de juego y de prostitución se situaran á quinientos metros de la ciudad, y adoptó medidas encaminadas á mejorar los servicios públicos y á emprender obras de utilidad manifiesta. En el poco tiempo que lleva al frente de Panamá ha logrado corregir grandes abusos y hacer que vuelvan á depender del Estado grandes extensiones de terreno usurpados al mismo.

El juego produce cantidades fabulosas. Una empresa ofrecia ciento cincuenta mil pesos anuales por la exclusiva en el negocio.

En Colón lo tiene contratado por mil duros mensuales un catalán apellidado García, al cual se le dió orden de que cesara en la explotación de aquel vicio; pero amparados sus derechos por el vicecónsul español, continúa ejerciendo su industria. Lo bueno del caso es que en el convenio se consigna que el producto del juego se destinará al sostenimiento de escuelas públicas, y no hay ninguna de éstas.

Se publica en Panamá desde 1849 un diario titulado **La Estrella**, que tira 1.500 ejemplares.

Periódicamente salen de aquella bahía vapores para los puertos principales de las Repúblicas del Sur, del Centro y del Norte de América.

La estación seca (el verano) es de Diciembre á Mayo y el resto la estación lluviosa. Junio es el mejor mes, lo que pudiéramos llamar primavera, si allí no sofocara siempre un calor escesivo.

XXIII.

El cuartel de las Monjas.-Muerte del general Gaytán.- Una proclama.

Pasábamos por el cuartel llamado de las Monjas, por haber pertenecido el edificio á una comunidad de religiosas, cuando llegó á nuestra noticia que se hallaba en él, preso y enfermo de gravedad, uno de los principales caudillos de las últimas revueltas políticas de aquel país, é intentamos verle.

Nuestros primeros pasos para lograrlo fueron infructuosos, y como nuestro amor propio se sentía herido al oír de labios de algún compañero de comisión que perdíamos el tiempo persiguiendo un imposible, redoblamos nuestras gestiones hasta conseguir el oportuno permiso para entrar en el aposento del general prisionero y moribundo cuando lo tuviéramos por conveniente.

Declaramos con ingenuidad que tal distinción, desusada en Colombia, no la debimos á nosotros, que sin duda alguna éramos absolutamente desconocidos para el general Santo Domingo Vila, sino á una carta de recomendación que para dicha autoridad nos había hecho el honor de entregarnos en la Habana el distinguido escritor americano Sr. D. Francisco Javier Balmaseda, íntimo amigo de la autoridad superior del Istmo.

Provistos de un volante con el sello del Gobierno general, nos personamos en el cuartel de las Monjas y se nos facilitó la entrada en el aposento del general Gaytán. La estancia en donde se encontraba este valeroso cuanto infortunado militar no tendría más de cuatro metros cuadrados. El mobiliario consistía en un catre, una mesa y cuatro sillas. La fisonomía del paciente era interesante y simpática; ojos negros, color trigueño, barba negra bastante poblada y frente espaciosa.

Junto al enfermo estaban los médicos Sres. Serpa (español), Idier, Langemer, Guerra, Herrera Rosa y Vallés, y los generales Santo Domingo y Rengifo.

La solicitud del Gobernador general en favor de la curación del enfermo era decidida, y obrando con plausible tacto, mandó llamar á los médicos más notables de todos los partidos políticos y otros que allí residen y que proceden de diversas naciones. Sin duda había llegado á sus noticias que en Panamá se decía que Gaytán moría víctima de un envenenamiento.

A la vista del enfermo había un centinela.

El pronóstico era fatal. Los médicos habían calificado la dolencia de fiebre perniciosa.

La noche en que tal suceso ocurría, el 12 de Abril, visitó la Comisión española al general Santo Domingo Vila con el único objeto de rendirle el homenaje de sus respetos y de su más alta consideración.

Dicha autoridad extremó sus bondades, enalteciendo á la Comisión española y tributando entusiastas elogios al Marqués de Campo por su generoso desprendimiento.

Eran las once de la noche cuando salimos del palacio del Gobernador, y como teníamos vivo interés en saber si se cumplían los tristes augurios de los médicos que asistían á Gaytán, solicitamos del General gobernador una orden para que se nos permitiera la entrada, no obstante lo avanzado de la hora.

No solo nos concedió el general Santo Domingo el favor que le pedíamos, sino que, dirigiéndose á uno de sus ayudantes, le dijo: "Acompañe V. al Sr. Mencheta al cuartel de las Monjas, que entre en el aposento de Gaytán y que permanezca en él todo el tiempo que quiera."

Cuando penetramos nuevamente en la enfermería, el aspecto de aquel caudillo era el del moribundo que se dispone á entregar su alma al Hacedor. Hallábase completamente desnudo; su constitución era la de un hombre fornido; su musculatura, muy desarrollada, revelaba sus bríos y su valor, reconocidos hasta por sus adversarios.

Su fisonomía presentaba todos los síntomas de la muerte, próxima é inevitable, y todos los caracteres de la llamada científicamente facies hipocrática, palidez mortal, ojos hundidos, sudor frio en la frente, nariz afilada, sienes oprimidas y grandes surcos amoratados al rededor de las órbitas; sus ojos entreabiertos, tan solo dejaban ver el blanco de ellos y girando constantemente al rededor de las órbitas. La insensibilidad era completa y la relajación muscular llegaba á tal grado, que la inercia era absoluta.

No obstante esto, los dedos de sus manos estaban crispados y como deseosos de hacer presa en algun objeto imaginario. Su respiración era tan anhelosa, que sus músculos pectorales se contraían desesperadamente como para vencer el insuperable obstáculo que se oponía al libre movimiento de las paredes del pecho; una mucosidad espumosa salía por entre su cárdenos labios, y el estertor de la agonía dejábase sentir con todo su lúgubre sonido, que repercutía en la estancia del malogrado y valiente general.

Nada tan fácil como vaticinar á la vista de tan triste cuadro el fin desastroso y rápido que había de tener.

Con efecto, una hora despues dejaba de existir el temible revolucionario á la par que cumplido caballero, cuya muerte constituía una sensible pérdida para el país y para el ejército colombiano. Así lo declaraban sus amigos y sus adversarios.

Nació Gaytán en Bogotá en 1851, siendo hijo de una familia bastante acomodada. Desde sus primeros años manifestó sus inclinaciones guerreras y se afilió en el partido radical. Tomó una parte activa á favor del Gobierno general en los acontecimientos de 1876-77, distinguiéndose en la acción sostenida en la llanura de Garrapata

entre conservadores y liberales, mandando á los primeros el general Marceliano Velez y á los segundos el general Santos Acosta. Triunfaron los liberales, y Gaytán fué ascendido á general de brigada por méritos de guerra.

En setiembre de 1884 se rebeló contra el general Aldana, jefe del Estado de Cundinamarca, que secundaba al Presidente de la República en sus planes atentatorios contra la Constitución entonces vigente.

Triunfó Gaytán en Guaduas, pero interviniendo el Gobierno nacional con sus fuerzas, logró se hiciera la paz, previo un convenio aceptado por las partes beligerantes. El Gobierno abandonó despues á Gaytán, inclinándose del lado de los reaccionarios.

En Octubre pronuncióse en el Estado de Santander el general Hernandez, quien defendia la misma causa que Gaytán. Este salió de Bogotá el 20 de Diciembre para tomar parte en la campaña que de nuevo se emprendia para defender las instituciones de que fué siempre valiente adalid.

Llegó á Honda, tomó los vapores en el rio Magdalena y sostuvo durante un año su campaña. Se apoderó de Barranquilla por capitulación y derrotó despues en dicha ciudad á las tropas nacionales, al mando del general Urueta.

En seguida puso sitio á Cartagena, que duró desde el 4 de Marzo hasta el 14 de Mayo del 85, derrotando á las fuerzas de la plaza tantas veces como intentaron romper el cerco puesto por Gaytán. Este abandonó el mando en jefe de las tropas sitiadoras á la llegada del general Vargas Santos, quien se vió obligado á levantar el sitio por la invasión de nuevas fuerzas nacionales, mandadas por los generales Briseño y Mateus.

Las fuerzas revolucionarias se concentraron en el rio Magdalena con el objeto de conservar esta gran arteria, que facilitaba sus rápidas excursiones á los puntos que deseaban atacar ó defender.

El 17 de Junio atacaron en la Ahumadera las fuerzas que mandaba el general Quintero Calderón. La lucha fué encarnizada, perdiendo en ella los generales revolucionarios señores Hernandez Sarmiento, Bernal, Vargas, Obando, Lombard y Lleras, y siendo hechos prisioneros por Gaytán los generales Reinales y Martinez, á quienes puso en libertad previa palabra de honor.

Siguió Gaytán combatiendo con empeño por la causa radical, hasta que, resuelto el ejército revolucionario de Santander á seguir para dicho Estado, disolvió sus fuerzas para evitar inútil derramamiento de sangre y se internó en la montaña del Carase con cinco compañeros, á quienes persiguieron las tropas del Gobierno, y al

mes cayó prisionero con otro de sus amigos, ambos enfermos y hambrientos.

Fué sometido á un Consejo de Guerra en Bogotá, el cual le condenó, como á su compañero Acevedo, á diez años de presidio. De Bogotá fué conducido á Cartagena de Indias y de este punto á Panamá, á donde llegó el 29 de Marzo.

La noticia de su muerte soliviantó los ánimos de los que veían en él al hombre que había de plantear los principios radicales en las esferas del poder, y se propusieron hacerle un entierro que tuviese todos los caracteres de una manifestación política y de una protesta contra la conducta del Gobierno, suponiendo maliciosamente que la muerte de su jefe no había sido natural. Lo cierto es que lo fué.

El cadáver había sido trasladado al Hospital para practicarle la autopsia, que fué hecha por el doctor cubano Sr. Masforroll, auxiliado por otros profesores. Los partidarios más resueltos de Gaytán procuraron por todos los medios obtener el corazón de aquel valeroso soldado para conservarlo, pero no lo consiguieron, al menos en los primeros instantes. Nosotros le vimos guardado en un frasco. Por cierto que era más pequeño que los de la generalidad de los hombres.

Habíase anunciado que el entierro se verificaría á las cuatro de la tarde, pero se efectuó dos horas antes por disposición gubernativa, logrando de esta suerte impedir la manifestación que se proyectaba.

Lo que no pudo evitar el general Santo Domingo Vila con sus medidas previsoras, fué que circulara la siguiente alocución:

“Señores:

Por decreto del ciego destino se hunde en tumba prematura el jóven general Ricardo Gaytán Obeso, que en vano desafió á la muerte en las batallas libradas en defensa de la causa liberal.

Amigo personal suyo y admirador de sus cualidades extraordinarias de caudillo y de guerrero, cumplo el deber sagrado, que se conforma con los sentimientos de mi alma, al rendir en este momento solemnemente doloroso el homenaje que reclama el hombre que mereció mi afecto y el jefe á quien obedecí en noble lucha por las libertades nacionales.

Las banderas, que de esas libertades tan queridas fueron símbolos, estaban ya de luto por aquellos que á su lado cayeron en el campo del honor; el partido liberal, agradecido, las pondrá hoy á media asta en recuerdo de esta nueva víctima, que las sostuvo con tanta firmeza, con tanta convicción íntima y desinteresada.

En esta tumba caen con el cadáver del general Ricardo Gaytán Obeso las esperanzas tan legítimas que engendraba en los corazones

liberales un hombre de su gran carácter. Su muerte es inmenso golpe que recibe el partido glorioso que quebrantó las cadenas del esclavo y decretó la emancipación del pensamiento y la conciencia. Olas de reacción pavorosas amenazan cubrir las alturas en que ondearan un día sus estandartes victoriosos. Pero ese partido posee la verdad y es inmortal; renacerá, como el fénix de la fábula, de sus propias cenizas y defenderá de nuevo el derecho en toda su plenitud, la santa libertad en todas las manifestaciones legítimas. Nuevos jefes le guiarán en la lucha que su índole le impone, y que le llevarán á la cumbre. Esos jefes tendrán en Gaytán y en su martirio un precedente que invocar y una enseñanza que seguir; así serán dignos de la victoria final de la gran causa.

Adiós, valeroso é invicto jefe! ¡Adiós, noble y generoso amigo!

MANUEL SANTO DOMINGO NAVAS."

Aquel mismo día se embarcó para Nueva-York el firmante de la precedente alocución. Nosotros le despedimos á bordo de un vapor americano. No se creía seguro en Panamá.

XXIV.

Nuestra primera visita á las obras.-Un rasgo de Mr. Lesseps.-El Obispo de Costa-Rica.-El cónsul del Ecuador.

El ingeniero director de las obras del Canal, Mr. Boyer, habia citado á la Comisión española para salir de Panamá á las seis y media de la mañana del 13 de Abril, á fin de recorrer una buena parte de los trabajos que se estaban realizando en el trayecto que media entre Cascadas y Matachín, que son de los que más dificultades ofrecen.

Un tren especial nos condujo á la estación de Cascadas, en donde nos apeamos á las siete y 30. La compañía habia dispuesto se tuviesen preparadas algunas caballerías para que la expedición fuese lo menos molesta posible. El presidente de la Comisión, Sr. Sanchiz, prefirió hacer la excursión á pié, igualmente que Mr. Boyer, pero no todos opinamos de la misma manera. El autor de este libro se decidió por ser plaza montada.

Al partir de Cascadas en dirección al Canal, advertimos que en aquella sección se trabajaba con más empuje que en las otras. Centenares de obreros, negros, sudaban copiosamente abriendo barrenos, cargando vagonetas y trasbordándolas á los vertederos. La casi totalidad trabajaban medio desnudos, siendo raro encontrar alguno calzado. La visualidad de las obras era en aquel punto verdaderamente grandiosa.

Lo más notable que vimos fué el efecto producido por la explosión de una mina cargada con 800 kilogramos de pólvora, que se hizo estallar á presencia de Lesseps en el sitio llamado Bajo-Obispo, y que produjo 3.000 metros cúbicos de piedra, midiendo algunos bloques tres metros. La explosión lanzó algunas piedras á dos kilómetros de distancia. El empleo de estos medios significa la pérdida de trabajo de un número muy considerable de obreros, que tienen que suspender sus operaciones y guarecerse en sitio seguro. Lo propio ocurre con el movimiento de trenes encargados del trasbordo de materiales.

No como utilidad, pues, sino como un festejo por la presencia del ilustre Lesseps en el Canal, se efectuó la explosión, que, como hemos dicho, significaba una pérdida inmensa de trabajo.

Dos gruas de vapor facilitan la extracción de los bloques y los colocan en los vagones destinados al arrastre de los mismos hasta los vertederos.

Hay puntos en donde falta excavar más de cuarenta metros de profundidad sobre lo que era el lecho del Rio-Obispo, y otros en los que se han practicado trabajos de canalización que se escapan á la vista del que visita las obras, por estar otra vez cubiertos por la vegetación, allí tan espontánea como exuberante.

A corta distancia del punto indicado está Gamboa, agrupación de casas para empleados y trabajadores, elegantes unas y muy malas otras. Junto á las primeras veíamos miles de cascos de botellas y multitud de latas vacías de conservas. Todos los cargos mejor recompensados están desempeñados por franceses. Estos se cuidan mucho y hacen bien. Unicamente así tendrán una problemática posibilidad de no perecer al poco tiempo de encontrarse en aquellas latitudes.

El sol nos abrasaba y el cansancio nos rendía al llegar á Gamboa, y deseosos los Sres. Retortillo y Maristany y el que estas líneas escribe de encontrar cerveza con que humedecer las fauces y de descansar un poco bajo techado, recorrimos varias cabañas hasta encontrar lo que con tanto anhelo perseguíamos.

Vimos en brazos de la dueña del tabernucho en donde nos refugiábamos una niña mestiza, verdadero prodigio de su raza por lo hermosa y por lo viva, y la acariciamos con satisfacción. Bien pronto supimos que aquella criatura habia venido al mundo encontrándose Mr. Lesseps visitando las obras del Canal, y que con tal motivo la habia apadrinado aquel ilustre personaje y la habia bautizado el Obispo de Costa-Rica.

Hé aquí copia de su fé de bautismo: Hay un membrete que dice: "Compañía universal del Canal de Panamá.— Dirección. —Nota.

Gamboa 26 de Febrero 1886. Hoy bauticé echando agua de socorro á Ferdinanda, hija natural de Rafaela Olivares. Fué padrino el conde Ferdinando de Lesseps y madrina Josefa Varsallo Olivares. Las ceremonias deberán repetirse á la primera ocasión.

Bernardo Augusto, Obispo de Costa-Rica.—Ferdinando de Lesseps."

La familia guarda como una reliquia el documento en cuestión y una moneda de oro de 20 francos con el busto de Napoleón, acuñada en 1860, regalo de Lesseps.

Nos asociamos á esta obra de caridad entregando á la madre de la niña apadrinada por Lesseps una moneda de 25 pesetas con el busto de D. Alfonso, acuñada recientemente, para que la uniera á la arriba mencionada, pues ella indicaria el año en que nacio su hija y el en que desgraciadamente habia muerto el malogrado Rey de España.

El rio Chagres limita el término de Gamboa, en cuya ribera está situado el observatorio para medir las aguas, el cual visitamos detenidamente.

El fluviómetro marcaba á las diez de la mañana 14 ms. 98 sobre el nivel del Atlántico.

El pluviómetro daba por término medio mensual en aquella estación 28 m/m.

La temperatura media á la sazón era: á las doce del dia 36° centigrado y de 18° á media noche.

Forzoso era embarcarnos para dirigimos á la estación de Matachín, en donde habíamos de tomar el tren de regreso á Panamá. Varias piraguas nos condujeron á aquella cruzando las mansas aguas del Chagres, junto á la desembocadura del Rio-Obispo y por debajo del ligero puente de hierro colgante, de 35 á 40 metros de longitud y unos 20 de altura, que pone en comunicación á los pueblecillos situados en las laderas del rio cuyas aguas surcábamos.

A la vista del puente citado, y en el sitio más pintoresco del rio, habia lavando más de sesenta negras, cubriendo las más honestas su pecho con un pañuelo, desnudas sus piernas y apenas veladas las demás formas de su cuerpo. Algunas de ellas no usaban más prenda que anchos sombreros de palma, que resguardaban sus cabezas de los abrasadores rayos del sol.

En la sección de Matachín á Emperador trabajan unos 2,500 obreros. Solo habia en ella un español empleado, don Antonio P.

García, natural de Cuenca. Los obreros ganan peso y medio y trabajan diez horas, de seis á once de la mañana y de una á seis de la tarde.

Recorrimos el trayecto de Matachín á Panamá con una rapidez de 50 kilómetros por hora. El menor accidente nos hubiera llevado á la eternidad. El estado de la línea férrea no permite pruebas de aquella naturaleza sin exponerse á un contratiempo.

Al regresar á la fonda fuimos honrados con la visita de monseñor Kiel, Obispo de Costa-Rica, expulsado por el Gobierno de aquel país por haberse opuesto al cumplimiento de órdenes dictadas contra los jesuitas. Monseñor Kiel es un jóven sacerdote de mucho saber y de no escasas virtudes. En Panamá cuenta con generales simpatías. Es entusiasta de las obras del Canal, y con frecuencia las visita en los puntos inmediatos á la ciudad.

El docto prelado tributó muchos elogios al Marqués de Campo por su poderosa iniciativa, y se lamentó al propio tiempo de que España hiciese tan poco por mantener vivo el entusiasmo por la madre patria en las Repúblicas que un día fueron territorio suyo.

Poco despues recibimos otra visita, la del dignísimo cónsul general del Ecuador en aquella capital, coronel D. Nicolás Orfila.

Grande fué la satisfacción que experimentó el presidente de la Comisión española, señor brigadier Sanchiz, al reconocer en aquel funcionario á un antiguo amigo tan luego como se cambiaron las frases de cortesía que son naturales en las presentaciones de la índole de la que nos ocupa.

Recordó el brigadier Sanchiz haber sido en Guayaquil el primer oficial que llevara á tierra una comunicación de su comandante contraída á saludar á las autoridades de aquel puerto, participando el arribo de la *Ferrolana*, primer buque de guerra español que despues de la independencia de aquel Estado se presentaba en las aguas del Pacífico.

El coronel Orfila recordó á su vez que en aquella época, 1851, se encontraba en Guayaquil ejerciendo el cargo de capitán de la fragata *España*, y que con este motivo tuvo ocasión de conocer y tratar al Sr. Sanchiz, entonces teniente de navío.

Reconocidos ambos amigos, hicieron memoria de la espléndida acogida que se dispensó en Guayaquil á la tripulación de la *Ferrolana*, y el entusiasmo general con que se saludó oficialmente y según la ordenanza la bandera española, siempre querida y siempre respetada de los ecuatorianos.

Comprendíamos perfectamente la viva emoción que sentían ambos veteranos militares al abrazarse después de 35 años de no saber uno del otro y verse juntos en otra ciudad del Pacífico, teatro de la obra colosal que debe cambiar la faz del comercio entre los dos mundos.

XXV.

Excursión marítima.-Un paseo por el Rio-Grande.-A caza de cocodrillos.-Corozal y Miraflores.

A las ocho de la mañana del día siguiente abandonamos el Hotel y, acompañados del ingeniero Sr. Bunan Varilla, nos dirigimos á un mal llamado embarcadero y, casi en hombros de los boteros, fuimos colocados uno á uno en las lanchas que después nos trasbordaron al vaporcito **Luisa**, propiedad de la Compañía canalizadora, el cual ostentaba en su tope la bandera española. Veinte minutos de navegación bastaron para encontrarnos en la embocadura del Canal en construcción, á corta distancia de las isletas Perico, Naos y Culebra. En aquel punto vimos funcionar la única máquina que entendemos responde á la magnitud de las obras acometidas; una draga sistema Compound, de 300 caballos de fuerza. Costó en Glasgow 120.000 duros; extrae desde el lecho del mar 250 metros cúbicos de fango y arena cada hora que trabaja. Los canjilones tienen cabida para 400 litros. El Canal será allí de 50 metros de anchura y nueve de fondo en las mareas bajas. La diferencia entre pleamar y bajamar es de siete metros.

Terminada nuestra visita á la draga, embarcamos en un vaporcito de poco calado é hicimos rumbo hácia la boca del Rio-Grande que dista unas cuatro millas de donde nos encontrábamos, para recorrer el taller central allí establecido, en el que se estaban montando varias dragas de río. Cuatro de ellas hallábanse casi concluidas y dos bastante adelantadas en el ajuste de sus piezas. El material de ellas procede de Bélgica. Observamos que las planchas que se emplean tienen poca consistencia y que ninguno de los artefactos que para el montaje se usan llaman la atención por su novedad. Se remacha á golpe de martillo y se usa la chicharra ó la matraca para taladrar. Se nos dijo que en los talleres se daba trabajo á quinientos obreros, pero no vimos más de noventa. El jornal que perciben oscila entre uno y cinco pesos, según sus aptitudes. Hay que tener presente que el salario sube y baja, obedeciendo á la ley de la oferta y la demanda.

Embarcamos nuevamente y dimos un paseo por Rio-Grande hasta llegar á Corozal y Miraflores.

Es delicioso un paseo en una chalupa de vapor por Río-Grande. Sus riberas son hermosísimas. Verdaderos bosques de manglares y otras plantas acuáticas forman los márgenes de río tan pintoresco como malsano. Una de las islas que forma el río está habitada por indios y constituye un punto de vista en donde la naturaleza ha prodigado todos sus encantos. No es cosa fácil encontrar panorama más lindo que el que presentan las cabañas entre los troncos de gallardas palmeras y otros árboles tropicales. Sus habitantes, todos ellos negros, deben tener una naturaleza de hierro para resistir aquel clima y las emanaciones pestilentes de las aguas que les rodean. Grupos de chiquillos, desnudos la mayor parte, estaban jugueteando á las puertas de sus chozas. Todos ellos llevaban pendiente del cuello un escapulario.

Nos habíamos provisto de carabinas Remington, en el supuesto de que veríamos algunos caimanes en donde poder probar nuestra puntería en competencia con el ilustrado capitán de artillería D. Mariano Dusmet, pero no tuvimos ocasión de disparar el arma, toda vez que el único que se presentó á nuestra vista se zambulló en el agua apenas advertimos su presencia al borde del río.

Más afortunado el Sr. Dusmet, hizo blanco en un enorme cocodrilo, que se lanzó á la corriente al sentirse herido.

Cuando Mr. Lesseps hizo igual expedición se mataron cinco ó seis caimanes.

Nuestra navegación terminó en el sitio llamado Corozal y Miraflores, precisamente en el que há tiempo se suspendieron los trabajos de canalización por quiebra, al parecer, de la Compañía americana, que los tenía á su cargo. Poca importancia tendria ésta á juzgar por los artefactos que empleaba para la extracción de tierras. No vimos otro material que dos malas dragas de madera, de las llamadas de cuchara, y dos gruas giratorias peores que las dragas. Con tales elementos no podría tomarse en sério que el Canal estaría terminado en cien años en la sección á que nos referimos.

Nada tan natural como suponer á la vista de los detalles apuntados y de otras observaciones que hicimos en diversos puntos en donde se realizan obras, que, más que contratistas, ha habido negociantes de dudosa buena fe en la primera época de los trabajos y en determinadas secciones de éstos.

El material inútil abunda de una manera escandalosa. Una visita de inspección formal y concienzuda demostraria que está inservible una buena parte de aquél. Esta es nuestra opinión, que podrá ser errónea, pero es sincera y desinteresada.

Acaso la escasez de dinero para acometer obra tan colosal obligara á la empresa, al inaugurarse los trabajos, á aceptar el material que le brindaban casas constructoras en condiciones ventajosas para las mismas.

Sea como quiera, nosotros nos atrevemos á aventurar, por nuestra propia cuenta, que el impulso que se dá á las obras con el material existente no responde á los deseos de Mr. Lesseps de que terminen en 1888.

Se nos calificará de osados, de ignorantes tal vez, si afirmamos que no creemos esté concluido el Canal antes de 1893, centenario precisamente del descubrimiento de aquella tierra americana. Pero esta es nuestra opinión honrada, despues de oir el parecer de personas competentes. ¡Ojalá nos equivoquemos! ¡Ojalá abunde el dinero y sobren elementos de combate para destruir la barrera que impide la unión del Pacífico y del Atlántico! ¡Ojalá pueda decir en 1888 la gran figura de este siglo: "Lo que se creía un imposible, se ha realizado!"

XXVI.

El Hospital de Panamá.

Aquel mismo día por la tarde visitamos el Hospital de la Compañía, situado en las afueras de la población, en las vertientes de un monte que domina la ciudad y la cuenca de Rio-Grande, y que se eleva unos 20 metros sobre el nivel del mar. Consta de 15 pabellones-barracas de madera, con cubierta de teja vana, destinados á enfermerías, y tres en construcción, más los departamentos anexos de necesidad en estos establecimientos.

En la construcción del que nos ocupa no ha regido un plan meditado, toda vez que el servicio se hace penoso por la gran superficie que ocupa.

Las enfermerías constan de un solo piso; son de forma rectangular y de capacidad que varía entre 20 y 60 enfermos.

Entre el suelo y el piso media un espacio de cincuenta centímetros para evitar la humedad. Hállanse los pabellones rodeados de galerías cubiertas.

Las primeras enfermerías que se construyeron carecían de ventilación suficiente, á causa de ser completamente cerrada su techumbre, defecto que se ha corregido en las nuevas, en las que se efectúa la renovación del aire en sentido ascendente.

A pesar de las excelentes condiciones del Hospital, advertimos alguna deficiencia en cuanto á su capacidad se refiere, puesto que consideramos excesivo el número de enfermos en algunas salas.

La distancia que separa unas camas de otras no llega á metro y medio, y en algunos departamentos no excede de noventa centímetros.

Las enfermerías y demás edificios anexos están aislados unos de otros y rodeados de parquecillos llenos de vegetación, dando acceso á ellos espaciosos andenes provistos de cunetas que sirven de desagüe á las enfermerías.

La comunicación á todos los departamentos se verifica al aire libre, careciéndose de pasos cubiertos que defiendan á los transeuntes de los ardorosos rayos del sol y de las abundantes lluvias.

Tiene capacidad el Hospital para 500 enfermos. Los de cirugía están separados de los que sufren otras enfermedades y los negros de los blancos. Habia entonces 350 enfermos; dos terceras partes sufrían paludismo en todas sus manifestaciones y disentería y el resto fiebres y pulmonías, excepción hecha de los que se encontraban en las salas de cirugía, en las que, sea dicho de paso, se hacen curas verdaderamente asombrosas por el doctor cubano Sr. Masforroll.

El servicio facultativo está desempeñado por dos jefes, encargados el uno de la parte médica y el otro de la quirúrgica, y cuatro agregados. El personal subalterno, compuesto de internos (practicantes), depende de aquellos, y hay asignado uno por cada enfermería.

La dirección y administración están á cargo de las hermanas de la Caridad, siendo la superiora del establecimiento una joven ilustradísima y dechado de virtudes, llamada Sor María, natural de Tours (Francia), á quien secundan con el fervor propio de su vocación 25 religiosas.

No hay director jefe de los servicios, ni se lleva estadística ni documentación de ningún género, limitándose los médicos á comunicar diariamente á la Compañía la relación de enfermos existentes y las novedades ocurridas durante las veinticuatro horas últimas.

Procuramos inquirir el número aproximado de bajas ocurridas desde la fundación del Hospital, y se nos dijo: "Imposible!" Intentamos conocer otros detalles para apreciar la mortalidad, y no fuimos más afortunados. La reserva de los médicos no pudo ser más absoluta; el más expansivo contestó á nuestras preguntas con insinuaciones muy vagas.

—“La Compañía le facilitará á V. los datos que pide,” nos dijeron.

La Compañía...?

No vimos instalaciones especiales para determinadas dolencias, ni gabinetes hidroterápicos, tan indispensables en un país donde la anemia esencial ó sintomática constituye el fondo de todas las enfermedades. A esta observación que hizo el médico de la Comisión española, Sr. Vidal y Teruel, se le objetó que “algo había”, pero no sería muy bueno cuando no se nos enseñó.

El arsenal quirúrgico del establecimiento nos pareció bastante completo, y se emplea en el tratamiento de las enfermedades pertenecientes á cirugía la cura antiséptica fenicada de Lister exclusivamente. El doctor Masforroll, que, como hemos dicho antes, es una notabilidad en la ciencia quirúrgica, tuvo la bondad de enseñarnos algunos casos clínicos, verdaderamente extraordinarios, en las salas de que es jefe facultativo.

Además del Sr. Masforroll estaban prestando sus servicios en el Hospital otros compatriotas nuestros, cuyo sueldo mensual es de 300 pesos.

Aparte de los lunares que hemos señalado, reúnen excelentes condiciones todas las dependencias y la asistencia á los enfermos es esmerada.

Hay departamentos especiales para los empleados de la Empresa según sus categorías, y se facilita asistencia, tanto á los obreros que dependen directamente de la Compañía como á los que trabajan por cuenta de contratistas, siempre que éstos satisfagan lo estipulado. Asimismo se alberga á los extraños á las obras mediante la debida retribución.

Cuenta este asilo benéfico con un departamento para huérfanas, en donde hay recogidas quince niñas de cinco á quince años; una biblioteca con libros en varios idiomas para distracción de los enfermos convalecientes, y una capilla con su sacerdote del culto católico.

El agua de que se surte se recoge en uno de los cerros inmediatos á los pabellones.

La estancia de cada enfermo cuesta á la Empresa de tres á cuatro duros por día.

En la construcción del Hospital se invirtieron más de quinientos mil francos.

XXVII.

Banquete en honor á la Comisión española.

En la noche del mismo día en que habíamos visitado los sitios que en los dos capítulos anteriores reseñamos, obsequió el alto personal de la Compañía á la Comisión española con un exquisito banquete. No pudimos asistir á él por sentimos con amagos de disentería, pero nos procuramos datos de lo ocurrido, que nos comunicaron nuestros compañeros de Comisión que asistieron á la fiesta.

La comida fué excelente. Cuando empezó á servirse, el ingeniero director de las obras del Canal, Sr. Boyer, manifestó haber recibido un telégrama de Lesseps saludando y felicitando al presidente de la Comisión española y á los individuos que la componían.

Al destaparse el Champagne levantóse el brigadier Sanchiz, y pronunció un elocuente y sentido brándis enalteciendo á Mr. Lesseps y agradeciendo su afectuoso saludo, así como las atenciones dispensadas á la Comisión por Mr. Boyer y por los demás ingenieros. Hizo votos por la conclusión del Canal en el plazo más breve posible.

El Sr. Boyer se expresó en francés en estos ó parecidos términos:

“Señores: Siento no poder expresar mi sentimiento en la hermosa lengua castellana, pero en el poco tiempo que habito en este país no he tenido el suficiente para poder familiarizarme con ella.

Siento también que Mr. Lesseps no se encuentre entre nosotros. El os diría con propiedad el valor que para nosotros tiene vuestra venida; él os lo diría, repito, con esa elocuencia comunicativa, con esa fé maravillosa, con ese ardor profundo que todos en él admiramos, con el cual parece que arrastra y que abre las montañas.

Lamento de todas veras no disponer de mayores medios de comunicación para que visiteis nuestros trabajos; pero estad convencidos de que si no os damos más facilidades es porque carecemos de ellas. Lo que tenemos os lo ofrecemos con satisfacción inmensa, porque todo nuestro afán es que podáis visitar las obras en sus menores detalles.

Creedlo, señores; grata complacencia nos ha producido vuestra presencia aquí, presididos por un oficial general, que une á su pericia y á sus méritos militares conocimientos científicos extensos, y formando parte de la Comisión ingenieros ilustradísimos, doctos catedráticos y personas distinguidas y altamente apreciadas por su posición y por las relevantes dotes que les adornan.

Señores: brindemos por la grande España y por el Marqués de Campo."

La fiesta terminó á las doce de la noche.

XXVIII.

De Panamá á Colón.

El 16 de Abril era el día fijado para la salida del vapor **City of Para** con rumbo á Nueva-York, y quisimos aprovechar la ocasión que se nos presentaba para enviar á **La Correspondencia de España** las impresiones que habíamos recibido, escribiendo en Colón lo acaecido desde nuestro arribo hasta zarpar el buque antes mencionado.

Salimos de Panamá, acompañados del capitán Dusmet, á las siete de la mañana. En la estación de Panamá, si así puede llamarse el punto de parada de los trenes, sin abrigos que resguarden del sol ni la lluvia á los viajeros antes que ocupen sus asientos, como en la estación (?) de Colón, no hay que molestarse en tomar billetes. No se expenden. El pasajero se sienta donde tiene por conveniente y espera la presentación del conductor encargado de la cobranza, quien recibe el valor del viaje y se lo mete en los bolsillos. En ellos acumula las monedas de oro, y suele guardar las de plata en una cartera parecida á las que usan los recaudadores de nuestros tranvías.

Por el trayecto de Panamá á Colón (74 kilómetros), se cobran 25 pesos á los extranjeros y diez á los del país. Se recauda un dineral en los seis trenes que diariamente recorren la línea, y la empresa ha de fiar en la honradez del empleado, puesto que ninguna fórmula de contabilidad lleva éste.

No debe sorprender, pues, que algunos cobradores se hayan retirado al poco tiempo bien acomodados. En Colón se dice que son casi tan lucrativos dichos cargos para las gentes poco escrupulosas como los de vistas de las aduanas de Cuba.

Lo que sí nos extrañó muy mucho, fué que en tantos años como aquel ferro-carril está en explotación no se halle mejor administrado.

Llegamos á Colón á las diez y cuarto de la mañana y nos dirigimos al puerto en busca de un bote que nos condujera al **Magallanes**, que habia desatracado para que entrara en muelle un vapor inglés. Más de una hora perdimos sin lograr nuestro objeto; en cambio vimos abandonado en uno de los muelles el cadáver de un infeliz trigueño, que habia fallecido momentos antes de nuestra llegada.

Aburridos de que nuestras diligencias no resultaran eficaces y molestados por el sudor, que habia pegado al cuerpo nuestras ropas

como mortificante sinapismo, aceptamos el ofrecimiento que nos hizo uno de los bribones que pululan por los muelles de buscarnos un bote mediante una comisión de tres pesos. Cumplió su palabra el negro, pero no nos sentimos con valor suficiente para fiar nuestras vidas á la inseguridad de una ligera piragua y á la destreza de aquel marino improvisado.

Renunciamos ir á bordo y nos dirigimos al Hotel Roma, en donde, por fortuna nuestra, se encontraba de paso para Nueva-York el comerciante español, en dicha ciudad establecido, D. Arístides Martínez, amigo del capitán del vapor americano **City of Para**, Sr. Dexter, á cuya galantería debimos que se pusiera á nuestra disposición un bote remado por seis marineros, que nos condujo á bordo del **Magallanes**.

XXIX.

Bohio Soldado.-Tabernilla.-Observaciones curiosas.

No como individuo de la Comisión española, sino como viajero curioso, tomó el autor de este libro el primer tren de la mañana siguiente y se fué primero á Bohio Soldado y á Tabernilla luego con el objeto de ver las obras, desposeido de todo carácter oficial.

Bohio Soldado es el primer cerro de Colón á Panamá que ha de atravesar el Canal.

En esta sección, que comprende diez kilómetros, que empiezan en el 16, hay multitud de casas que forman un pueblo animado y pintoresco. No ofrecen dificultades serias las obras en esta parte del Canal. La elevación del terreno sobre el nivel del mar es allí de seis á siete metros, excepción hecha de la colina indicada, que es de roca y tiene una elevación de 53 metros, á la cual se ataca por medio de la pólvora y de la dinamita.

En Bohio Soldado tiene la Compañía un taller de reparación de máquinas y las oficinas necesarias para llevar cuenta diaria del movimiento de los trabajadores, que, sea dicho de paso, no era mucho en aquella ocasión.

En Tabernilla, punto céntrico del Canal, hay también establecido un pueblo para los trabajadores y varios talleres. Se proyecta construir allí la estación central para el cruce de los barcos. Adelantan poco los trabajos.

Había llegado la hora en que almorzaban los obreros y entramos en un tabernucho, á fin de enterarnos de la clase de comida que toman y el coste de las viandas que consumen.

Sabe ya el lector que el obrero gana peso y medio el día que trabaja, y ahora debe fijarse en lo que gasta, para deducir consecuencias.

Su desayuno es generalmente una taza de café y una copita de ron, que le cuestan 15 centavos. Para almorzar toma un plato de mondongos, que vale 10 centavos, y como no basta ésto para alimentar su extenuado cuerpo, efecto del sudor constante que baña su piel en las horas de trabajo, repite el plato, ó lo pide de piltrafas, ó come una ración de tasajo, que cuesta de 20 á 30 centavos, que con los 5 del pan, resultan que al llegar al medio día, ha gastado el obrero medio peso sin beber vino, cerveza ni agua potable.

El coste de la comida viene á ser el mismo. Así es que el obrero gasta un peso diario en comer. Supongamos que trabaja al mes 24 días, para lo cual se necesita tener una naturaleza de hierro, que pocos tienen, y que la ropa, limpieza de la misma y otros gastos indispensables no excedan de 10 centavos por día; pues aún así tendremos que ha ganado al mes 36 pesos y que ha invertido en su manutención 33. Es decir, puede ahorrar mensualmente, gozando de buena salud y no abundando las lluvias, 3 pesos. De este modo se explica que en cuanto reunen el dinero suficiente para marcharse, dicen: "Ahí queda eso". Claro está que los que han de morir de hambre en su país prefieren vivir allí muriendo, lo cual justifica que vuelvan algunos.

Preguntamos si habian ido muchos trabajadores españoles, y se nos dijo que llegaron unos 300, llevados por un reclutador, el cual cobró 3.000 pesos al llegar á Colón los expedicionarios, á quienes se condujo á Emperador y se les tuvo cinco horas al sol, mientras se averiguaba á qué contratista le convenian. Consecuencia de ello fué que enfermaron dos terceras partes y murieron la mitad. No hay más compatriotas que dependan de las Compañías del Canal que un ingeniero recién llegado, tres médicos cubanos, un sobrestante y dos ó tres empleados más. Los que sobrevivieron de los que fueron conducidos á Emperador, han regresado á la patria, en su mayoría socorridos por el vicecónsul y por la colonia, y en casas particulares se hallaban colocados unos cuantos, hasta que llegase para ellos el ansiado momento de perder de vista región tan mortífera.

De los 12.000 trabajadores que á lo sumo hay ocupados en el Canal, dos terceras partes son de Jarnáica. El resto puede subdividirse en la siguiente forma: De las Barbadas, 1.450; de la Martinica, 900; de Santa Lucía, 600; de Nueva Orleans, 550; de Venezuela, 300, y de Cartagena de Indias, 200.

De los empleados, son franceses 278 y 46 de otros países. El ingeniero director percibe 8.500 francos mensuales, más un tanto por

ciento de las economías que plantee, y el listero, que es la graduación superior al obrero, unos 100 pesos. El salario mensual de los empleados viene á ser de 900 á 1.000 francos.

Hay colocados en calidad de temporeros más de 250 franceses y 80 de otros países, ganando 500 francos mensuales.

El total de empleados, cuando visitamos las obras, no bajaba de 650, de los cuales 530 eran franceses. Nos pareció excesivo semejante estado mayor para ejército tan reducido.

Habría advertido el lector que no hemos citado á los chinos al ocuparnos de los trabajadores del Canal. China fue que prestó más numeroso contingente de obreros cuando se realizaron las obras del ferro-carril interoceánico, pero ahora explotan sus súbditos á los que trabajan en las obras.

La emigración de chinos es lenta, pero constante. Poco á poco van apoderándose del comercio del Istmo. Son contadísimos los que trabajan en las obras, pero son muchos los que medran á su sombra. Los chinos no admiten sociedad con ningún extranjero. Muchos de ellos están dominados por el vicio del juego y pierden en un momento lo que han ganado en muchos años, llegando á jugarse hasta sus tiendas y utensilios. No extraña á nadie tener noticia de que el comercio de Wen-Chun ha pasado á ser propiedad de Ya-Ko-Wo, que lo ganó la noche anterior jugando al dominó, á los dados ó á las cartas.

Cuando alguno de ellos se arruina, trabaja hasta ahorrar lo suficiente para dedicarse de nuevo á la venta al pormenor de los artículos de más consumo, donde se proporciona mayores ganancias. Su concurrencia á las obras es siempre por muy poco tiempo.

Hemos procurado evidenciar en el presente capítulo que no están compensados el trabajo del obrero ni las privaciones que forzosamente ha de sufrir, efecto de la dura vida á que está sometido, la mala calidad de algunos alimentos, las emanaciones de un suelo vírgen y de un clima húmedo y cálido, y de multitud de causas físicas y morales que contribuyen al desarrollo de las enfermedades, de las cuales no se ven libres tampoco los altos funcionarios.

Tenemos, pues, que no ha de ser el menor inconveniente que se ofrezca á la continuación de las obras la falta de brazos, si se pretende dar mayor impulso á aquellas que el que han tenido hasta el presente.

Sin duda, anticipándose á la crisis que puede sobrevenir, se ha contratado la parte más esencial de las obras con importantes empresas, que podrán suplir con maquinaria la carencia de jornaleros, y se

ha desistido, al parecer, de ejecutar algunos trabajos que se anunciaron, y hasta llegó á suponerse ya planteados, cuando nada se había hecho.

Se aseguraba, al visitar nosotros el Istmo, que no estaba decidido aún si se construirían los puertos artificiales, si sería indispensable la proyectada trinchera y desviación del río Chagres, y si se harían puertas exclusas para salvar los inconvenientes de las mareas entre los dos Océanos.

XXX.

La Culebra.-Dos bajas.-El servicio en las fondas de Panamá.

La Comisión española visitó en la mañana del 15 la sección de las obras del Canal llamada la **Culebra**, en la que trabajaban unos 1.800 á 2.000 hombres y cuatro excavadoras, cada una de las cuales presta un producto diario de trabajo equivalente al de 70 braceros.

Los dos kilómetros que esta sección comprende son montañosos; la excavación que hay que hacer en ella es de 28 millones de metros cúbicos, y para establecer la línea férrea de vía estrecha que facilita la ejecución de las obras se tropezó con grandes dificultades.

El trabajo que ha de practicarse en aquella sección es el de crear un valle de 129 metros de profundidad. La Culebra tiene 120 metros sobre el nivel del mar.

Como excavación es el trabajo más importante y difícil del proyectado Canal. Las excavadoras con sus transportadores funcionaban con regularidad sobre los rails en que descansan.

Se estaban montando tres excavadoras más. Buena falta hacen estos elementos de combate para que las obras adelanten.

De distancia en distancia se han hecho sondeos para examinar las condiciones geológicas del terreno y conocer las capas de tierra que hay que extraer.

Una de las dificultades con que se lucha en aquella sección durante el verano es la falta de agua; en cambio en la época de las lluvias apenas se puede trabajar.

El lector encontrará en el artículo con que nos ha favorecido nuestro compañero de expedición, el distinguido ingeniero militar D. Manuel Cano, cuanto se refiere á la magnitud de las obras. Por ello descartamos de aquí, como hemos hecho en los capítulos anteriores y haremos en los sucesivos, cuanto se relacione con la parte técnica y científica de los trabajos.

Un contratiempo, por fortuna sin consecuencias graves, detuvo algunos momentos aquel día la marcha de la Comisión. Al dirigirse de Culebra á Emperador, cayó del caballo que montaba, desvanecido sin duda por la fuerza del sol, comparable en aquellas latitudes al del desierto, el ingeniero del puerto de la Habana Sr. Paradela.

La impresión de los expedicionarios al verle en el suelo, sin sentido, fué tristísima, suponiendo estaba gravemente lesionado; pero reconocido, resultó, con gran satisfacción de todos, que el accidente habia sido leve y que únicamente habia experimentado algunas contusiones que no comprometían su existencia.

Trasladado el enfermo con la comodidad posible á casa del jefe de la sección de Emperador, se le prodigaron los auxilios que su estado requería, hasta recobrar por completo el conocimiento y encontrarse en disposición de regresar á Panamá.

Otra baja habia sufrido la Comisión con anterioridad á la del Sr. Paradela. El joven é ilustrado catedrático de la Universidad de la Habana, D. Simón Vila y Vendrell, se encontraba enfermo hacia dos días, atacado de fiebre del país, llegando á alarmarnos su estado. Por fortuna el inteligente médico de la Comisión, Sr. Vidal y Teruel, combatió con éxito la dolencia, y á ello y á su celo se debió que el Dr. Vila escapase del triste fin que tan de cerca le amenazó.

Desdichado del que esté enfermo en Panamá, hospedado en el Hotel Central, si no tiene amigos que le cuiden. El servicio es pésimo en la mesa, no obstante percibir el fondista cinco duros diarios por huésped, pero el de los cuartos no existe sino en casos raros. No tuvimos la suerte de que acudiera un camarero al nuestro cuando lo llamábamos, pero el Sr. Dussacq la tuvo una vez, y le contestó el fámulo que le serviría *per amititia é per consideratione; ma non per dovere*.

Otro compañero, el Sr. Laffite, dejó unas botas á la puerta de su cuarto, cuando iba á acostarse, para recogerlas limpias por la mañana.

Al siguiente día se calzó otras en vista de que no habian devuelto las primeras, y le sucedió lo que el día anterior; las botas no parecían.

Cuando no le quedaba más que un par, llamó al camarero para que le trajera los otros, y al presentarse éste, despues de una hora de espera, contestó secamente: "Mañana".

Es decir, habia necesitado tres días para limpiar cuatro botinas y se tomaba 24 horas para traerlas á su dueño.

De esos repugnantes insectos, parásitos y chupópteros, que tanto abundan en las casas pobres y muy particularmente en las de Madrid, durante el estío, no he de decir más sino que constituyen en aquel país una verdadera plaga. Los habitantes de Panamá tienen que alimentarse para nutrirse ellos y nutrir á la multitud de bichillos, que hallan abundante pasto en la empobrecida sangre de las personas que viven en aquella parte del globo.

Debido á esta causa y al sofocante calor que se siente, se pasan las noches intranquilas, dejando el sueño de ser reparador con estas continuas molestias.

Tampoco son fuertes en contabilidad en la indicada fonda, que es la mejor del Istmo, pues el día de nuestro arribo, que nos honraron almorzando con nosotros dos ingenieros del Canal, apuntaron en la cuenta 15 botellas de Champagne y no bebimos más que siete.

El error se deshizo reclamando el Sr. Sanchez, secretario particular del presidente de la Comisión, los cascos vacíos.

XXXI.

Una expedición á Taboga.-El "sanitarium".-Bríndis.

Habia ofrecido el general Santo Domingo Vila, Gobernador civil y militar del Istmo, acompañarnos el día que visitáramos á Taboga; pero atenciones de su importante cargo nos privaron de este honor. Temores sin duda de algun amago de desórden provocado por los partidarios del general Gaytán, impidieron que aquél cumpliese el ofrecimiento que espontáneamente nos hizo, y designó para representarle al Prefecto del departamento, Sr. Guerrero, quien puso á disposición de la Comisión española el cañonero **Bogotá**.

A las diez de la mañana embarcó la Comisión en unas lanchas prevenidas al efecto, para ser trasbordada al cañonero colombiano, que ocupaba el centro de la bahía, flameando en su popa la bandera española.

Dista Taboga de la capital unas diez millas, que fueron andadas en una hora. El mar justificaba su nombre; no podia ser más pacífico.

Taboga es un islote, desde el cual se contempla un hermosísimo panorama. Su cumbre domina un pequeño archipiélago, compuesto de las islas Taboguilla, Perico, Chama, Valladolid, Tortuguilla, Tortolilla y Venado, Chaugames y Tórtola, y la población y bahía de Panamá. El sitio no puede ser más delicioso.

En él se estaba montando, á orillas del mar, un *sanitarium* en un gran edificio de dos pisos, rodeado de terrenos que han de convertirse

en jardines, según el proyecto. Su forma es la de un rectángulo. Le precede una bonita playa.

El piso bajo no tiene otro objeto que el de sustraer al edificio de la humedad y miasmas del suelo sobre que se apoya. La escalera para subir á los dos pisos superiores está en un ángulo del exterior.

Cada piso tiene un corredor que le atraviesa en toda su longitud, y dá acceso á las habitaciones que, simétricamente distribuidas, existen á ambos lados.

Cruza á aquel en su parte media otro corredor, formando un vestíbulo central.

Ambos pisos y las cuatro fachadas tienen una espaciosa galería descubierta formando un balcón corrido.

En dicho edificio se habilitarán una biblioteca, sala de recreo, billares, etc., más 48 cuartos para los empleados.

En la parte que mira al centro de la isla y separadamente del edificio citado se han construido dos pabellones, también de madera, destinados á baños, en los cuales se han establecido los aparatos más usuales para el empleo de la hidroterapia, tales como las pilas de inmersión general y las duchas en sus variadas formas.

El **sanitarium** en cuestión es para uso exclusivo de los empleados de la Compañía canalizadora, y está destinado para pasar la convalecencia de las enfermedades contraídas en el Istmo y para reparar sus fuerzas aquellos á quienes la fatiga ó el clima aniquila, sirviendo de solaz y esparcimiento á la vez á los enfermos.

El coste total del edificio asciende á doscientos mil pesos, según nos dijeron.

Indudablemente el sitio elegido no puede ser más á propósito, pues si bien el clima de la isla de Taboga es caluroso como en todo el Istmo, se vé refrescado su ambiente por las brisas que casi constantemente reinan en aquel lado del Pacífico.

Cerca del **sanitarium** existe una fuente de aguas puras y cristalinas, de inmejorables condiciones de potabilidad, que se perdían en el mar hasta hace poco tiempo y que ahora, debido á un buen sistema de canalización, es aprovechada para todos los usos de aquel establecimiento.

La Comisión española regresó á Panamá en el mismo cañonero, cuyo jefe la obsequió con un delicado **lunch**, durante el cual se pronunciaron entusiastas bríndis. Apuntaremos solamente el del Sr. Cabarrús, sobrino de Mr. Lesseps, que los sintetizó todos:

“Brindo por el español ilustre que nos ha proporcionado la satisfacción de ver en estas latitudes la bandera de la madre patria. Merced á la generosidad del Marqués de Campo, España tendrá también su página gloriosa en la historia del Canal. Yo espero que, así como en Suez fué la fragata española **Berenguela** uno de los primeros buques que cruzaron el Canal, sea español también el que figure en la vanguardia de los que pasen por el de Panamá

“Brindo, señores, por el brigadier Sanchiz y por la Comisión que preside.”

XXXII.

Banquete de la colonia española de Panamá en honor á la Comisión

Asistieron á la fiesta, además de la Expedición española, y por expresa invitación de ésta, con la complacencia de los organizadores de aquella, los ingenieros del Canal Sres. Boyer y Crocer, el obispo de Costa-Rica, el general Moya, el cónsul de España Sr. Rizo, los Sres. Arosemena y Ossa, el cónsul del Ecuador en Panamá Sr. Orfila y el presidente de la Beneficencia española Sr. Fernandez, quien, sea dicho de paso, inició la idea del banquete y encabezó la lista para sufragar los gastos que ocasionara, suscribiéndose por mil pesos. El general Santo Domingo Vila escusó su asistencia por enfermedad.

Se verificó el banquete en el Central Hotel, que aquel día procuró dejar medianamente sentado su pabellon.

El precio de cada cubierto fué de 20 pesos, cobrando aparte los vinos y licores. Total, 50 cubiertos, 1.500 pesos, ó sean 30 por persona.

Las paredes del comedor del hotel estaban adornadas con banderas entrelazadas de España, Francia y Colombia.

El ingeniero Sr. Cano, individuo de la Comisión española, brindó con sentida y elocuente frase, agradeciendo vivamente los elogios tributados por los franceses y por los americanos á España y á la Comisión que la representaba; ofreció cumplir los deseos del Sr. Pezet y brindó por España y por Lesseps.

El Obispo de Costa-Rica brindó nuevamente por la simpática y católica España, por los héroes de la misma que han encontrado la muerte al llevar la civilización á las Américas y por la salud de la Comisión, á la que deseaba un feliz regreso á la capital de la Península española.

“Sabed entre tanto, dijo, que siempre que digamos aquí: ¡Viva Francia! y ¡viva Colombia!, diremos desde el fondo de nuestros corazones: “¡Viva España y los hijos que la enaltecen!”.

Dió fin á aquellas expansiones entre hermanos otro brándis del brigadier Sanchiz, cuya síntesis es la siguiente:

“Señores: Cuando, terminada la misión que nos ha traído á esta tierra hospitalaria de hermanos, abordemos de regreso las playas preciosas de la patria y demos cuenta de este hermoso espectáculo de unión y de cariño, los ecos del Atlántico, en alas de la brisa que acaricia vuestras pintorescas costas, os traerán la explosión del afecto de estas frases que siente nuestra alma y que yo os anticipo: ¡Viva la América española! ¡Viva Francia! Viva Colombia!”

XXXIII.

El Istmo.-Impresiones sobre sus condiciones climatológicas.

El Istmo de Panamá forma dos vertientes, la oriental y la occidental, cuyo punto culminante lo constituyen los montes de la Culebra. La vertiente oriental, que comienza en las costas del Atlántico, está formada por terrenos llanos y pantanosos, si bien se insinúan en ellos las desigualdades á medida que se avanza hácia Gatún, en donde se pronuncian las alturas en sentido progresivo, hasta llegar á la Culebra, límite de las vertientes.

En dicho trayecto obsérvanse suelos pantanosos en los declives, en las hondonadas y arroyos, que aumentan el caudal de las aguas cenagosas y encharcadas en las tierras bajas.

La vertiente occidental es corta y termina en la costa del Pacífico. El terreno, aunque accidentado y pantanoso, no lo es tanto como en la parte oriental, y ofrece los mismos caracteres en cuanto á su vegetación.

Aquella región del Istmo es muy abundante en ríos, siendo los más importantes el Chagres, que lo recorre casi en toda su longitud y desemboca en el Atlántico, y el Rio-Grande, que, llevando un curso inverso, lo verifica en el Pacífico.

Enriquecen el caudal de aquellos otros de menor importancia, entre los cuales recordamos el Mindy, Trinidad y Caymito, formando todos ellos un vasto elemento de evaporación y de humedad en el espacio, relativamente reducido, que impide la unión de ambos mares.

El suelo está cubierto en su superficie de vegetal abundante en humedad. Debajo de su primera capa de tierra se encuentra otra de

profundidad variable y de carácter arcilloso, que descansa sobre otra de arenisca compacta, sumamente dura y de coloración oscura. El terreno es coralífero en las dos costas.

Es digna de llamar la atención la notable diferencia que existe entre los dos Océanos en cuanto á las mareas se refiere. En el Atlántico se elevan unos 60 centímetros, mientras que en el Pacífico alcanzan ocho veces aquella altura, dejando, como es consiguiente, en las bajas mareas una extensa superficie al descubierto sumamente cenagosa, cuyo olor indica la putrefacción en que se encuentran los restos orgánicos de todas clases que la cubren y que originan una buena parte de las enfermedades allí reinantes.

En el Istmo se divide el año en dos estaciones, la lluviosa (invierno) y la seca (verano). La primera comprende de Abril a Noviembre y la otra el resto del año, exceptuando el mes de Junio, al que llaman el veranillo.

La Compañía del Canal tiene establecidos observatorios meteorológicos en Colón, Gamboa é isla de Naos. No nos fué dable obtener datos del primero, pero de los otros dos nos los facilitó el Dr. Vidal y Teruel. Segun los resúmenes, en los años 1884 y 1885 señaló el pluviómetro 5.088'0 metros, siendo de notar que en la isla de Naos, situada á poca distancia de Panamá y en su misma bahía, tan solo llegó á 2.119'25 metros.

En cuanto á la cantidad de agua suspendida en forma de lluvia, no debe diferir gran cosa Colón de Gamboa.

La humedad atmosférica es excesiva, circunstancia nada estraña, pues á la gran superficie de evaporación existente en el Istmo, hay que añadir la humedad que de los dos Océanos acumulan allí las brisas. Este es el movimiento que debe originar las considerables lluvias que tanto entorpecen las obras del Canal.

A causa de ellas, y en la imposibilidad de trabajar á la intemperie, tienen que suspenderse los trabajos con alguna frecuencia, en la época lluviosa principalmente.

La temperatura excesiva en la estación húmeda, ó sea en la comprendida en los meses de Mayo á Noviembre, alcanza á 36° y 37° a la sombra, llegando al sol á 46° y aún más. Si bien esta temperatura aparentemente no es excesiva, comparada con la nuestra, su continuidad y persistencia durante todo el año es motivo para calificar dicha zona de sobradamente calurosa.

El calor que se siente es húmedo, por efecto de la gran cantidad de agua contenida en la atmósfera, hallándose por tal motivo en aquel país el cuerpo humano bañado constantemente en sudor y

produciendo una relajación grande en los tejidos. Es cnervante por excelencia.

Los vientos reinantes son generalmente las brisas del Este y Sudeste y alguna vez del Norte, en la época seca y de carácter huracanado, que hace sumamente peligrosa la estancia de los buques en la bahía.

Los días de calma son en gran número.

Es de notar que las oscilaciones barométricas son de escasa importancia en Gamboa, mientras que en la isla de Naos ofrecen variado nivel.

El barómetro y pluviómetro están indicados por milímetros y el termómetro por grados centígrados.

RESUMEN DE LO LLOVIDO:

	1884	2.520'4	metros.
Gamboa.	1885	2.568'6	"
	1884	1.116'65	"
Naos.	1885	1.002'6	"

XXXIV.

Salubridad en el Istmo, en cuanto se refiere á los obreros del Canal.

Según las noticias que nos proporcionamos y de cuya exactitud no respondemos en absoluto, desde 1° de Enero hasta 15 de febrero del año actual el número de enfermos atendidos en los Hospitales de Colón y de Panamá ascendía á 1.088, clasificados del siguiente modo:

Fiebre amarilla	41
Fiebres palúdicas	602
Idem biliosas	100
Disentería	65
Anemia	67
Dispepsia	77
Bronquitis (tuberculosis)	44
Pulmonía	57
Reumatismo	35

Conviene tener presente que el mes y medio comprendido en la época fijada es la mejor estación del año, y que el número total de obreros no creemos llegara á 12.000.

Al solicitar una estadística que expresara la mortalidad que existe entre los obreros y empleados en el Canal, se nos contestó, como ya hemos dicho anteriormente, que acudiéramos á las oficinas de la Compañía, lo cual nos demostraba que ésta absorbía las funciones propias de los médicos, á fin de guardar una prudente reserva en cuanto se refiere al número de defunciones.

Parece que para los efectos estadísticos, se halla dividido el personal en dos categorías, el de empleados y el de obreros.

Se nos aseguró que en los años 1884 y 1885 habian existido 1.100 empleados, de los que fallecieron 141; esto es, 53 en el primer año y 88 en el segundo, lo que equivale á un 6'4 por 100 de mortalidad.

La cifra referente á los obreros se elevó á 13.000 en ambos años próximamente, habiendo sucumbido 1.800 (registrados). Proporción: 7'2 por 100. Esto en cuanto á la mortalidad declarada.

Si pudiera saberse el número total de enfermos, podría formarse una idea completa de la salubridad ó insalubridad del Istmo; pero no es un secreto que emigran muchos por sustraerse á la influencia enervante del clima, y evitar por este medio lo que seria inevitable, la muerte. Se citan ejemplos de extranjeros que residen en Panamá ó Colón por espacio de un tiempo ilimitado, pero no dejan de ser casos raros que no pueden sentar jurisprudencia.

Los procedentes de países similares é inmediatos á los del Istmo, ó bien los que á riesgo de su salud se han aclimatado, son los únicos que permanecen indemnes y adquieren longevidad; pero los procedentes de países frios son los que menos resisten la temperatura y la insalubridad del Istmo, y á la larga ó á la corta, si tienen la fortuna de no contraer las fiebres, se ven obligados á abandonar el suelo, siquiera sea temporalmente.

Este es al menos el sistema adoptado por los altos empleados de la Compañía, quienes, gozando sueldo entero todo el año, tienen derecho á disfrutar de licencias semestrales durante la época de las lluvias, procedimiento higiénico acertadísimo.

Las enfermedades reinantes que hemos apuntado están en armonía con las condiciones climatológicas del Istmo. Estas tienden siempre y en primer término á debilitar el organismo: así se observa que

en los individuos sanos el tinte pálido y el aspecto anémico es el que domina. Acentuándose estos fenómenos, dan lugar á la verdadera anemia, á las afecciones gástricas (dispepsias) y á las entero-colitis (disentería).

Las neumonías (pulmonías), aunque calificadas por muchos de origen infeccioso, reconocen por causa, según el Dr. Vidal, los enfriamientos rápidos de la piel, constantemente bañada en sudor por efecto del cálido y húmedo clima que allí se deja sentir. La tísia pulmonar y el reumatismo, aunque por distinto mecanismo, hallan causas abonadas para su desenvolvimiento.

De intento hemos dejado de citar las dos principales afecciones; la fiebre amarilla ó vomito y la malaria ó paludismo.

Acerca de la primera nada diremos, puesto que reina allí como en todos los países del Golfo mejicano. Respecto del paludismo, adquiere todas las formas, desde la sencilla fiebre errática ó intermitente hasta la más grave de la perniciosa, que mata en breve espacio de tiempo.

¿Son causa bastante á retrasar indefinidamente la apertura del Canal las condiciones climatológicas del Istmo?

No opinamos así, si bien comprendemos que ha de causar muchas víctimas; mas no deja de ser una grave dificultad para la marcha ordenada de los trabajos la renovación frecuente de los altos empleados de la Empresa por haber fallecido unos ó enfermado otros.

Ya que la magnitud é importancia de los trabajos exigen á la humanidad tantas víctimas, deber es de la Empresa garantizar en lo posible la existencia de los que de ella dependen.

La manutención del obrero no debe estar explotada por la Empresa ó por sus amigos y debe cuidarse aquella de facilitarle aguas puras.

Consideramos defectuosa la centralización de hospitales y, á nuestro entender, las actuales ambulancias deberian ser sustituidas por enfermerías, ó bien ampliar las primeras de modo que se pudieran prestar en ellas cómoda asistencia á los enfermos que por su gravedad no pudieran ser transportados á los extremos del Canal.

Es muy conveniente ofrecer á los ojos de los que visitan las obras un Hospital como el de Panamá; empero sería más útil y provechoso multiplicar las enfermerías en el trayecto de las obras.

Asimismo debería modificarse el sistema de ingreso en los hospitales; los enfermos tienen que solicitarlo con su presentación personal ante los jefes de las secciones ó sus empleados, dándose el caso,

muy repetido por cierto, de no poderlo verificar por su estado, y entonces quedan en el más completo abandono.

Debe también procurar la Empresa disminuir el trabajo á mano cuanto sea dable, pues aparte de la mayor ganancia que con el empleo de máquinas y artefactos se consigue, obtendría gran economía de brazos y la no menor de los gastos que le ocasionan los enfermos.

*Presentación de los
Documentos de los Cónsules Franceses
sobre la Guerra Civil en Panamá*

No sin razón, se ha afirmado que la Guerra de los Mil Días fue una de las causas que abonó el campo de la independencia de Panamá de Colombia, acaecida el 3 de noviembre de 1903. Efectivamente, ello es así porque Panamá quedó moral y materialmente arruinada lo que provocó, aunado a otros acontecimientos determinantes, que resurgiera la ya antigua idea separatista de los istmeños. No obstante, a pesar de la trascendencia del suceso la documentación que conocemos al respecto no es muy abundante y se conforma, principalmente, de Memorias y Recuerdos de los protagonistas de la contienda, ya liberales, ya conservadores. La misma, plasmada, sobre todo, por los personajes directamente implicados en la conflagración, contiene una fuerte dosis de subjetivismo a más de estar comprometida política y espiritualmente con los ideales de uno u otro partido, o bien con los intereses personales de cada figura prominente participante en la guerra. Naturalmente, esto no quiere decir que tales escritos no sean aprovechables para el historiador, sino que deben ser manejados con cautela. Así, entre otros aportes contemporáneos cabe destacar los de Donaldo Velasco: *La guerra en el Istmo (Notas Históricas)*; Belisario Porras: *Memorias de las campañas del Istmo*; Lucas Caballero: *Memorias de la Guerra de los Mil Días*; Domingo de la Rosa: *Recuerdos de la guerra de 1899 a 1902. Cauca y Panamá*; Manuel Antonio Noriega: *Recuerdos históricos de mis campañas en Colombia y en el Istmo. 1876-77. 1885-86. 1900-02*; Benjamín

Latorre: *Recuerdos de campaña. 1900-1902*; Víctor Salazar: *Memorias de la guerra (1899-1902)*; Pablo Alvarado: *Recuerdos de la Guerra de los Mil Días*; Ezequiel Valdés: *De la Guerra de los Mil Días, cómo conocí a Victoriano Lorenzo* y las cartas, escritos y prólogos de Guillermo Andreve, así como los *Escritos y Discursos* de Oscar Terán (1).

Sin embargo, resulta muy interesante para el conocimiento de los hechos que se desarrollaron por aquellos días, el manejo de una documentación más objetiva e imparcial redactada por los Cónsules extranjeros acreditados en Panamá y Bogotá entre los años 1899 a 1902. Paradójicamente, en relación al conflicto, los informes y despachos consulares estadounidenses, británicos y franceses (2), entre otros, se hallan aún inéditos en nuestro medio, a pesar que los mismos arrojan nueva luz sobre acontecimientos ya estudiados por la historiografía tradicional.

Hoy damos a conocer una mínima parte de este vasto repositorio documental, que consiste en tres informes procedentes de los Archivos Diplomáticos de Francia que fueron redactados durante la guerra por los Cónsules y Vicecónsules franceses, muchos de ellos, incluso, testigos presenciales de los sucesos que narran. Estas tres piezas que reproducimos corresponden a otros tantos momentos decisivos a lo largo de la contienda en el Istmo, a saber: la invasión de Belisario Porras a Chiriquí que dió comienzo formal a la guerra en Panamá en marzo de 1900; la batalla del Puente de Calidonia en julio del mismo año que puso fin al primer intento serio de los revolucionarios por apoderarse de la capital, y, por último, el intervencionismo norteamericano y la firma del Tratado de paz a bordo del "Wisconsin" en octubre de 1902, mediante el cual concluyeron las hostilidades. En este mismo orden cronológico analizaremos, a continuación, estos documentos y si bien los mismos tienen como punto de referencia la guerra en el Istmo, frecuentemente, los diplomáticos hacen un balance del estado de la revolución en el contexto de todo el territorio colombiano, lo que por lo demás es lógico.

-
1. Apenas si es necesario mencionar que, con posterioridad al acontecimiento que tratamos, existen contribuciones importantes tanto en el ámbito colombiano como en el panameño. Sin embargo, hace falta aún un estudio en profundidad sobre los distintos aspectos de la Guerra de los Mil Días en el Istmo.
 2. Este material documental en su casi totalidad se encuentra microfilmado en la Oficina de Relaciones entre Panamá y los Estados Unidos (ORPE) que funciona en la sala 6 de la Biblioteca Simón Bolívar de la Universidad de Panamá.

El Inicio Formal de la Guerra en el Istmo

En mayo de 1900 el Cónsul francés en Panamá, Deloffre, daba cuenta a la Cancillería en París (3) sobre los progresos del movimiento revolucionario en Colombia y el desembarco de tropas insurgentes en la Provincia de Chiriquí procedentes de Corinto, Nicaragua, bajo las órdenes del doctor Belisario Porras. Asimismo, refería que uno de los primeros pasos que había dado Porras a poco de tocar suelo panameño fue enviar circulares a los agentes diplomáticos residentes en David, donde se comprometía a respetar la vida y los bienes de los extranjeros que no transgredieran la neutralidad. Esta actitud escrupulosa será una constante en el comportamiento de los liberales a lo largo de la contienda en el Istmo y en algunas ocasiones, como tendremos oportunidad de ver, una de las causas de su derrota. Evidentemente, los revolucionarios no querían ni les convenía bajo ningún punto de vista tener problemas con las potencias extranjeras, máxime cuando, como bien sabemos, el artículo 35 del Tratado Mallarino-Bidlack legalizaba el intervencionismo norteamericano en Panamá para proteger no sólo las propiedades y bienes de los estadounidenses, entre los que cabe mencionar la Compañía del Ferrocarril, sino también el libre tránsito de sus compatriotas y tropas.

Después del desembarco, prosigue el Cónsul Deloffre, los partidarios de la revolución en la capital le sustrajeron a la Nueva Compañía del Canal un barco cisterna, con el fin de unirse a las tropas de Porras y, en estas circunstancias, el Director de la empresa en lugar de presentar una demanda formal por intermedio de la legación de su país, protestó directamente ante el Gobernador del Departamento "por temor de ganarse la mala voluntad del gobierno local". Cabe destacar que durante el conflicto el Director de la Nueva Compañía se mostró siempre complaciente con los conservadores y puso a su disposición el material flotante de la empresa, así como el teléfono y el telégrafo, actitud que fue juzgada muy severamente por los diplomáticos de su país. Bien que tal postura estuviera orientada a la obtención de la nueva prórroga de concesión, ya que el último contrato firmado entre el gobierno colombiano y la Compañía del Canal de Panamá (Suárez-Mange de abril de 1893) caducaba en 1903, la misma colocó a esta sociedad en una situación sumamente peligrosa, cuando los liberales la acusaron de haber violado la neutralidad que debía observar toda empresa extranjera y afirmaron que no respetarían sus instalaciones.

3. Archivos Diplomáticos de Francia (en lo sucesivo ADF). AE79/ard. SIM 2013, vol. II pp. 121 y ss.

Finalmente, el Cónsul comunica que 800 hombres de tropa de dos batallones procedentes del Cauca que llegaron a Panamá a raíz de la invasión liberal, fueron enviados a Chiriquí al encuentro de los insurgentes, pero que de no lograr derrotarlos la capital caería, irremediablemente, en sus manos. Es evidente, que ya entonces, apenas iniciada la contienda en el Istmo, el Cónsul francés no tenía demasiada fe en las fuerzas gubernamentales. Quizás esto explique, en parte, los constantes pedidos realizados por los diplomáticos extranjeros a sus respectivos Gobiernos para que enviaran barcos de guerra a las costas de Colombia y el posterior intervencionismo norteamericano en Panamá (4).

La Batalla del Puente de Calidonia

Después de la conocida y sangrienta batalla del Puente de Calidonia el mismo diplomático redactó desde Panamá, el 30 de julio de

4. No está demás recordar que el intervencionismo militar de los Estados Unidos en el Istmo de Panamá durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX se hizo, en varias ocasiones, a solicitud expresa de los representantes del Gobierno de Colombia en el Istmo e incluso de las propias autoridades de Bogotá. Ejemplo de ello fueron las intervenciones de 1860, 1861, 1862, 1865, 1885, entre otras. Es cierto, también, que otras veces los Estados Unidos desembarcaron tropas por la vía de hecho y en otras, invocando el artículo 35 del Tratado Mallarino-Bidlack. Es más, la mediación norteamericana para poner fin a la Guerra de los Mil Días fue aceptada por las partes en contienda y se plasmó en el ya mencionado Tratado del Wisconsin. Durante la etapa republicana, en virtud de los artículos I y VII del Tratado Hay-Bunau-Varilla y del artículo 136 de la Constitución de 1904 se suscitaron intervenciones norteamericanas de diversa índole, a veces solicitadas por los gobernantes de turno o los partidos de oposición. Basta recordar las intervenciones electorales en 1908, 1912 y 1918, al igual que las armadas de este último año en Panamá, Colón, Veraguas y Chiriquí y en octubre de 1925 a raíz del movimiento inquilinario, así como la intervención a favor de Costa Rica durante la Guerra de Coto a principios de 1921. Para las intervenciones durante el siglo XIX en Panamá véanse, entre otros, a Eduardo Lemaitre: **Panamá y su separación de Colombia. Una historia que parece novela**. Biblioteca del Banco Popular. Bogotá 1972. Prólogo de Abelardo Forero Benavides; Miles P. Duval Jr.: **Cádiz a Catay**. Editorial Universitaria. Panamá 1973. Prólogo de Carlos Manuel Gasteazoro; Gerstle Mack: **La Tierra Dividida**. Editorial Universitaria. Panamá 1978. Prólogo de Carlos Manuel Gasteazoro; Dalva Acuña de Molina: "Repercusiones del incidente de la Tajada de Sandía", en **Relaciones entre Panamá y los Estados Unidos**. Biblioteca Nuevo Panamá. Ministerio de Educación. Panamá 1973, pp. 128-142. Para el intervencionismo en el siglo XX pueden consultarse, entre otros, a William D. McCain: **Los Estados Unidos y la República de Panamá**. Editorial Universitaria, Panamá 1976, primera edición. Estudio preliminar y notas de Celestino Andrés Araúz; Ernesto Castellero Pimentel: **Panamá y los Estados Unidos**. Panamá 1974, cuarta reimpresión; Ricardo J. Alfaro: "Medio siglo de relaciones entre Panamá y los Estados Unidos". Panamá 1959, Víctor F. Goytía: **El siglo XX en Panamá**, vol. 1, "Rumbos equivocados". Editorial Linosa. Panamá 1975; Manuel María Valdés: **Las intervenciones electorales en Panamá**. The Star and Herald Co., Panamá 1932; Diógenes de la Rosa: **El mito del intervencionismo**. Panamá 1927; Carlos Iván Zúñiga: "Las intervenciones imperialistas en la nación panameña" (esquema histórico) en **Revista Tareas** No. 17. Panamá, agosto de 1966, pp. 32-69; Carlos Manuel Gasteazoro, Armando Muñoz Pinzón y Celestino Andrés Araúz: **La Historia de Panamá en sus textos**, 2 vols, Editorial Universitaria. Panamá 1980.

1900, una extensa y detallada relación de los hechos (5) que por su minuciosidad y precisión sólo podía ser producto de la pluma francesa. Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que éste es uno de los documentos más valiosos que se conservan sobre la primera derrota liberal en el Istmo y sus antecedentes inmediatos. Como tendremos oportunidad de apreciar, ya para entonces, los Cónsules y Comandantes de los navíos de guerra extranjeros se perfilan como los verdaderos mediadores del conflicto y esta situación no variará hasta la firma de paz a bordo del Wisconsin que puso fin a la contienda.

Deloffre comienza relatando el avance de los liberales desde Capira hasta La Chorrera, después de haber derrotado a las tropas del Gobierno al mando del General Belisario Lozada y una vez más manifiesta "la escasa confianza" que le merece la débil protección que brindan las autoridades a los extranjeros, razón por la cual había solicitado a su Gobierno el envío de un navío de guerra al Istmo. El mismo arribó el 18 de julio de 1900, tres días antes del comienzo de las hostilidades en las proximidades de la capital, y aunque tocó puerto en Colón sobre la costa atlántica a varias millas del escenario de los hechos causó, en opinión del Cónsul, una excelente impresión en las autoridades y entre la colonia francesa. Si bien Deloffre afirma que bajo ningún concepto hubiera expuesto a los marinos franceses a abandonar Colón para ir a Panamá, la presencia de un barco de guerra de bandera gala parecía indispensable para calmar los ánimos exaltados por el avance de las fuerzas liberales.

Una semana antes que éstas abrieran fuego, el día 14, le remitieron al Cónsul de los Estados Unidos y Decano del Cuerpo Diplomático en el Istmo una carta fechada en su Cuartel General en Chame para que intercediera ante el Gobernador interino de Panamá, General Carlos Albán, para que hiciera salir sus tropas de la capital a fin de librar combate fuera de la misma y evitar, de esa manera, una batalla por las calles con el consabido perjuicio para los civiles. Obviamente, con esta actitud los liberales intentaban ganarse la buena voluntad de los extranjeros, lo que lleva al Cónsul a opinar, con mucho acierto, que el excesivo celo por no lesionar los bienes foráneos fue una de las causas que más pesó en la posterior derrota de los insurgentes. Por otra parte, esta carta determinó que los diplomáticos designaran una delegación integrada por el propio Deloffre y sus colegas de los Estados Unidos y de Gran Bretaña para plantear la proposición del doctor Porras al General Albán, quien aceptó la propuesta e incluso se comprometió por escrito a cumplirla.

5. ADF. Ae 79/ard. SIM 2013, vol II pp.191 y ss.

A pesar de la gravedad de las circunstancias, afirma el Cónsul, el día 20 el Comandante del navío francés "Suchet", se trasladó de Colón a Panamá con el fin de entrevistarse con él y plantearle que no veía la necesidad de su permanencia en el Istmo ya que todo estaba en calma y no creía que se produjera ningún acontecimiento que justificara su presencia. Sin embargo, continúa el diplomático, a poco de abandonar la sede del Consulado el Comandante tuvo conocimiento que los liberales se hallaban en Corozal a escasos cuatro kilómetros de la capital. Esta noticia provocó la salida de las tropas gubernamentales, según lo prometido la víspera, las cuales el día 21 a las 5 de la mañana entraron en contacto con la vanguardia de los insurgentes y fueron derrotadas en un combate que se prolongó durante tres horas y que determinó su regreso a Panamá hacia el mediodía.

Asimismo, señala que los revolucionarios no persiguieron a los gobiernistas hasta la capital desaprovechando, así, una excelente oportunidad de apoderarse de ésta. Tal actitud es muestra inequívoca del interés de los insurgentes de no internacionalizar el conflicto, involucrando a determinadas potencias europeas, como Inglaterra y Francia, y al naciente imperio de los Estados Unidos. Más aún, cuando en el transcurso de esa madrugada los principales jefes militares y algunos civiles comprometidos con la causa conservadora buscaron refugio a bordo del navío inglés "Leander", los cabecillas liberales en lugar de arremeter contra las tropas de la capital que estaban desmoralizadas y sin organización, prefirieron solicitar del Gobernador una capitulación sin condiciones. Particularmente, no consideramos que esta actitud liberal sea producto de una mala estrategia sino que, por el contrario, nos inclinamos a pensar que el compromiso adquirido con los diplomáticos extranjeros les imponía este modo de actuar. Lo anterior demuestra, una vez más, el interés de los contendientes de no dañar las propiedades y vidas de ciudadanos extranjeros para evitar el intervencionismo.

Tal como relata Deloffre, el General Albán no dio respuesta de inmediato a la oferta liberal, sino que aprovechó esta especie de tregua para construir barricadas en los lugares claves de acceso a la ciudad y levantar la moral de sus hombres. Recién cuando concluyó sus preparativos, rechazó la capitulación y de inmediato se reanudaron las hostilidades. Este combate donde los gobiernistas llevaron la mejor parte, ya que estaban protegidos detrás de las barricadas, duró hasta las dos de la mañana del día siguiente pero no tuvo ningún resultado definitivo más "que aumentar el número de muertos y heridos y causar algunos deterioros a los inmue-

bles del Canal en La Boca, a la estación de Panamá y a las primeras casas de la ciudad”.

El 24 por la mañana, continúa Deloffre, los liberales, que habían desembarcado durante la madrugada en Paitilla, atacaron las trincheras de acceso a la capital, pero los cañones del Cuartel de Chiriquí les impidieron avanzar y apoderarse de La Boca como primer paso para adueñarse de la ciudad. Esta batalla concluyó el 25 a las 5 de la mañana sin que las tropas gubernamentales perdieran sus posiciones originales. Los liberales, que combatieron durante casi 24 horas al descubierto teniendo cuidado de no disparar contra la ciudad, tuvieron numerosos heridos que al igual que los conservadores fueron atendidos en las instalaciones del Hospital de la Compañía del Canal a cuyo efecto se habilitaron dos nuevas salas. Asimismo, los ingleses desempeñaron un papel destacado en la atención de los mismos ya que pusieron a su disposición, por pedido del General Albán, la ambulancia del navío “Leander”.

Poco después el General Emiliano Herrera comunicó al Decano del Cuerpo Consular que si las tropas del Gobierno no abandonaban las trincheras y presentaban combate se vería obligado a bombardear la ciudad. Consideramos que los jefes liberales no tenían tal intención y, por eso, se dirigían a los Cónsules con el fin de que éstos intercedieran ante las autoridades locales. Y nos atrevemos a hacer esta afirmación porque, como hemos visto, los insurgentes evitaban cualquier tipo de complicación con las potencias extranjeras y prueba de ello es que ni siquiera detuvieron el tren procedente de Colón en el que viajaban 150 soldados a las órdenes del General Sarria “por respeto hacia el material americano de la Panama Rail Road”, a pesar que tenían conocimiento que Albán había solicitado tropas a dicho puerto.

La gravedad de la amenaza del General Herrera, continúa Deloffre, determinó que junto con sus colegas de los Estados Unidos y de Gran Bretaña se entrevistaran con el General Albán, con la finalidad de obtener la prolongación del armisticio. Aunque éste aceptó, puso como requisito que fueran los mismos revolucionarios quienes le expresaran el pedido y aceptaran sus condiciones. Acto seguido, los Cónsules se trasladaron a Perry's Hill para conferenciar con los jefes liberales quienes después de arduas discusiones aprobaron un alto al fuego hasta el mediodía del día siguiente. Por otra parte, Deloffre les comunicó el arribo a Colón de 850 hombres de tropa del Gobierno al mando del General J.M. Campo Serrano, con la esperanza que aceptaran capitular ya que, evidentemente, con la llegada de este contingente sus posibilidades de triunfo quedaban minimizadas.

Enseguida, los diplomáticos regresaron a Panamá para que el Gobernador Albán firmara la carta de adhesión al armisticio y la remitiera a Perry's Hill. Sin embargo, relata Deloffre, "por olvido o negligencia inconcebibles la carta en cuestión no fue remitida a los revolucionarios y hacia las 7 de la tarde recomenzaron las hostilidades y duraron toda la noche con una violencia inusitada, cobrando muchas víctimas inútilmente". Estas palabras nos demuestran que la sangrienta batalla del Puente de Calidonia en la que perdieron la vida cientos de hombres pudo haberse evitado de no mediar "olvido o negligencia" por parte del Gobierno. Cabe preguntarse si ese olvido o esa negligencia no fueron intencionados, en virtud de las estratégicas posiciones ocupadas por los conservadores y de los refuerzos recibidos que, como es obvio, los tornaban dueños de la situación. Por su parte, los caudillos liberales implicados en este episodio sostienen que la desobediencia del General Emiliano Herrera y quizás su rivalidad con Belisario Porras, fueron la principal causa del desastre en el Puente de Calidonia, ya que atacó a los conservadores en campo abierto (6).

Después de este enfrentamiento, que se prolongó durante toda la noche, los liberales capitularon y se comprometieron, entre otras cosas, a entregar al Gobierno la artillería de sus barcos de guerra y todas las embarcaciones que poseían. Sin embargo, relata siempre el Cónsul, el General Herrera no aceptó estas condiciones y huyó rumbo a Guayaquil. Igualmente, el oficial Simón Chaux tampoco se acogió a la paz y escapó en el barco "Ricardo Gaitán" con otros compañeros de armas y buena parte de la artillería.

El combate, prosigue Deloffre, habría dejado un saldo de 600 a 700 heridos, muchos de los cuales fueron auxiliados gracias a la iniciativa de los extranjeros, principalmente franceses e ingleses, ya que el Gobierno no había tomado ninguna medida para el socorro de las víctimas. Así, mientras los británicos nuevamente pusieron a disposición la ambulancia del "Leander", los franceses, por su parte, habilitaron tres salas y 180 camas en el Hospital del Canal y los médicos agregados a la empresa, así como el doctor del "Suchet", prestaron valiosos servicios. No obstante, continúa el diplomático, las precarias condiciones sanitarias ponían en constante peligro la vida de los habitantes de la ciudad que estaban amenazados por las epidemias. Después de 8 ó 10 días de haberse librado el último combate los cadáveres aún permanecían sin sepultura y dado que su estado de descomposición no permitía apilarlos en las casas requisa-

6. Belisario Porras: **Memorias de las campañas del Istmo**. Dirección del Patrimonio Histórico. Instituto Nacional de Cultura y Deportes. Panamá 1973. Con prólogo de Manuel Octavio Sisnett. Cap. XXIII, pp. 313-330.

das para este fin, las que se incendiaban una vez llenas, se decidió quemarlos en la Plaza. En esta situación, el Cónsul autorizó al Comandante del "Suchet", Coffinieres de Nordeck, a abandonar suelo panameño con el fin de no exponer por más tiempo a su tripulación.

En otro orden de cosas, Deloffre hace un balance de las causas de la derrota liberal entre las que menciona, una vez más, el excesivo respeto hacia la propiedad de los extranjeros "para evitar dificultades" y la rivalidad existente entre los principales jefes insurgentes, Porras y Herrera, en especial por la simpatía que despertaba el primero entre las tropas y por las "intenciones secretas de los istmeños de separarse de Colombia y declararse independientes si el partido liberal no lograba apoderarse del resto de la República" lo que, naturalmente, despertó la susceptibilidad del segundo que era colombiano.

A pesar de la fulminante derrota de los liberales en Panamá, el diplomático galo no consideraba que el levantamiento estuviera completamente aniquilado, ya que las fuerzas insurgentes continuaban combatiendo con éxito en los Departamentos del Cauca, de Santander y de Bolívar, razón por la cual no era un desatino pensar que la revolución pudiera extenderse nuevamente al Istmo.

El Intervencionismo Norteamericano y la Firma de paz a bordo del "Wisconsin"

Una vez terminada la contienda, el 25 de noviembre de 1902 el Vicecónsul francés en Colón, Bonhenry daba cuenta a su Gobierno de los comentarios que había despertado la celebración del Tratado de Paz del "Wisconsin" (7). No sabemos a ciencia cierta si estas opiniones son producto de terceros o si, por el contrario, se trata de especulaciones del mismo diplomático. El documento redactado en forma poco clara se presta a confusiones y aún cabe preguntarse sino era justamente esta la intención del Cónsul. Lo cierto es que se vierten juicios muy duros sobre los jefes de ambos bandos contendientes y sobre la actitud adoptada por los Estados Unidos frente al conflicto.

Bonhenry comienza afirmando que además de las cláusulas que se dieron a conocer sobre el Tratado de Paz, existían otras confidenciales donde se hallaba la clave del fin de las hostilidades. Asimismo, manifiesta que, posiblemente, tanto los liberales como los conservadores habían tenido que ceder ante la presión ejercida por los

7. ADF. AE 79/ard. SIM 2013, vol. IV pp. 142 y ss.

Estados Unidos. Ambos bandos habrían unido sus fuerzas frente al enemigo común representado por la ambición de los norteamericanos. Por otra parte, también se esperaba una solución inminente sobre el asunto del Canal y la entrega de una importante cantidad de dinero al Gobierno colombiano, en virtud de lo cual, continúa el Vicecónsul, los liberales habrían claudicado para tomar parte en el botín. En opinión del diplomático esta teoría se vería corroborada por el hecho de que Washington no tomó en cuenta las pretensiones de un tal Restrepo, delegado del partido liberal, quien había afirmado que cuando éste asumiera el poder en Colombia declarararía nula la última prórroga concedida a la Compañía del Canal, razón por la cual no era extraño pensar que ambos partidos hubieran llegado a un acuerdo. Y más aún, se comentaba que según las cláusulas secretas del Tratado del "Wisconsin" los jefes liberales habían recibido varios cientos de miles de dólares por deponer las armas.

Sin embargo, Bonhenry consideraba que la finalización de la guerra se debió, en buena medida, a la injerencia de los Estados Unidos. Así, afirma el diplomático, en el mes de septiembre cuando el Gobierno poseía 1.500 hombres sobre la línea del ferrocarril, los norteamericanos desembarcaron sus marinos, so pretexto de que el tránsito en el Istmo se hallaba amenazado. A pesar de las protestas de Bogotá, el Comandante MacLean prosiguió adelante con las órdenes recibidas de Washington, máxime cuando el único navío que se hallaba en Colón era el "Cincinnati" de la Marina de los Estados Unidos. Además, para entonces Gran Bretaña ya había firmado el Tratado Hay-Pauncefote, en noviembre de 1901, que dejaba las manos libres a su antigua colonia en Centroamérica y los franceses estaban a punto de cederles sus derechos sobre el Canal, razón por la cual "los Cónsules de Inglaterra y de Francia no tenían que ser llamados como en 1901 para dar su opinión sobre las normas de orden internacional que se debían tomar". La situación se agravó, aún más, cuando el Comandante Silas Casey prohibió el transporte de armas y efectivos colombianos en los vagones del ferrocarril, medida que provocó el aislamiento de las tropas del Gobierno en las ciudades terminales. Esta actitud lleva al Vicecónsul a preguntarse si la intención de los Estados Unidos sería quedar dueños del Istmo, obligando a los colombianos a evacuar el Departamento. Por entonces, efectivamente, se llegó a pensar que los norteamericanos querían tomar posesión del territorio panameño que exigían para la terminación del Canal y después de varias reclamaciones que Washington no respondió "las negociaciones... entonces en curso, entre el delegado especial del Gobierno de Bogotá y el Secretario de Estado, Hay, amenazaron romperse..."

Bonhenry piensa que a partir de ese momento el Gobierno del país nortño consideró que los sucesos habían ido "demasiado lejos o demasiado rápido" y de un momento a otro decidió modificar su línea de conducta. De esta manera, sin previo aviso a su Cónsul en Panamá, quien se enteró casualmente, Washington ordenó al Comandante Casey la admisión de tropas y armamento colombianos en el ferrocarril. Así, poco después, mientras los colombianos festejaban el triunfo de su diplomacia, los marinos norteamericanos "arruinados por el clima y por la fiebre" abandonaban Panamá rumbo a Puerto Rico. Entretanto, el Gobierno envió al Istmo de 5.000 a 6.000 soldados que fueron escalonados a lo largo de la línea del ferrocarril. Para entonces, prosigue el diplomático, la situación era ya casi normal gracias a la presencia en la región del General Perdomo quien había llegado, poco antes, para negociar la paz con un millón de dólares.

Como ya señalamos al comienzo, Bonhenry juzga apasionadamente tanto a los liberales y a los conservadores como a los Estados Unidos y le atribuye gran importancia al supuesto soborno en virtud del cual el Gobierno habría obtenido la buena voluntad de los jefes liberales para firmar la paz. Igualmente, se desprenden de sus palabras que los dos partidos pudieran haber llegado a un acuerdo secreto con la esperanza de librarse de la constante pesadilla que representaba la presión militar ejercida por los Estados Unidos en el Istmo. Sin embargo, es evidente que el diplomático se expresa con verdadero rencor sobre esta nación y pone claramente de manifiesto que su expansionismo dejó por fuera de la problemática centroamericana a las potencias europeas.

Hasta aquí los testimonios aún inéditos de los representantes de Francia sobre la Guerra de los Mil Días. Con respecto a la traducción queremos dejar constancia que, si bien en la misma respetamos fielmente el contenido de los documentos, realizamos algunas modificaciones en su aspecto formal con el fin de facilitar su lectura y comprensión.

Correspondencia de los Cónsules Franceses Deloffre y Bonhenry

Panamá, 9 de mayo de 1900

Señor Ministro:

Continuando con las informaciones que el señor de Boutard le comunicó el 21 de marzo último, tengo el honor de dirigirle a V.E. nuevas noticias sobre el progreso de la insurrección colombiana.

La situación ha variado poco en el último mes en el Departamento de Santander donde el Gobierno posee, en la actualidad, alrededor de veintidós mil hombres y los insurgentes entre quince mil y dieciséis mil. El General Casabianca que comandaba las fuerzas gubernamentales en ese Departamento fue llamado a Bogotá y en su reemplazo quedó el General Próspero Pinzón. Según parece, dudan en atacar a los liberales en virtud de las excelentes posiciones que éstos ocupan.

Se piensa que los insurgentes tienen la intención de esperar, para iniciar la ofensiva, a que los Generales Justo Durán y Siezoo Sarmiento que disponen, según se afirma, de tres mil a cuatro mil hombres y de dos barcos de guerra comprados a los Estados Unidos, ataquen Barranquilla, operación que debe tener lugar por tierra y por mar, para cortar a las tropas gubernamentales de Santander toda comunicación con la costa e impedirles recibir auxilios. Esta expedi-

ción contra Barranquilla, apoyada por las guerrillas que hostilizan a las tropas nacionales en las riberas del Magdalena, debe partir del puerto de Río Hacha (Departamento de Magdalena) que está en poder de los revolucionarios desde finales del mes de febrero. La misma deberá haber salido hace ya un mes sino fuera porque el General Justo Durán se enfermó.

Nuestros compatriotas establecidos en los Departamentos de Bolívar y de Magdalena se inquietan y con razón por el giro que están tomando los acontecimientos y por el inminente peligro que amenaza sus bienes y vidas. Por tal motivo solicitan con insistencia el envío de un navío de guerra, cuya presencia impediría más complicaciones. En el último de estos Departamentos, nuestros connacionales ya sufrieron vejaciones, tanto por parte de las autoridades como de los insurgentes; vejaciones que serán objeto de un despacho especial.

La Provincia de Chiriquí, la más rica y fértil del Departamento de Panamá, fue ocupada el 4 de abril último, después de un enfrentamiento de algunas horas, por las tropas revolucionarias organizadas en Corinto (Nicaragua) bajo la dirección del señor Belisario Porras, joven abogado y jefe liberal istmeño muy popular en el país. En el momento de su desembarco en Pedregal (Chiriquí) los insurgentes serían unos ciento cincuenta y contaban con ochocientos fusiles y cuatro cañones obtenidos con la ayuda del Gobierno de Nicaragua que se habría comprometido, junto con los de Venezuela y Ecuador, a apoyar al partido liberal colombiano en su lucha por llegar al poder.

Enseguida de la caída de David, cabecera de la Provincia, el señor Belisario Porras se proclamó Jefe Civil y Militar del Departamento de Panamá y nombró a los señores Carlos A. Mendoza, Secretario de Gobierno y a Eusebio Morales Secretario de Finanzas, así como al General Emiliano Herrera, Comandante en Jefe de las tropas. Asimismo, envió una circular a los agentes consulares residentes en David en la que se comprometía a respetar la vida y los bienes de los extranjeros que no atentaran contra las leyes de la neutralidad.

De acuerdo con las informaciones llegadas, las fuerzas revolucionarias pueden ser evaluadas hoy en mil hombres bien armados. Con el fin de reunirse con ellos, sus partidarios de Panamá le sustrajeron a la Nueva Compañía del Canal en la noche del 23 al 24 de abril del puerto de La Boca, un barco cisterna que aún no le ha sido devuelto. El Director de la Compañía protestó directamente ante el Gobernador de Panamá, dándole cuenta de esta gestión

solamente a título informativo. Creo que se abstuvo de solicitar la intervención del Consulado por temor de ganarse la mala voluntad del gobierno local.

Enseguida que se tuvo conocimiento de la caída de Chiriquí, el Gobernador, General Campo Serrano, pidió dos batallones del Departamento del Cauca. A finales del mes de abril se organizó y se embarcó una columna de más de ochocientos hombres bajo las órdenes del General Carlos María Sarria, con el fin de ir al encuentro de los insurgentes. Todo hace preveer, tal como lo telegrafíe al Departamento el 5 del corriente, que si los revolucionarios están aún victoriosos, Panamá será ocupada por ellos casi sin resistencia.

El sur del Departamento del Cauca se encuentra siempre en poder de los insurgentes, que según parece reciben todo cuando necesitan de la República del Ecuador. A pesar de las diferentes tentativas que ha realizado el Gobierno para recuperar Tumaco, aún no lo ha logrado.

Continuaré manteniendo a Vuestra Excelencia al corriente de lo que acontece.

Acepte la seguridad del respeto que me honra

Señor Ministro

de Vuestra Excelencia

el más humilde y obediente servidor

Deloffre

* * *

Panamá, 30 de julio de 1900

Señor Ministro:

Para completar las informaciones que le dirigí a Vuestra Excelencia el 23 de junio, tengo el honor de comunicarle que después que una partida de tropas, que venía a bordo de los navíos insurgentes, desembarcó en la costa, en los alrededores de Sabanilla, los mismos se alejaron de este puerto sin intentar apoderarse de él, el cual permanece al igual que Barranquilla en poder del Gobierno.

Por el contrario, el ejército liberal que estaba cerca de Capira a sesenta kilómetros de Panamá, y a la cabeza del cual se encontraba el señor Belisario Porras, Jefe Supremo de los revolucionarios en el Departamento de Panamá, el señor Carlos Mendoza, su secretario, y el General Emiliano Herrera, después de haber derrotado hace alrededor de dos meses al General Belisario Lozada y a las tropas gu-

bernamentales, avanzó con mil doscientos hombres y su artillería hasta La Chorrera a veinticinco millas de Panamá, ciudad que amenazaba sitiar de un momento a otro.

Como es natural, toda mi atención se concentró en estos hechos ya que existía un gran peligro, en virtud de los insuficientes medios de defensa de Panamá y de Colón y de la escasa confianza que tenía en la protección que el Gobierno podía brindar a los extranjeros residentes en el Istmo.

Felizmente, estaba muy bien informado sobre los proyectos de los revolucionarios, como Vuestra Excelencia pudo constatarlo, en especial gracias al señor Roberts, Canciller sustituto del Consulado, quien informó el 10 de este mes, acerca de la intención formal de aquéllos de atacar Panamá antes del 18, fecha en la que los refuerzos de tropas del Gobierno debían llegar en el barco francés procedente de Barranquilla adonde el General J.M. Campo Serrano, Jefe Civil y Militar del Departamento de Panamá, había ido a buscarlos hacia finales de junio. Desde entonces, tomé todas las disposiciones que juzgué oportunas y, asimismo, telegrafíé a Vuestra Excelencia notificándole que el Gobierno se preparaba a recibir el ataque de los revolucionarios antes del 18 y que como la División del Pacífico me había informado el 23 de junio que no tenía disponible ningún navío, abrigaba ciertas dudas respecto a la protección que podría brindar a nuestros compatriotas y a sus intereses el regreso del Suchet a Colón, pero que, efectivamente, consideraba que había llegado el momento de enviar un barco de guerra a dicho puerto.

Le estoy muy agradecido a Vuestra Excelencia, tal como lo manifesté en mi telegrama del 21, donde le anunciaba el comienzo de las hostilidades en Corozal a cuatro kilómetros de Panamá y la derrota de las tropas gubernamentales, por el envío del Suchet que llegó el 18 por la mañana a Colón y cuya presencia produjo un gran efecto moral tanto entre las autoridades como entre la colonia francesa establecida en el Istmo, a pesar que los 72 kilómetros que separan Panamá de Colón no me permitían contar con la protección efectiva de nuestros marineros que no habría querido exponer nunca, ni aún en caso de urgencia, a venir a Panamá a hacer una demostración ni siquiera pacífica a gran distancia de Colón y del Suchet y sin más medio de comunicación que la línea del ferrocarril que podía ser cortada de un momento a otro. Excepto algunas vagas informaciones sobre la marcha de los insurgentes, retrasadas por las lluvias y el mal estado de los caminos, el 19 por la mañana la situación era la que acabo de describir a Vuestra Excelencia. Ese mismo día llegó a Panamá una carta fechada el 14 en Chame, Cuartel General de los insurgentes, dirigida al Cónsul General de los

Estados Unidos y decano del cuerpo consular en Panamá y Colón, a fin de que insistiera ante el Gobernador interino del Departamento de Panamá, el General Carlos Albán, para que hiciera salir sus tropas y evitar así las desgracias que, obviamente, se producirían en un combate por las calles de la capital entre los soldados del Gobierno y los revolucionarios. Estos habían partido de Chame el 15 y ese mismo día fueron divisados a poca distancia de Panamá, en Chepo. En esta carta, de la que tengo el honor de enviar copia a Vuestra Excelencia, el Jefe supremo de los insurgentes se comprometía formalmente a respetar los bienes de los extranjeros y sus vidas en todo el Istmo (debo decir que esta promesa, religiosamente observada por los revolucionarios, pesó mucho en su derrota).

Después de dos conferencias que mantuvo el cuerpo consular ese mismo día, bajo la presidencia del Decano, el Cónsul de los Estados Unidos, se designó una delegación integrada por él, el Cónsul de Inglaterra y yo, que se dirigió a las seis de la tarde a hablar con el General Carlos Albán, quien de inmediato accedió a la proposición del Dr. Porras y se comprometió ante nosotros por escrito. Vuestra Excelencia encontrará adjunta copia de este documento.

El 20 de julio hacia las dos de la tarde el Comandante del Suchet quien había llegado a Panamá el día anterior a las seis, mientras me hallaba yo con mis colegas en lo del General Albán, vino a hacerme una corta visita. Me manifestó que no creía que los liberales atacaran y que estaba persuadido que su presencia en Colón, donde "su Almirante lo había enviado ordenándole ponerse a disposición del Vicecónsul de Francia en ese lugar", no sería de ninguna utilidad ya que nada grave parecía suceder en el Istmo por el momento. Por mi parte, no le oculté que las informaciones que poseía no me permitían compartir su opinión, que en efecto todo parecía bastante tranquilo pero que, sin embargo, temía que él no pudiera regresar a Colón al día siguiente como pensaba. Mis impresiones no tardaron en concretarse: apenas había salido el Comandante del Consulado cuando uno de sus amigos, el Director de la Nueva Compañía del Canal le hizo conocer un despacho del que me informó unos instantes más tarde, y en el que uno de sus agentes le anunciaba la llegada a la estación de Corozal, a cuatro kilómetros de Panamá, de la vanguardia del ejército revolucionario.

Con esta noticia el General Albán, fiel a la promesa realizada la víspera al cuerpo consular, ordenó la salida de la ciudad de las tropas gubernamentales y al otro día a las cinco de la mañana se produjo el primer enfrentamiento en Corozal.

Este combate duró tres horas y las tropas del Gobierno, muy maltratadas, debieron replegarse sobre Panamá adonde llegaron al mediodía sin ser perseguidas por los liberales quienes perdieron una excelente oportunidad de apoderarse de la ciudad.

Después de esta derrota la desmoralización más absoluta se apoderó de los defensores del Gobierno y la misma llegó a su máxima expresión cuando en la mañana del 22 se supo que el General Belisario Lozada, Comandante en jefe de la Plaza, su Jefe de Estado Mayor, el General Miguel Guerrero, el señor Tomás Arias, uno de los jefes del partido conservador y hasta hace poco Secretario de Gobierno, y el señor Juan Antonio Henríquez, sub-secretario del Jefe civil y militar, se habían refugiado durante la noche a bordo del crucero inglés "Leander", que se hallaba en la bahía de Panamá desde hacía algunos días, y cuando el General Emiliano Herrera, Comandante en jefe de los revolucionarios (quien me parece que cometió la gran equivocación de no aprovechar su victoria de la víspera atacando desde el alba a las tropas gubernamentales, que desorientadas no habrían opuesto más que una débil resistencia) exigió la capitulación de la Plaza al General Albán.

Esta especie de tregua intempestiva le permitió al General Albán (cuya energía, presencia de ánimo y coraje no se debilitaron ni por un instante) construir fuertes barricadas a 150 metros de la estación de trenes, a la entrada de la ciudad, prolongándolas de Trujillo a La Boca para abrigar a sus tropas y levantarles la moral predicándoles la resistencia a ultranza. Mientras tanto, el Cónsul de Inglaterra intentaba, en vano, impedir el derramamiento de sangre.

Algunas horas más tarde, cuando terminó sus preparativos y consideró que nuevamente podía contar con sus soldados, el General Albán rechazó enérgicamente la capitulación y hacia las dos de la tarde se reanudaron las hostilidades con un verdadero duelo de artillería y un tiroteo muy animado que se prolongó toda la noche y el día del 23. Las tropas gubernamentales estaban ubicadas detrás de las barricadas, desde el puente de la estación de la Panama Rail Road hasta el pueblo de La Boca, en tanto que los liberales habían tomado posición a corta distancia, sobre una pequeña altura, frente a la estación y sobre la playa de Farfán frente a La Boca.

Este enfrentamiento no tuvo más resultado que aumentar el número de muertos y heridos y causar algunos deterioros a los inmuebles del Canal en La Boca, a la estación de Panamá y a las primeras casas de la ciudad.

El 24 hacia las ocho de la mañana, nuevamente, se produjo un combate encarnizado sobre toda la línea de defensa ya que al despuntar el día un número considerable de liberales habían desembarcado en Paitilla y se habían lanzado por la playa sobre el Trujillo, al tiempo que atacaban las trincheras que defendían el acceso a la ciudad y al puerto de La Boca donde trataron de derrotar a algunas tropas. Sin embargo, el fuego de los cañones del muelle del Cuartel de Chiriquí, situado en la extremidad de la ciudad del lado del mar, los cuales tiraron casi inútilmente todo el día sobre los navíos insurgentes que cruzaban por la rada fuera de su alcance, impidieron cualquier tentativa sobre La Boca. Esta lucha, durante la cual las numerosas cargas de los liberales hechas con animación heroica, no pudieron romper las líneas de defensa, terminó al día siguiente a las cinco de la mañana, sin que las tropas gubernamentales, cuya defensa fue destacada, perdiesen una pulgada de terreno.

El número de muertos y de heridos fue considerable, principalmente del lado liberal (que continuamente combatieron al descubierto y dieron asalto a las barricadas sin tirar sobre la ciudad de acuerdo con lo que habían prometido antes del comienzo de las hostilidades). La ambulancia del navío de guerra inglés "Leander", que ya había prestado los mismos servicios después del combate del 21, desembarcó nuevamente por pedido del General Albán y con la condición de que las hostilidades fueran suspendidas durante algunas horas para que pudiera recoger a los heridos y llevarlos al Hospital de la Compañía del Canal donde se habían habilitado especialmente dos salas para recibirlos. Al mismo tiempo, sesenta hombres armados desembarcaron y permanecieron de guardia en el Consulado inglés listos para cualquier eventualidad.

En aquel momento el General liberal Emiliano Herrera quien, sin duda, tenía conocimiento de la orden dada el 24 por la noche por el General Albán al General Sarria en Colón para que se trasladase inmediatamente a Corozal con los 200 hombres que formaban la guarnición de este puerto con el fin de atacar la retaguardia del ejército revolucionario, previno al Cónsul General de los Estados Unidos y Decano del Cuerpo que a las tres bombardearía la ciudad por tierra y por mar, si las tropas del Gobierno no libraban combate fuera de sus trincheras.

Desde que tuve conocimiento de esta amenaza, que me fue comunicada hacia las dos de la tarde por el señor Royer, Director del Canal, quien se ofreció a llevarme en su coche, el único que podía circular por la ciudad, me puse a la búsqueda de los Cónsules de los Estados Unidos y de Inglaterra, en el momento en que 150 hombres

y el General Sarria (que no se había detenido en Corozal) llegaban de Colón escondidos en vagones de mercaderías que los insurgentes habían dejado pasar sin atacarlos, por respeto hacia el material americano de la Panama Rail Road.

Encontré a mi colega de Gran Bretaña y a los enfermeros de la ambulancia inglesa en las barricadas de la estación, adonde enseguida llegó el Cónsul de los Estados Unidos quien también nos buscaba.

Después de haber dialogado algunos instantes sobre las medidas a tomar para impedir, si era posible, la ejecución de la amenaza del General Herrera, nos dirigimos al General Albán para proponerle prolongar el armisticio. El mismo aceptó de buena gana, pero bajo la condición expresa de que los revolucionarios le dirigieran este pedido y aceptaran algunas condiciones que él le dictaría a nuestro Decano.

Llegamos a Perry's Hill, cuartel general de los liberales, a las tres y media y allí encontramos a los señores Porras y Mendoza y al General Herrera (quien ante nuestra insistencia renunció, por el momento, a sus proyectos de bombardeo) y después de una discusión bastante larga, logramos hacerles aceptar, hasta el día siguiente al mediodía y en los términos propuestos por el General Albán, las condiciones del armisticio, las cuales podían transformarse, incluso, en las de una capitulación honorable para ellos, máxime si se llegaba a confirmar la noticia que me anunciaba un telegrama recibido a las dos y media de la tarde del Comandante del "Suchet", donde se me comunicaba el arribo a Colón en el vapor inglés "Nicaraguan" del General J.M. Campo Serrano a la cabeza de un fuerte destacamento de tropas, noticia que de acuerdo con mis colegas comuniqué a los liberales con el fin de obtener el cese definitivo de las hostilidades, porque era evidente que, como consecuencia de la llegada de esos refuerzos (alrededor de 850 hombres), esperados desde el 18, los liberales no estaban capacitados para luchar contra las tropas del Gobierno.

Aunque propuse esperar en el campo liberal a que el General Albán aceptara la carta de adhesión al armisticio, que uno de nosotros debía hacerle firmar, a las cinco regresamos a Panamá donde de inmediato le recordamos al Gobernador que él se había comprometido formalmente a expedir sin retraso esta carta a Perry's Hill.

A pesar de esta promesa, y por olvido o negligencia inconcebibles, la carta en cuestión no fue remitida a los revolucionarios y

hacia las 7 de la tarde recomenzaron las hostilidades y duraron toda la noche con una violencia inusitada, cobrando muchas víctimas inútilmente.

El 26 a las 5 de la mañana cesó el fuego y hacia las 11 los revolucionarios agotados por las continuas cargas que habían hecho durante toda la noche contra las barricadas de la estación, diezmados por el tiroteo espantoso que habían recibido, la mayor parte del tiempo al descubierto y casi a quemarropa, capitularon aceptando las siguientes condiciones que, más o menos, eran aquéllas que nosotros les habíamos ofrecido el día anterior y por las que el Gobierno se comprometía formalmente a garantizar la vida de los jefes, de los oficiales y de los soldados liberales; a dejar a los jefes y oficiales todos los grados, sus espadas y pertenencias; a acordar la libertad absoluta a todas las personas que habían participado directa o indirectamente en la revolución, permanecer en el Departamento o salir de él sin ser molestados (sólo los extranjeros debían abandonar lo antes posible el territorio colombiano) y, finalmente, otorgar una amnistía total para todos los prisioneros de guerra y los detenidos políticos a quienes se puso en libertad de inmediato.

Por su parte, los revolucionarios prometían devolver las plazas, ciudades y territorios ocupados por ellos, todo el material de guerra de sus navíos "Ricardo Gaitán Obeso", "8 de Junio" y "Victoria" y todas las embarcaciones armadas o no que tenían en su poder.

Esta capitulación (y sobre todo esta última cláusula) firmada por los señores Porras y Mendoza, en la actualidad aún en Panamá, no fue aceptada por el General Herrera quien de inmediato habría partido en un vapor con destino a Guayaquil, ni por el joven oficial liberal Simón Chaux quien escapó con numerosos partidarios en el barco "Ricardo Gaitán" llevando dos cañones, más de 600 fusiles y una cantidad bastante considerable de municiones, seguido de lejos por el "Boyacá", guardacostas del Gobierno que se puso en su persecución en dirección de Tumaco (Departamento del Cauca) donde los liberales acababan de obtener una resonante victoria apoderándose de El Morro, punto estratégico, situado frente a Tumaco que ya estaba en su poder.

Durante las hostilidades, de acuerdo con las informaciones que pude obtener y a pesar del cuidado que pusieron en reducir lo más posible el número de víctimas, 600 ó 700 hombres habrían quedado fuera de combate. Los socorros estaban muy mal organizados y casi todos los heridos que lograron salvarse le deben la vida a la ambulancia del navío de guerra inglés, a la iniciativa de algunos extranjeros

que prepararon una pequeña ambulancia y sobre todo al Director de la Nueva Compañía del Canal quien hizo instalar tres salas y 180 camas en el hospital de la empresa. Los heridos de los dos bandos recibieron en este establecimiento los abnegados cuidados de los doctores Andrain, Neyra y González, médicos agregados a la Compañía y del doctor mayor del "Suchet", cuyo precioso concurso fue altamente apreciado. Este último fue llamado a toda prisa por el Comandante Coffinieres de Nordeck, enseguida de su llegada a Panamá el 26 adonde vino para juzgar personalmente la situación, a pesar de las informaciones que diariamente yo le telegrafiaba a Colón. Dicho oficial superior aprovechó su estancia en Panamá para visitarme y hacerme saber que su presencia ya no le parecía necesaria en razón del aplastamiento por muchos años del movimiento revolucionario en el Istmo, y me refirió que tenía la intención, enseguida de su regreso a Colón al día siguiente en compañía del médico, de anunciar al Vicecónsul en dicho puerto su partida hacia la Martinica ya que no quería exponer por más tiempo a su tripulación a los peligros de la fiebre amarilla y de las epidemias, ya que la carencia absoluta de las más elementales precauciones sanitarias no hacía más que aumentar el riesgo cada día. Le di mi aprobación para su partida.

En efecto, las medidas sanitarias tomadas por las autoridades de la ciudad eran casi nulas. Con gran trabajo después de 8 ó 10 días de dudas sobre las providencias a tomar para hacer desaparecer los numerosos cadáveres que permanecían aún sin sepultura logramos que fueran quemados en la plaza, cuando ya su estado de descomposición no permitía apilarlos en algunas casas requisadas para este fin y que se incendiaban cuando estaban llenas.

Todo el mundo en Panamá, incluso los partidarios del Gobierno, creían en el triunfo de los liberales. En efecto, estos últimos tenían la ventaja del número y estaban tan bien armados como las tropas gubernamentales. Disponían de muchas piezas de artillería que bien utilizadas habrían podido darles la victoria si se hubieran decidido a bombardear las posiciones enemigas antes de tomarlas por asalto. Las tropas del Gobierno que poseían todos sus efectivos en las barricadas no habrían podido resistir semejante ataque, si el General Herrera y los jefes liberales no hubieran temido dañar, aunque muy a pesar de ellos lo hicieron, la estación del ferrocarril y los otros inmuebles de la Panamá Rail Road, a algunos metros de los cuales el Gobierno había construido trincheras y colocado cañones.

En la entrevista que mantuve en compañía de mis colegas americano e inglés y del Director del Canal con el Dr. Belisario Porras,

con su secretario General Carlos Mendoza y con el General Emiliano Herrera, pude percatarme que los jefes liberales habían adoptado como regla de conducta actuar siempre con un excesivo tacto para evitar dificultades con las potencias extranjeras.

Por otra parte, parece que el Dr. Porras y el General Herrera no estaban muy de acuerdo en los últimos meses. El primero como panameño era muy popular y querido por los soldados liberales, de los que las tres cuartas partes son istmeños, que no le escatimaban en toda ocasión, vivas muestras de simpatía. Estas demostraciones terminaron por irritar al General Herrera, ya inquieto por su calidad de colombiano de Bogotá, máxime cuando estaba al corriente de las intenciones secretas de los istmeños de separarse de Colombia y declararse independientes si el partido liberal no lograba apoderarse del resto de la República. Todas estas circunstancias contribuyeron mucho, según mi opinión, a dividir a los jefes de las fuerzas liberales y fueron una de las principales causas de su derrota.

Aunque los ánimos parecen tranquilos creo que se debe temer en un futuro próximo, a menos que una fusión de partidos o algún cambio político lo impidan, un reinicio de las hostilidades en el Departamento de Panamá, sobre todo si las fuerzas liberales que combaten exitosamente en los Departamentos del Cauca, de Santander y de Bolívar llegan a obtener cualquier otro éxito que levante la moral de sus partidarios del Océano Pacífico y del Istmo.

Ruego a Vuestra Excelencia que disculpe esta larga exposición que le parecerá, estoy seguro, demasiado detallada, pero ciertas pequeñas dificultades que preveo y pueden surgir más adelante me decidieron a no omitir ningún incidente aunque en apariencia ocioso e insignificante.

Acepte Señor Ministro la seguridad del respeto que me honra
Señor Ministro
de Vuestra Excelencia
el más humilde y obediente servidor
Deloffre

* * *

Colón, 25 de noviembre de 1902

Señor Ministro:

Así como le dejaba entrever en mi despacho del mes pasado No. 8, los dos partidos el liberal y el conservador, que se disputaban el poder en Colombia, acaban de firmar la paz.

No transcribiré ni haré un análisis de los dos Tratados concluidos en Nerlandia, por una parte, y a bordo del "Wisconsin", en la bahía de Panamá, por la otra. Mi colega, Gerente del Consulado en esta última ciudad, mejor calificado que yo, habrá informado sobre los mismos al Departamento. Me limitaré, tan sólo, a recoger los comentarios que estos acontecimientos han despertado en mi región. Lo primero que hay que señalar es que los tratados no parecen terminar en el texto de los documentos oficiales, que no dan supremacía a nadie y a los que no se les quiere dar fe.

Los dos jefes de las tropas rebeldes, Uribe-Uribe en el Magdalena y Benjamín Herrera en el Istmo, han renunciado a prolongar la lucha, no porque el resultado de sus esfuerzos les pareciera dudoso sino porque animados por un sentimiento de puro patriotismo quisieron poner término a los males que causaba en todo el país la guerra civil, según lo que ellos mismos afirman, o bien por el contrario como querían en el Norte ées que han tenido que ceder, al igual que sus adversarios, a la invitación de la presión ejercida sobre ellos por un tercero?; yo mencionaría a los Estados Unidos cuyo papel en estas regiones ha tomado recientemente un carácter particularmente importante. Creo que no cabe exaltar los buenos sentimientos de unos ni el genio diplomático de los otros. Considero que la verdad debe buscarse en el hecho que dos facciones rivales, casi de iguales posibilidades, se reconcilian por el deseo de unir sus fuerzas frente al enemigo común que con gusto habría desempeñado el papel del tercero en discordia, en lo que concierne, al menos, a esta parte de Colombia.

Asimismo, se afirma que en vista de la inminente solución del asunto del Canal interoceánico y de la entrega de una importante cantidad de dinero al Gobierno colombiano, el elemento liberal, consciente, por otra parte, de su potencia militar, consideró más político abandonar su oposición para tomar parte en el botín. Vuestra Excelencia recordará al respecto las gestiones realizadas en Washington por un tal Restrepo, enviado del partido liberal, tendientes a hacer considerar como inconstitucional y tachada de nulidad la última prórroga acordada a la Compañía francesa del Canal y que amenazaba declararla despojada de sus derechos cuando el partido asumiera el poder.

Así como el señor Cambon indicó en un informe que figura en el expediente del Canal interoceánico y que estudié en el Departamento en ocasión de mis últimas vacaciones, estas pretensiones no fueron tenidas en cuenta por el Gobierno de los Estados Unidos, lo

que daría un carácter de verosimilitud a la opinión que acaba de ser anotada con respecto al acuerdo entre los partidos liberal y conservador.

Y puesto que en la esencia de muchas de las revoluciones y evoluciones de América no parecen tener otro móvil que cuestiones de intereses puramente personales por parte de los jefes de los partidos, agreguemos que nadie se oculta para afirmar (así de grande es la buena fe que se da a los dos bandos) que detrás de los tratados hechos públicos, los signatarios firmaron cláusulas secretas que conceden a los jefes liberales compensaciones cifradas en varios cientos de miles de dólares e incluso se barajan sumas. Por otra parte, se asegura que sólo de esta manera podían tener fin los desórdenes políticos de este país.

Personalmente opino que la acción de los Estados Unidos del Norte en estos parajes fue juzgada y apreciada en forma bien diferente, y la misma se nos aparece como notablemente contradictoria en varias oportunidades.

Hacia finales del mes de septiembre último, cuando el Gobierno colombiano disponía de cerca de 1.500 hombres sobre la línea del ferrocarril Colón-Panamá, fuerzas más que suficientes para asegurar la libertad del tráfico, marinos norteamericanos desembarcaron en Colón y fueron colocados a lo largo de la línea y sobre los trenes bajo pretexto de que las tropas liberales habían sido vistas por los alrededores y el tránsito, por lo tanto, se hallaba amenazado. Invocaban para ello el artículo 35 del Tratado de 1846-48, ya invocado en 1885 y el año anterior que dice textualmente: "...los Estados Unidos garantizan positiva y eficazmente a la Nueva Granada, por la presente estipulación, la perfecta neutralidad del ya mencionado Istmo, con la mira de que en ningún tiempo, existiendo este Tratado, sea interrumpido ni embarazado el libre tránsito de uno a otro mar; y por consiguiente, garantizan de la misma manera los derechos de soberanía y propiedad que la Nueva Granada tiene y posee sobre dicho territorio". El Prefecto de Colón señaló que su Gobierno se encontraba capacitado para garantizar el libre tránsito comercial, así como él se había comprometido a hacerlo frente a la Panama Rail Road (1) y, por consiguiente, no había necesidad que los Estados Unidos intervinieran para asegurar el tráfico. El Comandante del "Cincinnati" no prestaba atención a estas palabras y sólo aludía a las órdenes formales recibidas de su Departamento. Fue gracias a la sangre fría del Prefecto de Colón que se evitaron los desórdenes

1. Artículo 26 del Contrato de Concesión del 17 de abril de 1850, confirmado por el artículo 2 del contrato del 13 de junio de 1876.

en dicha ciudad ya que la excitación de la población y de las tropas colombianas era muy grande. Ningún barco de guerra extranjero excepto el crucero americano se encontraba en la bahía, razón por la cual el Capitán MacLean tenía las manos libres y podía actuar a su antojo. Inglaterra ya había firmado el nuevo Convenio Hay-Pauncefote por el que abandonaba el control de cualquier Canal que Estados Unidos construyera por Centroamérica y los franceses estaban a punto de ceder sus derechos sobre el Canal de Panamá al mismo Gobierno de los Estados Unidos, por lo tanto, los Cónsules de Inglaterra y de Francia no tenían que ser llamados como en 1901 para dar su opinión sobre las normas de orden internacional que se debían tomar. Los habitantes del Istmo se consideraron, desde entonces, a merced de los americanos y más aún cuando el Almirante Casey, Comandante de las fuerzas de los Estados Unidos aquí, prohibió a las autoridades colombianas, civiles y militares, circular entre Panamá y Colón y se opuso al transporte de víveres, municiones y tropas de un mar a otro; era la evacuación obligada de las fuerzas colombianas de todo el Istmo, excepto de las dos ciudades terminales e incluso como lo planteaba en mi informe anterior uno soñaban con evacuar también Panamá y Colón invocando el Tratado de 1846!

Cundió la máxima emoción. Se pensó que Estados Unidos quería tomar posesión por el engaño, ayudado de la fuerza, del territorio que reclamaba como condición "sine qua non" para la construcción del Canal. Se protestó por la violación de los derechos de las personas, por el derecho de soberanía y por el derecho de propiedad. Se dirigieron protestas vehementes a Washington. Las negociaciones relativas al Canal, entonces en curso, entre el Delegado especial del Gobierno de Bogotá y el Secretario de Estado Hay, amenazaron romperse...

El Gabinete del Gobierno Federal hizo un examen y comprendió que los sucesos iban demasiado rápido o demasiado lejos y juzgó oportuno modificar la línea de conducta seguida hasta entonces. Un pequeño incidente personal me va a permitir mostrar cómo ese cambio de posición de la política de Washington fue rápido y sorpresivo. Tenía en mi mesa al Cónsul de los Estados Unidos y acababa de contarme los detalles de la conferencia que había tenido lugar la víspera entre él, el Comandante del crucero americano "Panther", el Superintendente de la Panama Rail Road y el General Comandante en Jefe de los 1.300 hombres de tropa colombianos llegados el día anterior de Sabanillas a Colón, en la que según el señor Malmros se había decidido que conforme a las instrucciones en vigor dichas tropas no serían autorizadas a atravesar el Istmo. En ese momento

nos llegó la noticia que un tren militar, cargando tropas colombianas, acababa de dirigirse al interior. Imagínese la sorpresa de mi colega que no tenía aviso oficial de un hecho tan importante. Una orden directa y formal de Washington había autorizado al Almirante Casey el transporte de las tropas del Gobierno y sus municiones, evitándoles cualquier impedimento en su marcha contra las tropas liberales.

Los colombianos respiraron. Incluso se jactaron de haber hecho retroceder al Gobierno de los Estados Unidos. Casi enseguida llegaron al Istmo refuerzos importantes: 5.000 ó 6.000 soldados colombianos fueron escalonados entre Panamá y Colón. Los 400 marinos americanos arruinados por el clima y por la fiebre, después de una estadía de más de dos meses, ya no tenían otro camino más que reembarcarse y el "Panther" partió para Puerto Rico. El tráfico comercial permaneció como lo había estado siempre y ya no se luchó en el Istmo porque el General Perdomo, del que mencioné su arribo anteriormente, Ministro revestido con poderes de la Secretaría del Interior, de Asuntos Exteriores y de Guerra, había venido en una misión expresa y especial de Bogotá —portando, se afirma, un millón de dólares— para negociar la paz a todo trance.

¿Será duradera esta paz? Parece que sí, porque anteayer cerca de dos mil soldados fueron licenciados y enviados a sus hogares. En todo caso, se puede pensar que la pacificación de la región media del Istmo, aquella que debe atravesar el Canal, está hoy definitivamente asegurada sobre todo si como espera el Gobierno de los Estados Unidos, él obtiene la posesión definitiva por arriendo a largo plazo o por cesión completa del territorio que debe ocupar para finalizar la construcción, la explotación, la administración, la posesión apacible, en una palabra el "control" del Canal interoceánico, del que negocia actualmente el nuevo tratado de concesión. Quiera recibir la seguridad del respeto que me honra.

Señor Ministro
de Vuestra Excelencia
el más humilde y obediente servidor
Bonhenry

Exposición de la Fototeca Histórica del Banco Nacional

La Dirección del Patrimonio Cultural del Banco Nacional de Panamá, presentó en el mes de Julio una exhibición de documentos fotográficos, en conmemoración de **La Toma de la Bastilla**.

Esta exposición de la Fototeca Histórica del Banco de la Nación Panameña, cuyo tema fue **La Influencia de la Arquitectura Francesa en el Panamá del siglo XIX**, contó con el asesoramiento múltiple de distinguidas personalidades e instituciones, como el Departamento de Cultura de la Embajada de Francia en Panamá; del Dr. Narciso Garay Navarro, catedrático de arquitectura de la Universidad Nacional de Panamá; del Profesor Raúl González Guzmán, del Instituto Nacional de Cultura; del Dr. Omar Jaén Suárez, Miembro de Número de la Academia Panameña de la Historia, quien ha realizado investigaciones especializadas sobre la presencia de la cultura francesa en Panamá.

El acto inaugural que se llevó a cabo el día 11 de Julio en la planta baja del edificio principal del Banco Nacional de Panamá en Vía España, fue presentado por el Dr. Robert Cantoni, Embajador de Francia en nuestro país, quien pronunció las palabras de apertura.

Correspondió al Dr. Omar Jaén Suárez articular la conferencia histórica que a continuación presentamos:

La presencia francesa en Panamá durante el Siglo XIX

1. Introducción.

Durante el siglo XIX, el Istmo de Panamá, como importante llave en el sistema de transporte mundial y sitio que atrae el interés para la construcción del canal interoceánico, recibirá variadas influencias culturales y conocerá la presencia, más o menos intensa, de las principales potencias de la época. Se distinguen, entre ellas, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. Esta última, paulatinamente, sobrepasará a sus rivales y terminará, en el último cuarto del siglo XIX, dominando la escena transistmica e imponiendo formas de su civilización que se revelan, entre otras cosas, mediante una marcada influencia en la arquitectura que floreció en el Istmo por esos tiempos y particularmente en las ciudades de Panamá y Colón. Esa presencia francesa en el siglo XIX constituye todavía hoy un punto de referencia fundamental en las excelentes relaciones de amistad que existen entre nuestros dos países y explica, en gran parte, el sentimiento de admiración y respeto que sentimos los panameños por Francia.

2. Antecedentes.

Para iniciar nuestra exposición conviene mencionar antecedentes de la presencia de Francia en el Istmo de Panamá durante la larga época colonial, que tuvieron significación en nuestra evolución histórica.

Aparte de algunos piratas y bucaneros galos que visitaron el territorio con intenciones belicosas en el siglo XVII como Grognet y Ravenau, recordemos, primero, a la célebre Compañía de Guinea que estableció su asiento de monopolio en Panamá, a principios del siglo XVIII (1703-1713), con el propósito de introducir negros esclavos, la mayoría para la reexportación, actividad que constituía el principal ramo de la economía del país. De esta época data un intento de colonización de la costa norte del Darién, que duró casi medio siglo, animado por franceses quienes llegan a formar más de cien familias birraciales con indias de cultura cuna. El gobernador Dionisio de Alcedo y Herrera recibe, en 1743, el primer testimonio "in situ" de las realidades locales, cuando llega a las costas panameñas procedente de Cartagena para hacerse cargo de su puesto, de boca de uno de esos franceses, Nicolás Roux, quien le descubre una región que ellos han hecho prosperar con sus plantaciones de cacao, su comercio activo y sus técnicas de costura que producirán las célebres y vistosas molas. Hacia 1754 este intento de colonización francesa espontánea cesa bruscamente cuando los cunas deciden encerrarse en la rigurosa endogamia que aún hoy conocemos.

A pesar de los esfuerzos de las autoridades hispánicas, el hermetismo espiritual del Istmo cederá también frente a la Ilustración francesa. El primer antecedente de la presencia de ideas nuevas lo encontramos cuando pasa por Panamá, a fines de 1735 y principios de 1736, la célebre expedición de los sabios Godin y La Condamine, con el mandato de la Academia de Ciencias de París de medir un grado de meridiano cerca del Ecuador. Más adelante, las ideas germinales de la Revolución Francesa se deslizan por las estrechas rendijas que dejan la vigilancia española, traídas por viajeros ilustrados como ese Conde del Real Agrado, representante del Rey, quien atraviesa Panamá a fines del siglo XVIII cargado de libros de Rousseau, Voltaire y el Abate de Raynal, que causan escándalo entre los obtusos funcionarios coloniales. Sin embargo, a fines del siglo XVIII y principios del XIX notamos que las luces de la Ilustración francesa continúan penetrando, a pesar del cerco de hierro de las autoridades reales. El pensamiento político panameño, en los alrededores de la independencia de España, es de casi total inspiración francesa, lo advierte Rodrigo Miró en su memorable ensayo sobre "La impronta de Francia en nuestro Siglo XIX", cuando se refiere a testimonios de la literatura y el periodismo de la época.

Esta presencia espiritual francesa en Panamá se fortalece con la llegada de ciudadanos de Francia, sobre todo después de 1821, muchos de los cuales se establecen definitivamente en nuestro país a lo largo del siglo XIX y tendrán, a menudo, un importantísimo papel en el ambiente político, económico y social.

3. Los estudios del canal interoceánico.

La llegada de súbditos franceses y el establecimiento de un consulado en Panamá desde 1843, son naturalmente inseparables del interés de Francia por el proyecto de un canal interoceánico que se manifiesta, primero, gracias a estudios y encuestas en territorio panameño, realizados por prestigiosos ingenieros e investigadores y, más tarde, en las décadas de 1880-1890, mediante acciones más directas, emprendidas por la "Compagnie Universelle du Canal Interocéanique" y la "Compagnie Nouvelle", para excavar una vía intermarina, entre Panamá y Colón.

El primer antecedente del interés francés lo encontramos en la propuesta del ingeniero Defer de la Nourriere dirigida en 1785 al Conde de Arana, Embajador de Carlos III en París, que no tuvo eco favorable en Madrid. Mejor fue la suerte del Barón Charles de Thierry a quien el Congreso Colombiano otorgó, en 1835, la concesión para el proyecto, premonitorio, de construir un canal fluvial entre las bahías de Limón en el Caribe y Panamá en el Pacífico, utilizando el río Chagres y el río Grande, pero los trabajos nunca se iniciaron.

Más tarde el gobierno francés envía, en 1843, una misión de estudio compuesta por los ingenieros Napoleón Garella y Jacques Courtines, quienes rinden un informe que constituye el primer trabajo verdaderamente científico sobre el istmo central de Panamá.

Los proyectos franceses continúan, sin resultados aún concretos, como el de Ferdinand Barrot de 1860 y el de Atanase Airiau, más bien utópico, para la canalización y la colonización del istmo del Darién. En 1861 el ingeniero H. Bourdiol reconoce la cuenca del Chucunaque. Luego, en 1864 se organiza en París la Sociedad Internacional del Canal Colombiano que comisiona a los ingenieros Mongel Bey y Lucien de Puydt para explorar el Darién, región que será también reconocida en 1865 por el ingeniero Jules Flachet y por Louis de Lacharme en 1866. Después vemos al antropólogo Charles Viguier estudiando a los aborígenes del Darién y sus otros grupos humanos. Finalmente, el desenlace se acerca cuando en 1876 una empresa privada, la "Société Civile Internationale du Canal Interocéanique du Darién" envía a Lucien Napoleon Bonaparte Wyse y a Armand Reclus para efectuar exploraciones en Panamá, las cuales continúan hasta 1877. En 1878 Wyse conviene con el gobierno colombiano en un contrato para la construcción de un canal interoceánico por Panamá, contrato que traspasa ese mismo año, con autorización del Congreso de Colombia, a la "Compagnie Universelle du Canal Interocéanique", dirigida por Ferdinand de Lesseps.

Mientras tanto, la "Société de Géographie de Paris", después del Congreso que realizó en 1875, convoca otro en 1879 para considerar los estudios anteriormente citados y recomendar la construcción de un canal interoceánico, a nivel del mar, por la ruta del actual canal de Panamá. En sus últimas sesiones se destaca la voz disidente del ingeniero Godin de Lépinay quien aboga, de manera premonitoria, por un canal de esclusas, semejante al que finalmente se terminó en 1914.

4. La construcción del canal de Panamá.

El 31 de diciembre de 1879 arriba a Colón Ferdinand de Lesseps, para echar, al día siguiente, el 1° de enero de 1880, la palada simbólica que sellaría, hasta hoy, el destino del Istmo de Panamá como sitio del canal interoceánico y eje principal del sistema de transporte oceánico y comunicación mundial. Desde ese momento y hasta fines del siglo XIX, la presencia francesa marcará, más profundamente que cualquiera otra, la vida de los panameños y dejará huellas durables en nuestro devenir. Las expectativas por el triunfo galo después del éxito de Suez, el entusiasmo por lo francés entre los panameños, que debía realizar la utopía comercial, se resumen admirablemente en la expresión que acuña Alfredo Figueroa Navarro al referirse al período como el de "canal y felicidad". Tal es la atmósfera que rodeará, durante la década de 1880 por lo menos, los hechos y gestos de los franceses en Panamá. Los historiadores se han ocupado profusamente de este capítulo esencial de la historia de Panamá, destacándose la obra de Ernesto Castillero Reyes, además de los densos capítulos de Gerstle Mack sobre el tema. Para evitar repeticiones sólo presentaré, a grandes rasgos, los hechos y fenómenos salientes de esa presencia francesa a partir de 1881, cuando se inician verdaderamente los trabajos de la vía interoceánica. En ese entonces comienzan a llegar técnicos e ingenieros, personal médico, administradores y hasta simples obreros franceses, que sumarán millares en 1885, en la cúspide de los trabajos, a quienes se añaden los otros millares de trabajadores venidos de todas partes del mundo, particularmente de las Antillas, muchos de ellos de Martinica y Guadalupe, de cultura también francesa. Ellos crean, tanto en Panamá como en Colón y en los pueblos de la vía del ferrocarril transístmico, una arquitectura renovada, con recuerdos de Nueva Orleans aunque mejor adaptada al trópico, de la cual se ha ocupado doctamente Samuel Gutiérrez, pero igualmente dejan algunas maneras de mesa, sus productos franceses que llenan las casas comerciales de Panamá y Colón, el puerto de La Boca, el suburbio de Ancón con su famoso hospital, el de Taboga y numerosos estudios sobre las realidades nacionales. Aparte de las investigaciones técnicas sobre geología, hidrografía, mareas, ciencias naturales, geografía y topografía, medicina y saneamiento, también

florece encuestas sobre nuestros grupos indígenas de parte de prestigiosos antropólogos galos como Alphonse Pinart y Louis Catat, en la década de 1880. Finalmente, numerosos viajeros, periodistas y técnicos empleados en las obras canaleras dejan testimonios pertinentes de los hechos que suceden en el Istmo, ricas fuentes para ese importante período de la historia nacional. Los franceses construyen puertos, escuelas, hospitales, viviendas, hoteles, restaurantes y poblados en donde dejan la marca de su técnica y de su arquitectura. La prensa panameña se hace trilingüe y el romanticismo, el realismo y hasta el simbolismo encuentran eco en nuestros hombres de letras, dice Rodrigo Miró. Panamá vivirá, durante casi veinte años, la hora de París. Pero después viene el refluo y otro rumbo tomará, desde principios del siglo XX, nuestro país, cuya mirada se inclinará más hacia la potencia dominante de Norteamérica.

* * *

Nosotros los panameños hemos guardado, de esa presencia francesa del siglo XIX, un recuerdo imborrable y una cierta nostalgia. Los vínculos que creó esa presencia por fortuna se han revelado permanentes a pesar de la memoria que la aventura del canal francés dejó en la opinión pública de varias generaciones de franceses. Un estadista panameño, Narciso Garay, afirmó hace cincuenta años que "obedeciendo una vez más a la ley de su destino en América, la idea francesa vive en Panamá la vida del espíritu y del recuerdo". A un siglo de la mayor presencia francesa en Panamá debemos registrar con satisfacción que las relaciones entre nuestros dos países, si bien es cierto tienen el antecedente prestigioso del inicio de la obra canalera, hoy se fundamentan en contactos culturales y humanos más actuales, en un espíritu de cooperación que debemos fortalecer y en el respeto mutuo de dos pueblos amigos que persiguen ideales comunes. Que esta valiosa exposición organizada por el Patrimonio Histórico del Banco Nacional de Panamá como homenaje especial a Francia en ocasión de su Fiesta Nacional sea una muestra del sentimiento de los panameños de hoy hacia una nación supremamente civilizada que ofrece un ejemplo excepcional de inteligencia y de respeto por los mejores ideales de la convivencia pacífica entre los hombres.

ANTONIO GRENALD

Edwin Fábrega

La prematura muerte de Edwin Fábrega ha dejado un vacío que trasciende las esferas gubernamentales donde dedicó sus energías de manera eficiente y en forma útil y aprovechable. Su desaparición de este mundo ha sido profundamente sentida por la ciudadanía que lo reconoció como un funcionario probo y un panameño ejemplar. La inmensa multitud que se agrupó espontáneamente en los funerales religiosos vino a ser una muestra de la gran simpatía que despertó su figura humana de hablar entrecortado y parco, pero con ojos que miraron, en todo momento, la realidad nacional con profundidad y espíritu crítico.

No faltan voces por ahí que sostengan que la Universidad de Panamá es un producto espurio o un lujo que no nos podemos dar porque somos un país de escasos recursos y con una población dada más a la contratación que al estudio. La figura de Fábrega es un mentís a tal aseveración. Producto genuino de esta Casa de Estudios se licenció en Arquitectura en 1954 y tras una especialización en prestigiosas universidades norteamericanas, de regreso a su país prestó su concurso en numerosas asociaciones profesionales, logrando, entre otras cosas, ser miembro del Instituto Panamericano de Geografía e Historia y Presidente de la Sociedad Panameña de Ingenieros y Arquitectos en 1967.

Desde el ángulo oficial tuvo cargos de importancia como fueron los de Director Técnico de Planificación y organizador del Catastro de la Reforma Agraria. Más tarde, de 1971-1974, desempeñó con esmero el Ministerio de Obras Públicas y desde esta fecha a 1977 fue miembro del equipo negociador de los Tratados Torrijos-Carter en la parte correspondiente a tierras, aguas y administración. Pero es indudable que la huella feraz de Edwin Fábrega se siente en la vida académica y desde 1961 desempeñó la Cátedra de Planeamiento en la Facultad de Arquitectura y en 1969 le tocó regir la Casa de Méndez Pereira hasta 1971. Algunos vieron su rectoría como un gesto inútil de vocación elitista; nosotros consideramos precisamente que tal es el sentido de la Universidad y la masificación que siguió a su administración académica le da la razón.

La Universidad de Panamá sólo podrá cumplir su función si sigue las pautas por él esbozadas ya en la cátedra o en la silla de Rector. Estas son: estudios e investigación de la realidad nacional y dentro del marco de los principios universales que constituyen la esencia del auténtico humanismo desde hace mucho tiempo proclamado por Terencio cuando decía: "Hombre soy y nada de lo que concierne al hombre me es ajeno".

Planes de Sorteos

REPUBLICA DE PANAMA
LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
PLAN DEL SORTEO EXTRAORDINARIO No. 3382
DE 18 DE DICIEMBRE DE 1983
EL BILLETE ENTERO COMPRENDE 25 FRACCIONES
DENOMINADO SERIE A DE 15 FRACCIONES Y
SERIE B DE 10 FRACCIONES

PREMIOS MAYORES

		FRACCION	BILLETE ENTERO	TOTAL DE PREMIOS
1	Premio Mayor	B/ 25,000	B/. 625,000	B/. 625,000
1	Segundo Premio	10,000	250,000	250,000
1	Tercer Premio	5,000	125,000	125,000

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

9	Premios-Cuatro Primeras Cifras	1,000	25,000	225,000
9	Premios-Cuatro Ultimas Cifras	1,000	25,000	225,000
90	Premios-Tres Primeras Cifras	50	1,250	112,500
90	Premios-Tres Ultimas Cifras	50	1,250	112,500
900	Premios-Dos Primeras Cifras	3	75	67,500
900	Premios-Dos Ultimas Cifras	3	75	67,500
9,000	Premios-Ultima Cifra	2	50	450,000

DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

9	Premios-Cuatro Primeras Cifras	300	7,500	67,500
9	Premios-Cuatro Ultimas Cifras	300	7,500	67,500
90	Premios-Tres Primeras Cifras	30	750	67,500
90	Premios-Tres Ultimas Cifras	30	750	67,500

DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

9	Premios-Cuatro Primeras Cifras	200	5,000	45,000
9	Premios-Cuatro Ultimas Cifras	200	5,000	45,000
90	Premios-Tres Primeras Cifras	20	500	45,000
90	Premios-Tres Ultimas Cifras	20	500	45,000

11,397	TOTAL	B/. 2,710,000
---------------	--------------	----------------------

EMISION DE 100,000 BILLETES. VALOR DE LA EMISION B/. 5,000,000.00. PRECIO DE UN BILLETE ENTERO B/. 50.00. PRECIO DE UN VIGESIMO QUINTO O FRACCION B/. 2.00.

PREPARADO POR EL: DEPTO. DE SECRETARIA GENERAL.

Panamá, 9 de septiembre de 1983.

183

REPUBLICA DE PANAMA

LOTERIA NACIONAL DE BENEFICIENCIA

PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS DOMINICALES
A PARTIR DE 3 DE ENERO DE 1982,
SORTEO No. 3280

EL BILLETE ENTERO CONSTA DE 240 FRACCIONES
DIVIDIDO EN OCHO SERIES DE 30 FRACCIONES
CADA UNA DENOMINADAS A, B, C, D, E, F, G Y H

PREMIOS MAYORES

	Fracción	Billete Entero	Total de Premios
1 Primer Premio, Series A, B, C, D, E, F, G y H	B/.1,000.00	B/.240,000.00	B/.240,000.00
1 Segundo Premio, Series A, B, C, D, E, F, G y H	300.00	72,000.00	72,000.00
1 Tercer Premio, Series A, B, C, D, E, F, G y H	150.00	36,000.00	30,000.00

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E, F, G y H	10.00	2,400.00	43,200.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E, F, G y H	50.00	12,000.00	108,000.00
90 Premios, Series A, B, C, D, E, F, G y H	3.00	720.00	64,800.00
900 Premios, Series A, B, C, D, E, F, G y H	1.00	240.00	216,000.00

DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E, F, G y H	2.50	600.00	10,800.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E, F, G y H	5.00	1,200.00	10,800.00

DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E, F, G y H	2.00	480.00	8,640.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E, F, G y H	3.00	720.00	6,480.00

1,074 Premios **TOTAL** **B/.816,720.00**

Precio del Billete Entero B/. 132.00
Precio de una Fracción 0.55
Valor de la Emisión 1,320,000.00

Preparado y calculado:
Depto. de Presupuesto y Estadística

Panamá, 24 de septiembre de 1981

NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA
 LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
 LOS DOMINGOS DE AGOSTO DE 1983

SORTEOS	No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
AGOSTO 7	3363	6078	9770	9190
AGOSTO 14	3364	93084	08395	36406
AGOSTO 21	3365	1326	0280	4668
AGOSTO 28	3366	2531	0279	2051

NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA
 LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
 LOS DOMINGOS DE SEPTIEMBRE DE 1983

SORTEOS	No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
SEPTIEMBRE 4	3367	5585	2916	6436
SEPTIEMBRE 11	3368	1955	2009	3904
SEPTIEMBRE 18	3369	3061	8842	3061
SEPTIEMBRE 25	3370	7527	9843	2352

REPUBLICA DE PANAMA
LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS INTERMEDIOS
A PARTIR DE 6 DE ENERO DE 1982,
SORTEO NO. 792

EL BILLETE ENTERO CONSTA DE 180 FRACCIONES
DIVIDIDO EN DOCE SERIES DE 15 FRACCIONES CADA
UNA DENOMINADAS A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, y L

PREMIOS MAYORES

	<u>FRACCION</u>	<u>BILLETE ENTERO</u>	<u>TOTAL DE PREMIOS</u>
1 Primer Premio, Series A, B, C, E, F, G, H, I, J, K y L	B/.1,000	B/.180,000	B/.180,000
1 Segundo Premio, Series A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K y L	300	54,000	54,000
1 Tercer Premio, Series A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K y L	150	27,000	27,000

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, y L	10.00	1,800	32,400
9 Premios, Series A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K y L	50.00	9,000	81,000
90 Premios, Series A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K y L	3.00	540	48,600
900 Premios, Series A, B, C, D, F, G, H, I, J, K y L	1.00	180	162,000

DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K y L	2.50	450	8,100
9 Premios, Series A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K y L	5.00	900	8,100

DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, y L	2.00	360	6,480
9 Premios, Series A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K y L	3.00	540	4,860

<u>1,074 Premios</u>	TOTAL	<u>B/.612,540</u>
-----------------------------	--------------	--------------------------

El valor de la Emisión es de	B/.990,000.00
El precio de un Billeto entero es de	99.00
El Precio de una fracción es de	0.55.

Preparado y Calculado: Depto. de Presupuesto y Estadística

**NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA
LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
LOS MIERCOLES DE AGOSTO DE 1983**

SORTEOS	No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
AGOSTO 3	874	7549	1953	1522
AGOSTO 10	875	8795	6597	9400
AGOSTO 17	876	0056	2910	6451
AGOSTO 24	877	5889	3384	2756
AGOSTO 31	878	3660	7176	3285

**NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA
LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
LOS MIERCOLES DE SEPTIEMBRE DE 1983**

SORTEOS	No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
SEPTIEMBRE 7	879	8187	6173	7011
SEPTIEMBRE 14	880	7572	8802	8747
SEPTIEMBRE 21	881	2179	4561	9801
SEPTIEMBRE 28	882	9442	0135	5654